

Tu mirada mañana



A. Fuertegris

D.J.57

Tu mirada mañana

A. Fuentegrís

Imagen de portada: Annamei

Imagen de interior: Gregorio

Alicante, julio de 2019

Libros a bocajarro

www.librosabocajarro.wordpress.com

Mañana, cuando te mires al espejo y no te reconozcas; cuando descubras el mayor horror que se pueda concebir: que no eres quien creías ser, que ya no eres quien eras, que tal vez nunca lo fuiste;
¿Sabrás qué te hizo ser quien eres ahora?
¿Qué dirá tu mirada mañana?



Los preparativos

—¿Echamos una partidica a la play o qué, Mique?

—Coño, tío, espera. Vamos a guardar la bebida en la nevera y también el hielo. Además, tenemos que preparar las mesas y todo.

—Joder, eso puede esperar, no seas capullo, vamos a jugar un Fifa ahora, que luego con todos es peor.

—¿El hielo puede esperar? Paso, tío, haz lo que te salga de los huevos. Yo voy a guardar esto y a preparar las cosas.

—Vale, gracias, voy al salón.

Solo unos segundos después Mique todavía resoplaba mientras metía el hielo en el congelador cuando escucha a Robe gritar:

—¡Mique! Me cago en la puta, qué pedazo de tele tiene el ruso.

Mique resopló y fue a buscar la mesa a la galería. No la encontraba. Salió a buscar a Curtis, que estaba alimentando y poniendo la cadena a los perros, un mastín y un akita inu, en el jardín. Se espantó al ver a los canes, especialmente al mastín, que le pareció grande como un caballo, estuvo a punto de caer de culo al suelo.

—Joder, Curtis. Qué bicho, parece un cerbero.

Curtis era rubio, de tez extremadamente blanca, el cabello corto y repeinado. Sonrió, siempre afable.

—¿Qué es cerbero?

—Yo que sé... un monstruo. Oye, ¿dónde has puesto las mesas plegables?

De nuevo miró a Mique con serenidad y alegría. Dirigió la vista al vacío, no encontraba las palabras. Acarició a los perros y le hizo un gesto con la mano a Mique, el universal “espera”. Fue hacia él.

—Vamos.

—Ey, tus padres tienen pasta que te cagas. Ya me podrían adoptar, así practicáis conmigo el español, ¿no?

—Mmm... ya sé suficientes... tacos... — bromeó.

—Me cago en la puta, sí que has espabilado pronto. ¿En qué trabaja tu viejo?

—¿Quién?

—Tu padre, tío, ¿en qué trabaja? Estáis forrados.

—Em...— se frotó la barbilla— no sé explicarlo.

—Joder, puto ruso, solo sabes decir lo que te interesa. Anda, vamos adentro y preparamos las mesas. Seguro que tu padre es narco.

Entraron al salón y allí estaba Robe, como si se tratara de su propia casa. Tirado en el sofá y jugando a Fortnite. No se le daba mal, aunque por su postura y sus movimientos y cómo se mordía el labio, parecía que era él quien atravesaba la selva para disparar, en lugar de su personaje.

—Tío, levanta el puto culo y ayúdanos, viciado de mierda. Míralo, como si no me oyera.

Estaba abstraído, ahora habitaba otra tierra y se estaba jugando la vida.

—¡Eh! ¿Estás sordo? ¡Que te estoy hablando! Ayúdanos.

—Tío, Mique, déjame, que estoy en racha. ¡Morid, hijos de puta!

—Paso, se lo perdono porque es su cumpleaños, pero vaya jeta que tiene.

Curtis le indicó dónde estaban las mesas; tenían un cuartito dentro de la galería donde guardaban todo tipo de trastos. A Mique le llamó especialmente la atención la cantidad de herramientas que allí tenía.

—Eh, aquí podemos grabar perfectamente una película de Saw.

—¿Qué? Ah, sí, jajajaja.

—Hombre, una gracia que me pillas, ya creía que eras tonto en lugar de extranjero. Vamos al lío.

Escuchaban de cuando en cuando gritar a Robe todo tipo de insultos, no eran demasiado ingeniosos en verdad. Ellos mientras iban colocando las mesas, los vasos, servilletas y cubiertos.

—Curtis, dime, ¿le has echado el ojo ya a alguna chavalita?

El rubio puso cara de no entender.

—Que cuál te gusta de tus compañeras. Hay chicas muy guapas en el instituto, ¿no? Y tú seguro que no tienes problema: rubio, alto, vamos, que irá más de una detrás de ti.

—Bueno, chicas guapas sí hay.

—¡Ves! Ya nos entendemos. A ver... de las que vienen a la fiesta, ¿cuáles te gustan?

—No sé, hay varias guapas.

—Ooh, está espabilado el ruso. A mí me gustan todas, tío, las que vienen hoy al menos. Están bastante buenas. Creo que la que menos me va es Mara, porque es muy pija y tiene mucha voz de pito, pero es guapa y no está nada mal de cuerpo.

—¿Qué es pija?

—¿No sabes que es pija? Pues no sé, tío, que tiene pasta. Bueno, no necesariamente... porque tú tienes pasta y no eres un pijo. Además, ella aparenta más de lo que tiene. Un pijo, o una pija, es alguien que presume de tener mucho dinero, lleva ropa cara y se cree mejor a los demás, ¿entiendes?

—Sí, ya pillo.

Estaba casi todo listo cuando sonó el timbre y en el videoportero vieron un culo especialmente peludo.

—¡Hijo de perra!

El ruso se tapó los ojos riéndose. Mique abrió la puerta.

—Ese culo es del maldito Abde.

—¿Reconoces su culo?

—¿Qué? Eh, no tío, ¿qué insinúas puto ruso? No lo reconozco, es que es el único lo suficientemente cerdo, siempre está igual. Maldito salido. Creo que va con el Alfonso también, no estoy seguro, ese puto culo me ha cegado.

En efecto entraron Abde y Alfonso y Robe levantó la vista de la tele. Dejó el mando.

—Eh, Neymar, qué pasa— dijo a Abde.

—Felicidades, Robe, ya puedes ir a la cárcel.

Se levantó, le chocó una mano y le dio un abrazo. Junto a ellos Mique se cruzaba de brazos y resoplaba.

—Robe, no lo llares Neymar, tío, que se lo creerá todavía más.

—Qué dices, Mique, si ya quisiera el Ney ser tan guapo como yo.

—Ya, y tú tener su pasta.

—Es solo cuestión de tiempo, chaval.

—A ver si es verdad y nos invitas a tu mansión un día. De momento, el de la pasta es mi amigo el ruso.

Curtis sonrió y saludó con una mano a Abde.

—Los rusos y los chinos son los amos del mundo, tío, de España al menos. En otra vida quiero nacer ruso.

—¿Y no brasileño?

—Calla, calla, que esos follan mucho, pero no tienen un duro, mejor ruso, pero con pasta, no un ruso de mierda explotado, yo de los que explotan.

Alfonso, como nadie le hacía caso, se sentó y continuó con la partida de Robe.

Salieron todos al jardín; Robe sugirió a Abde fumarse unos porros y Curtis no quería que fumaran dentro. El porche de la casa de Curtis era muy grande, con modernos muebles de jardín trenzados, cojines mulliditos y enormes jardineras y, sobre todo, una valla enorme alrededor que liberaba a los dueños de miradas indiscretas. Robe sacó una cajetilla de tabaco y tenía dos porros liados. Sacó uno y se lo dio a Abde. Mique le pidió una calada. Antes de fumarlo admiró la artesanía y la perfección del fino cigarro.

—Joder, Robe, ¿lo has liado tú?

—Claro.

—Me cago en la puta de oro, qué prensado te ha quedado, eres un maestro.

—La práctica, no hay más secreto... desde que fumo tabaco liado he cogido mucha maña.

—¿También fumas tabaco?— le preguntó Abde.

—Claro, tío, no voy a ir siempre de porros. Va, Mique, que vuelva, que vaya caladas das, cabrón. Si quieres líate tú uno.

—Es que soy muy patán...

—Va, sí, líate uno, Mique... así ya los tenemos para la noche —lo animó Abde.

—Sí, espera, te saco la maquinita que me regaló la Neus, que apenas le he dado uso. Es porque me los deja muy finos... pero a ti te puede ir muy bien.

—Vale, pero enséñame a hacerlo... que tengo los dedos muy gordos.

—Mique, tienes dedos como pollas.

—Puto Abde, estás siempre igual.

—Venga, no te quejes, mientras no tengas la polla como un dedo.

Robe sacó todo el material y lo puso en la mesa: el papel de arroz, el tabaco, el mechero, un huevo de hachís grande como una cáscara de nuez y la maquinita para liarlo.

—¿Te aclararas?

Mique tomó el huevo con sus dedos.

—No sé... si me vas guiando... Qué raro es este costo, ¿no?

—¿Nunca habías visto un huevo culero?— le preguntó Robe.

—¿Qué? ¿Y tú por qué te ríes tanto, Abde?

—Adivina por qué se llaman huevos culeros. Ahora huélete las manos.

—¿Qué? ¿Qué dices? —Mique olió sus dedos— ¡Cabrones! Esto huele a mierda. ¿No será mierda?

—Que no, memo, que es hachís. Vas a estrenarlo. Toma un trozo, lo calientas con el mechero y lo mezclas con el tabaco. Trae, así. Mira.

Robe le mostró cómo se hacía en menos de un minuto.

—¡Yo no voy a fumar esa mierda! Huele a culo.

—Ya has fumado esta mierda, chaval... y te ha gustado. Bien que has saboreado la calada de antes.

Curtis, que aunque no comentara nada, se estaba enterando de todo y no dejaba de reírse.

—¡Os estáis quedando conmigo! ¿Me estáis diciendo que esto es lo que fumamos siempre? En serio, no es normal que huelga tan mal.

—A ver, Mique... que no estoy de coña. ¿Cómo te lo tenemos que explicar? Esto tiene forma de huevo porque lo pasan por la frontera en el culo, tío... —lo que más reventaba a Mique era la seriedad con que se lo decía Robe. Sabía que decía la verdad.

—Qué puto asco. Curtis, deja de reírte, cabrón. Dime dónde está el baño... me siento como si le hubiera chupado el culo a una mula.

—O a un mulo.

—Qué escrupuloso eres, Mique... si esto lo envuelven en papel transparente... no va directo al culo, ¿sabes? Además, lo has fumado muchas veces y no te habías quejado.

—Paso, tío... vamos, Curtis.

Estuvieron un par de minutos riéndose Abde y Robe mientras el otro se enjuagaba la boca. Robe podía liar porros con los ojos cerrados. En un rato preparó quince para la noche mientras daba caladas al que tenía pegado en los labios.

—No entiendo que se haya puesto así el Mique. Tú qué dices, Abde, ¿a que no se nota en el sabor?

—No, tío, el material es bueno, y de esto entiendo un rato. Es que es un rarito. Me recuerda a un amigo de mi tío. Se echó una novia española y estaba encantado. Dice que le caía genial y follaban a todas horas. Pero entonces se enteró de que la chavala antes fue un hombre, que se había cambiado de sexo. Y entonces sintió mucho asco. Le salió hasta un sarpullido en la polla y en la boca de tan fuerte que se lavó. La dejó, claro, y soltaba pestes de ella. Por poco le da una paliza. Cuando mi tío me lo contó, ¿sabes qué dije yo?

—Ni idea.

—Que bien que le gustaba y se la follaba cuando no sabía que era un hombre. ¿No? Igual que el Mique. Ahora va de que huele mal el costo, pues buenas caladas que le ha dado antes al porro.

—Ya ves...

—Oye, ¿y las chavalas? ¿Cuándo vienen? A ver si esta noche pillo con alguna. ¿Vienen las amigas de tu novia?

—Sí... sí que vienen. No tardarán mucho. Pero no te pases de pulpo, eh... ya sabes que son un poco pijas.

—Esas son las mejores, van de remilgadas pero quieren lo mismo que todas, un buen meneo.

—Ya... pero córtate, que luego la Neus me pone la cabeza como un bombo.

—Pues parece muy calladita.

—Sí, pero cuando estamos solos me monserga y no me apetece oírla, joder.

—Vale. Voy a ser un tío elegante, ya lo verás.

En el cuarto de baño, Mique hacía gárgaras con pasta de dientes y enjuague bucal. Curtis contenía la risa.

—Ruso, no te rías tanto... claro, como tú no fumas porros. Has entendido por

qué se reían, ¿no?

Curtis asintió la cabeza.

—Ya, si entender sí entiendes. Esos dos son unos cabronazos. No te los pierdas de vista. El puto Abde se cree que es Neymar. Lleva el pelo como él y no es malo jugando al fútbol, pero está flipadísimo. No es más que un muerto de hambre. Le pagan doscientos euros al mes por jugar en su equipo y ya se cree que es el rey del mambo. Pero tiene 22 años ya, sí, 22, es que no lo suele decir. Y está en un equipo de mierda. Neymar a los 19 ya había debutado con la internacional de Brasil y a los 21 fichó por el Barça..., Abde, con 22, juega en tercera regional, en un equipo de mierda, y lo sabe. Y el otro, el Robe, otro flipado. Se cree que es el más listo de todos. Va de que es muy inteligente... pero en el instituto era un fracaso. Si le preguntas te pondrá mil excusas. Que no le motivaban las asignaturas, que los profesores le tenían manía... lo cierto es que se le iba mucho la bola, siempre la liaba. Pero si hubiera sido tan listo no estaría donde está ahora. Sí, en alguna asignatura el cabrón sacaba notazas... fui compañero suyo desde primero de la ESO hasta tercero... siempre oyendo lo mismo. Qué buena cabeza tiene, si la usara para algo bueno. Si con el talento que tiene trabajara. Todos los profesores siempre igual... pero es un puto drogata... va de víctima y se le acaban las excusas, porque ya tiene 18 años y no le puede echar la culpa a nadie más que a él mismo. Estoy hasta la polla de su cuento y de que lo excusen. Como es guapo y listo se le perdona todo, aunque sea un vago, un caradura y un fumado. Perdona por el desahogo, macho, tenía que soltarlo. Eres bueno, Curtis. Y aquí la mayoría somos gentuza. Espero que no se te pegue nada malo de nosotros. Vamos para afuera, está a punto de llegar todo el mundo. Ah, y muchas gracias por poner tu casa, no sé si alguien te las dará, pero de primeras yo te las doy.

—De nada.

—Yo no digo nada, pero tú ve viendo quién es legal y quién no. Vamos, que nos pongas esta mansión gratis para la fiesta y nadie te dé ni la gracias... pues dice mucho de los demás.

—Ahá...

Cerró la puerta tras entrar y trató de ponerse el cinturón sin propinar un codazo a su amiga Neus. Asombró a Jin cómo Neus era capaz de colocarse el cinturón y llegar al volante sin apuros, pues tanto sus pechos como su abdomen eran voluminosos.

—Tía, podías haberte comprado una moto, ¿no? Te hubiera salido hasta más barata.

—No te quejes, Jin, en la moto nos mojaríamos y pasaríamos más frío y más

calor.

—Bueno, lo que tú digas... menos mal que tampoco es la fiesta del año, porque perdemos todo el glamur llegando en este minicoche. Si al menos hiciera menos ruido, podríamos pasar desapercibidas.

—Calla— encendió la radio, sonaba una canción de Rosalía. Conocían la letra y la cantaron a coro, además Jin hacía las palmas con una notable carencia de compás, aunque a ninguna de las dos parecía importarles, de hecho, ni lo percibían.

El ruido del motor acompañado por la música precedía la llegada del cochecito ciclomotor. Aparcaron junto a la casa de Curtis tras haber dado unas cuantas vueltas. Neus paró el motor, ya no sonaba la música, se miraron.

—Tía, no tengo nada de ganas de ver a esa panda.

—¿Y por qué has venido?

—Porque me apetece mucho menos quedarme en casa un viernes estudiando, y esa era la otra opción.

—Siempre te quejas de todo, en serio, estoy más harta de ti.

—Es que no los aguanto, en serio... son unos patanes.

—Eh, al menos no incluyas a mi novio.

—¿Que no lo incluya? Mira, vale que lo quieras mucho... vale que sea guapo; el chico no es nada feo... pero es un vago y un cenizo. Él sí que se está quejando siempre de que están todos en su contra... es un vago. Tía, de verdad, te mereces a alguien mucho mejor que él.

—Me da lo mismo lo que digas... lo quiero y punto, ¿vale?

—Pues podrías elegir querer a otro, en serio, Neus. Si yo fuera tú lo hubiera dejado en el acto en cuanto me exigió enseñarle todos mis mensajes de móvil.

—Ya, ya.

—¿Aún te lee todos los mensajes?

—No...

—¿No?

—Bueno, a veces, ¿y qué pasa? Yo no tengo secretos, así que me da lo mismo.

—Sí, ya, y más te vale no tener secretos

—Es cuestión de confianza, tú de eso no sabes.

—Tú sí que no sabes. Si fuera cuestión de confianza no necesitaría ver tu móvil cuando le da la gana. Yo no veo ni medio normal que tenga que saber tu patrón de desbloqueo y poder mirar todo lo que tienes en el móvil cuando le da la gana. Hay cosas que no deberías tolerar.

—Te tolero a ti, que ya es bastante. Anda, vamos.

—Eso, como no te interesa, me cortas.

—Pues sí, Jin, mejor eso que mandarte a la mierda. A ver cuándo te echas tú un novio y así también puedo criticarlo.

—Dudo que hoy me eche novio, la verdad, conociendo el percal que viene a la fiesta.

—¿Quién?

—Pues los amigos de tu novio... como que no me van.

—No seas tan exigente, que tú tampoco estás para elegir.

—Me da lo mismo, hay que ser un poco exigente en esta vida, si no acabas con el primero que se te cruza.

—¿Lo dices por mí?

—Por ejemplo.

—Qué hijaputa eres. Tú mucho ir de exigente que ya verás, esta noche en cuanto te tomes dos copas te lías con el más feo. En cuanto vayas un poco mareada ya verás, te tiro encima al Alfonso... y procuraré hacer fotos por si no te acuerdas luego.

—Ya tendría yo que beber litros y litros de ron. Qué desagradable es el pobre... podría peinarse o lavarse un poco, y ni así tendría apaño. El año pasado me tocó delante de él en clase. Qué horror, olía como si llevara pescado podrido en los bolsillos, o en los zapatos. Es asqueroso, en serio.

—No sigas que me das arcadas y aún no he bebido nada. Vamos, estoy seca, pesada.

La música se oye en cuanto bajan del coche. Los bajos retumban aunque el ritmo de la canción es lento.

—¿Qué coño es esto que suena, tía?

Se paran las dos a oír la letra.

“No se me caen los anillos por pedirte un cigarro pa un porro, ni por sentarme en el bordillo a mirar como pasas, salimos del barro. No te confundas, sé de dónde vengo. Sé lo que cuesta ganarse los euros”.

—No sé, Jin, hip hop de ese, o trap, o rap, o yo qué sé qué es. Pasa, qué más da la música.

—Seguro que esta música la ha puesto tu novio, ¿no la conoces?

—Pues no. Yo le sigo el rollo, pero no me entero mucho. Pone música de gente hablando rápido, a él le mola, pues bueno, lo respeto.

—Pues seguro que se cree que te gusta.

—Hombre, claro que se cree que me gusta, cualquiera le dice que no. Él siempre pone su música, ¿no ves que es el experto? Yo ni voz ni voto.

—¿Y te parece bien?

—Déjame tranquila, Jin, de verdad. Es solo música. Vamos a divertirnos de una vez.

Al entrar a la casa Abde, que estaba dando unos toques a un balón de fútbol, las abraza y camina cogido a ellas hasta que llegan al interior de la casa.

—Eh, Neus, qué bien hueles.

—Gracias.

—Oye... no sé qué haces con el Robe, de verdad, cada día estás más guapa, cuando quieras estar con un hombre de verdad me llamas, ¿vale?

—¿Y tú sabrás encontrarlo? Porque no veo a ningún hombre por aquí.

—Uuuuh, Abde, te lo ha dejado bien clarito.

En ese momento Abde soltó a Neus y se aferró con ambos brazos a Jin.

—Bueno, Jin, si Neus no quiere *pasarla* bien, está en su derecho, pero tú y yo podemos hacernos un apaño.

—Buf... qué asco de sobón, suéltame, anda.

—Cómo venís las gatitas, pero ya os iréis soltando. Probad lo que ha preparado el Robe, que os alegrará.

En el interior de la casa una densa humareda te daba la bienvenida. Cuando llegaron al salón se encontraron que estaban Curtis y Mique jugando a la videoconsola y Robe y Alfonso turnándose caladas de una cachimba de cristal.

Alfonso se levantó al ver entrar a las chicas y fue hacia donde estaban Curtis y Mique, en ese instante Mique le pidió que le relevara y fue hacia las chicas a saludarlas. Dio dos besos a cada una y les ofreció un poco de la cachimba. Robe no levantó ni una ceja. Su novia llegó por la espalda, le acarició la cabeza, le besó el cuello y la mejilla.

—Tenía ganas de verte —susurró mientras la besaba.

Él seguía fumando y mirando la partida de los otros. En un instante se giró y la besó en los labios de refilón, como quien da un sorbo de una bebida que no le gusta pero le han ofrecido y se siente en un compromiso. Ella insistió, se abrazó a él, le besó el cuello y le acarició el pectoral.

—Te echaba de menos... estás más guapo... ¿Me echabas de menos?

—Buf, me agobias, déjame respirar un poco, anda.

—Vale.

Se quedó allí callada, a su lado, cogida a él. Mique hablaba con Jin y la animaba a sentarse y a probar alguna calada de la cachimba.

—¿Pero qué lleva eso?

—Pues nada raro, agua y el porro.

—¿Pero a eso no se le suele poner alcohol o algo?

—A veces sí, pero mira... hemos intentado sablarle algo de alcohol al ruso, pensamos que tendría vodka, pero no... Un ruso que no tiene alcohol en su casa. ¿Quién lo diría?

—Sería como una china a la que no le gustan los rollitos de primavera, ¿no?

—¿A ti te gustan?

—Pues sí... pero no porque sea china. Perfectamente podrían no gustarme. Mique, eres lo más previsible que he visto en mi vida... qué poco original.

—¿Yo? Tú sí que eres previsible. Me sorprenderías si probaras una calada. Te lo he ofrecido por cortesía, pero eres tan aburrida y previsible que no probarás ni un porro ni nada de alcohol en toda la fiesta.

—¿Ah no? Venga, dame una calada, joder.

Jin cogió la boquilla de la cachimba.

—¿Qué haces?— le preguntó Neus.

—Tratando de pasármelo bien, ya que vamos a estar aquí con esta mierda de música y esta mierda de gente, a ver si al menos saco algo positivo.

—Qué borde eres. Pues haz lo que te dé la gana, a ver si se te pasa esa cara de seta que tienes.

Inhaló, el humo se expandió por la garganta y los pulmones. Sintió un profundo sabor que no acertaba a definir, era como respirar el aliento de un vampiro. Luego exhaló. Trató de mantener la compostura. Con fingida indiferencia dijo que no estaba mal.

—Mique, ¿y cuándo dices que va a venir Morgan?

—No tardará mucho. Él también iba a cenar, le hemos puesto silla.

—¿Y viene solo?

—No, viene con su novia y también trae a la Nica.

—Bah.

—¿Qué pasa? ¿Tenías esperanzas? ¿Te jode que traiga a su novia? Siempre las ha llevado a todas locas el cabrón, no sé qué tiene.

—Pues que está muy bueno y es muy guapo.

—De eso no entiendo.

—Entonces será que no tienes ojos. No sé qué tenéis los hombres que no podéis decir que otro tío es guapo sin temer que os tomen por gais. Pero lo que me fastidia no es que venga con su novia, total ya sé que no está a mi alcance... es por la Nica, me da pereza esa chavala, la Nica. No puedo con ella, en serio.

—¿Qué problema tienes? Es muy buena tía, es como si fuera mi prima.

—¿Tu prima? ¿Por qué no dices tu hermana? Ah, claro, porque a una hermana no te la puedes tirar.

—Joder con la china. ¿Tú no se supone que eras una pija? ¿Eso qué ha sido, la puta calada? Anda, dale otra, que te está entrando el calor en el cuerpo y se te

suelta la lengua. Júntate mucho con nosotros y verás cómo acabas.

—No sé por qué te hago caso, pero vale, sí, dame otra calada.

Era la primera vez que Jin probaba una cachimba. Sintió un cierto mareo y puso una mano en el hombro de Mique, no fuera a dar un traspiés o irse al suelo.

—Psst, eh, Alfonso, ¿vienes a probar esto?

—Déjalo, Jin, —dijo Mique— ahí está tranquilito y feliz.

—Alfonso, chico, que te estoy hablando, ¿puedes mirarme cuando te hablo?

Hizo caso omiso.

—¿Este niño está sordo? Te juro que parece mi hermano cuando le habla mi madre. No es fingido, de verdad se abstraen y no se enteran de nada. Espera, que yo no me rindo.

Fue hacia él y le tocó el hombro. Así, más de cerca, él ya la escuchó e incluso accedió. Todos se callaron un momento, expectantes, para comprobar cómo Alfonso aspiraba de la boquilla. El resultado fue decepcionante, ni una tos, ni una mala cara, nada. Simplemente un soso:

—No está mal.

Al ver los gestos de decepción, se encogió de hombros y les dijo:

—¿Qué esperabais?

—Bah, tío, vuelve a jugar a la *play*, en serio y vamos a limpiar esta boquilla. Que has dejado tus babas. Tío, cómo hueles tan mal, aléjate, macho —le espetó Abde mientras lo apartaba.

Alfonso le quitó las manos de encima con violencia y, lejos de amedrentarse respondió:

—¿Sabes quién huele que apesta? Tu madre mientras me la tiro.

La broma se podría haber quedado ahí, pero claro, fue tan buena e inesperada la respuesta que todos se rieron y alimentaron la humillación con ese ya clásico y universal:

—Uuuuuh, qué buena, lo que te ha dicho, te ha roto.

—Serás cabrón. ¿Quieres que te parta la cara?

Abde se le encaró, era bastante más alto y corpulento que Alfonso. Pero este no se amilanaba, agachaba la cabeza más como los machos cabríos, para empujar, embestir y apartar con la testa al rival.

—No me toques que te reviento... mira que soy el doble que tú.

—No me asustas. Saco una navaja y te destripo en un momento. A mi navaja le da lo mismo lo alto que seas.

—Me cago en la puta— soltó Mique.

Robe, con pereza, se puso en pie, y dio un empujón a cada uno. Mandó a uno con los videojuegos y al otro a la zona de fumar.

—Tíos, ya os vale. No me jodáis el cumpleaños. Me la suda que os llevéis

bien, pero no me la lieis, y menos en la casa del Curtis, que es un tío de puta madre, ¿vale?

—Venga, es verdad, Robe, perdona, el tío este es que es imbécil, paso de él y ya está.

Abde le chocó la mano a Robe; Alfonso se dio la vuelta, ignoró a ambos y volvió a lo suyo.

Ya sentado, más tranquilo, Abde comentó.

—¿Qué coño le pasa al tarado ese en la cabeza? ¿Qué dice de que me va a sacar una navaja? Está *to loco*.

—Ni caso, era una fantasmada— le quitó hierro Mique.

—Yo no me lo tomaría a broma. Se le nota en cómo te mira que no es echando un farol.

—¿Un farol? —preguntó Jin, aunque los otros también enarcaban las cejas, a excepción de Curtis.

—Sí, coño, ¿no sabéis qué es un farol? ¿No jugáis al póquer?— vio caras de que no— Bueno, pues consiste en hacer ver al otro que tienes buenas cartas cuando no es así, para que el otro se achante y retire la apuesta.

Neus parecía orgullosa de cómo su novio había controlado la situación. Volvió a abrazarse a él y acariciarle el muslo.

—Pues si iba en serio, es un puto loco. Y huele fatal, en serio, joder, ¿por qué huele tan mal? ¿Es que no se lava o qué?

—No le queda tiempo, ¿no ves que está todo el día con los videjuegos? Si se fuga las clases que le apetecen para ir a su casa a viciarse y luego vuelve, ya hay que estar enfermo.

—¿En serio? ¿Y qué está estudiando ese?

—Bueno, estudiando, está matriculado, por tercer año consecutivo, en segundo de bachillerato.

—¿Y ni en su casa ni en el instituto le enseñaron a lavarse? El sudor le huele a gato muerto, como si no le hubiera lavado en un mes y lleva un montón de ropa, con el calor que hace, y ese pelo pegado de grasa... puto *gamer*.

—En realidad, el sudor no huele —dejó caer Robe haciéndose el interesante, soltando la frase junto al humo que salía de sus labios entreabiertos.

—Pues para no oler, el puto Alfonso apesta como los meaderos en barracas— no le bastaba a Mique con el jocosos comentario, sino que miró a Abde buscando su complicidad y hasta tomó la mano de Jin para que riera con él. Ambos, sin saber bien por qué, le seguían la gracia. Esto molestó a Robe, que se vio interrumpido y no le habían dejado seguir con su exposición. Por ello miró a Mique con superioridad y prosiguió como si no hubiera oído el chiste.

—El sudor no huele. Lo que huele son las bacterias que se comen el sudor,

después lo cagan, así que lo que huele no es su sudor, son las heces de las bacterias que se comen el sudor. El problema es que si no se cambia de ropa a menudo, se acumulan más y más bacterias y eso acaba apestando.

—¿Pero qué dices tío de bacterias que se cagan en el cuerpo? ¿De dónde te has sacado eso?

—Lo vi en la tele, en un experimento... búscalos por Internet, tío, es así y punto.

Nadie supo responder ni se atrevió a poner en evidencia o ensalzar a Robe corroborando la información. Así que transcurrió un prolongado minuto de silencio, de esos que alguien acaba rompiendo, por incomodidad, con una frase del tipo: “Parece que haya pasado un ángel”, pero aquí los ángeles no interesaban demasiado, tal vez por la sensación de inmortalidad que acompaña a muchos jóvenes.

—Abde, ¿tú sabes de coches?— dijo al fin Mique.

—Lo que todo el mundo.

—Llevo ya un año el coche de mi madre, tío, y se cae a pedazos... tengo que renovarle el mes que viene el seguro y dentro de dos meses me toca pasar la ITV, me estoy pensando comprar uno nuevo, tendría que financiarlo... claro, es que cuestan un ojo de la cara.

—¿Y no has pensado comprar uno de segunda mano?

—Pues eso estoy valorando. Es que si no, me toca estar diez años pagando el coche... si es de segunda mano, igual en dos o tres años lo tengo pagado. ¿Sabes qué pasa? Ahora están con la mierda de que quieren putear a los coches diesel porque contaminan, pero, joder, es que son los que menos consumen. El que yo llevo es diesel y menos mal, porque si no se me iba el sueldo en ir a trabajar.

—¿Dónde estás trabajando?— interrumpió Jin.

—Ahora estoy en un Kebap en Quesada y también en el almacén de mi tío en Torrevieja.

—¿Y con dos trabajos no te da para comprar un coche?

—Pues no, porque hago pocas horas en los dos sitios, aunque trabaje de lunes a domingo, y encima son unos putos explotadores, sobre todo mi tío. En el turco tengo contrato de prácticas, pero es que mi tío no me da ni de alta, me paga en b. Es que tío, no lo entiendo, si quieren que no consumamos diesel pues que en lugar de jodernos bajen el precio de los coches eléctricos y yo encantado de comprarme uno, ¿sabes? Pero es que te pegan un viaje que la clase trabajadora no nos lo podemos permitir. Yo creo que lo de la contaminación es un invento de los políticos. Si no cómo se entiende que en este país con la cantidad de horas de sol que tenemos apenas se vean placas solares.

—Eso es mucho más complicado, tío... evidentemente a los gobiernos se la

suda el cambio climático y la contaminación— sentenció Robe. —Las decisiones que toman solo son de cara a la galería para que les procuren votos. Mira, las baterías que llevan coches eléctricos tienen cobalto y litio, los dos materiales son finitos y escasos, y hasta pueden provocar guerras y, cuando se acaben, ¿qué? Vamos, que ni de coña esa es la solución para la movilidad mundial. Cuando dejemos de pelearnos por la gasolina, nos pelearemos por el cobalto y el litio... ¿y qué harán los países árabes que viven del petróleo si un día los coches dejan de utilizar la gasolina? Y bueno, lo de las placas solares... está muy bien, pero cuesta la hostia crear una y reciclarla también... y encima es muy goloso robarlas, por lo que cuando instalas placas también tienes que protegerlas. Esta sociedad es una mierda, lo mejor sería que fuéramos en bicicleta.

Las palabras de Robe dejaron impresionados a todos, su novia le abrazó y susurró “Pero cómo sabes tanto”, y los demás asintieron expresando su admiración, hasta que Mique con desprecio espetó:

—Pues ve en bicicleta, mira este. Ja, yo pienso ir en mi coche, y si contamina, pues a tomar por culo, pero no pienso levantarme tres horas antes para ir en bicicleta pasando frío al trabajo.

—Paso, Mique.

—¿Es o no es? Este va de guay y de jipi, pero bien que cuando necesita ir a algún sitio va en coche o en moto.

Solo Abde le reía la gracia a Mique, los demás ignoraron aquel comentario, especialmente cuando sonó el timbre y llegaron quienes faltaban.

La cena

—Joder, Curtis, cómo se nota que no sois españoles. Cualquier español con una choza como esta se hubiera montado una barbacoa de obra, menos mal que hemos sabido improvisar— comentó Mique.

La humareda se veía a dos kilómetros. La nube grisácea ascendía y se confundía entre las blancas nubes primaverales. Curtis, Mique y Morgan, que acababa de llegar, charlaban en torno a las salchichas que estaban asando a la leña. El invento se le había ocurrido a Morgan, cómo no. Cortó una salchicha roja en tres y les dio a probar una a cada uno.

—Sublime, no me lo negaréis... a la plancha no sabe igual. Es que era una lástima... teniendo leña y carne no hacer una barbacoa en condiciones, solo por no tener barbacoa.

—Morgan, ¿lo de la carretilla se te ha ocurrido a ti o lo habías visto en algún sitio?

—Lo había visto, claro. En casa de un colega. Los universitarios tenemos poca pasta, pero mucha inventiva. Se lo vi a un tío de Albacete... en su piso han sido las mejores juergas desde que estoy en la universidad. Robó una carretilla de una obra y la subimos a la azotea de su edificio, allí, al sol, con unas cervezas, nos hemos hecho unas barbacoas legendarias. Y en la azotea no molestamos a ningún vecino. ¿Ves lo que digo? Con un poco de imaginación no es necesario tener un chalé como este...

—No me negarás que el dinero ayuda.

—Joder, claro que ayuda, y tanto. Pero precisamente eso es lo malo: mientras que el dinero te acomoda, la pobreza agudiza el ingenio.

—Pues llámame tonto, pero prefiero no tener ingenio y vivir acomodado en una casa como esta. Yo te la cambio, Curtis, ¿qué me dices?

Curtis se rio y negó con la cabeza.

—La salchicha está buenísima, Morgan— dijo Curtis.

—Míralo cómo cambia de tema... tonto no es, y habla mejor de lo que parece, ¿a que no dirías que solo lleva medio año en España.

—¿En serio? Habría que verme a mí viviendo en Rusia. Aunque bueno, cuando me apunte a la Orgasmus no sé dónde acabaré.

—¿Qué es eso de la Orgasmus?

—Cosas de universitarios —Morgan le levantó las cejas. —Vamos a llevarles la comida antes de que se enfríe, está ya todo.

La mesa era extensible y, al olor de la carne, quienes todavía no habían tomado asiento se sentaron en torno a ella. Bebían cerveza y sangría en su mayoría. Mientras Morgan repartía los platos bromeaba:

—Saboread y veréis que para ser comida vegana está muy buena. Todo de origen vegetal eh, las salchichas, la morcilla.

—¿Y las chuletas también, Morgan?— le preguntó su novia Anastasia.

—Sí, por supuesto, son chuletas de humus, hasta el hueso es comestible, es de pan tostado. Además todo *light*, genial para quienes como yo estéis controlando la línea. Eso que parece grasa, en realidad, es una gelatina de remolacha.

—Mira, tío, a mí el otro día me llevaron a un vegetariano y me dijeron lo que me estás contando tú ahora. Que no me vendan la moto, ¿cómo va a saber igual la hamburguesa de lentejas que la de ternera? No sabe igual, para nada, no escupí la comida en una servilleta por educación— dijo Mique.

—¿Educación? ¿Pero tú sabes qué es eso?— preguntó Jin— Si no la escupiste sería por hambre, más que nada.

Todos se reían y algunos y algunas miraban la figura de Morgan. Anastasia, orgullosa, Neus y Jin, embelesadas, Curtis, fascinado, Mique, envidioso. Vestía un chaleco acolchado, una camiseta básica blanca, unos vaqueros ceñidos, zapatillas azules y el cabello rubio peinado con un tupé firme y abundante. La madre de Anastasia estaba casi tan enamorada de él como su hija. Cuando se lo presentó le dijo que, al natural, era igualito a Paul Newman, y le tuvo que explicar que era el actor más guapo que jamás había visto en pantalla.

—Quítate ya las gafas, ¿no, Morgan? Aquí no hace sol, y no hace falta que te hagas el guaperas, que hoy ha venido tu novia.

—Hostia, ¿que no hace sol? Es que tanta belleza me deslumbra —se quitó las gafas, mostró unos ojos del verde de un mar de otoño, miró a las presentes e hizo una levísima reverencia ladeando la cabeza, mohín que acompañó de una sonrisa, por tal de dejar claro que hablaba por ellas. Y, por no incomodar a su novia, fue para ella la última mirada y el guiño. Todo esto no sucedió en más de dos segundos, pero, para alguna de ellas, el tiempo se ralentizó y el corazón se detuvo en un suspiro, para latir de nuevo con más fuerza.

Con la carne en la mesa y los vasos llenos, las conversaciones tomaron una tregua. Devoraban con ansia la carne, las patatas fritas y, precisamente, comiendo estas últimas Abde y Alfonso parecían estar llevando a cabo una competición de sonidos. Jin había dejado de comer, no podía continuar mientras aquellos dos siguieran comiendo así. Ninguno de los dos cerraba la boca, Alfonso además se chupaba los dedos tras cada bocado, Abde comía patatas como el monstruo de las galletas de Barrio Sésamo, caían más galletas fuera que

dentro. Jin los miraba a punto de estallar, como quien tiene un compañero de clase que se pasa los minutos dando golpecitos con el bolígrafo en la mesa sin cesar. Al fin no pudo contenerse.

—Por favor, no es necesario que comáis como gorrinos. Parecéis malditas cajas de sonidos.

—Eh, ¿hablas por nosotros? Estamos comiendo normal.

—¿En serio, Abde? Sois unos cerdos. ¿No os enseñaron a cerrar la boca mientras se come? No tengo por qué escuchar cómo crujen tus patatas ni verlas. Tu boca parece un contenedor de vidrio reciclado. En serio, qué tortura. Y, Alfonso, por favor, cada vez que bebas luego no hagas aaah, como si hubieras bebido un sorbo del agua del Edén, que chico, es cerveza, nada más.

Alfonso agachó la cabeza e hizo caso omiso. Abde, en cambio, no lo iba a dejar así.

—Jin, princesa... yo soy ruidoso siempre, deberías oírme jadear cuando pongo a una a cuatro patas.

—¡Qué cerdo eres, de verdad!

—Abde no se puede decir que sea un caballero —intervino Mique. —¿Os acordáis cuando lo llamábamos el panadero?

Todos se rieron, Robe lo hizo tanto que la cerveza se le salió por la nariz y estuvo un rato tosiendo.

—Eh, tío, no saques eso, que hace un montón de años de aquello.

—¿Por qué lo llamabais el panadero?— preguntó Jin.

—Eso, eso —se animó Anastasia. —Mique, no puedes tirar la piedra y esconder la mano. Que cuando empezáis con vuestras cosas de tíos nos dejáis al margen.

—No generalices, amor, que yo eso tampoco sé de qué va —aseguró su novio Morgan. —Eso es cosa de estos, que menudos balas han sido... y son.

—No hagáis caso... es que una época nos dio por ponerle mote a todo el mundo —se excusó Abde.

—Y una mierda... a todo el mundo no. Solo cuando había una causa justificada. Por ejemplo, al Morgan empezamos a llamarlo el Gigli después de aquella acampada que se pasó sin camiseta y vaqueros bebiendo agua a gallo y parecía un gigoló.

—Es que hacía mucho calor —se defendió Morgan.

—Y es que siempre has estado tan bueno —su novia se abrazó a él al decirlo. —Quítate la camiseta, anda.

—Calla, tonta.

—Ya, calor, y que quería ligarse a las de la tienda de campaña de al lado.

—Y funcionó...

Su novia dio un pellizco en el brazo a Morgan.

—Y a la Nica la llamábamos Arenita porque es la amiga de Bob Esponja, y como era una puta esponja bebiendo alcohol, le iba como anillo al dedo.

—Bueno eso de que era... —comentó Neus —Mírala, no suelta la jarra de cerveza.

—Eh, el que me llame Arenita se lleva una hostia, aviso.

A Nica la habían llevado en coche Anastasia y Morgan. Era una chica muy delgada, con grandes gafas de pasta y el cabello negro y rizado. Vestía una camiseta negra y unas mallas de cuadros grises y verdes, además de botas militares. Tenía una sonrisa cautivadora que mostraba siempre, dos simpáticos colmillos y un hoyuelo en la barbilla.

—Y a Robe lo llamábamos el Greñas, no tiene misterio... siempre ha llevado ese pelo mierda.

Robe alternaba los bocados con miradas a su teléfono móvil. Neus le acariciaba el muslo pegada a él. Y, aunque parecía que Robe no se enteraba de nada, se enteraba de todo. Levantó sus escépticos ojos entrecerrados como los de Garfield y espetó.

—Tú sigue recordando motes, Mique, pero olvidas el tuyo, Poni.

—¿Poni te llamaban? —se rio Jin —Qué cabrones.

—Es lo que hay... cuando el creador repartió los dones pensó que con semejante atractivo no podía ser muy alto, o me asaltarían las fans histéricas a cada esquina.

—Poni, qué bueno... qué cabrones —seguía Jin.

—Bueno, ya... que es una putada ser un pitufo, encima no me martiricéis.

—Tampoco exageres, tío, que eres más alto que yo, y no me considero enana —dijo Jin.

—Ya, pero es que para vosotras es diferente. Un chico se supone que debe ser alto... todo está pensado para que seamos altos y vosotras bajas. Por ejemplo, los aseos públicos no están pensados para bajitos.

—¿Qué?

—Lo que oís. Muchos urinarios de esos que no van hasta el suelo están pensados para altos, no para mí.

—¿Qué más da la altura del urinario? No lo entiendo.

—Pues sí importa. En aseo con un urinario así tengo tres opciones: a) remojar los huevos en la orina de otros b) ponerme de puntillas c) mear en un váter que posiblemente esté embozado de mierda.

—Pues hijo, ponte de puntillas.

—Eso hago a veces, pero es humillante que entre alguien y te vea meando de puntillas como un niño.

—Vale, vale, pero no desviéis el tema —recordó Anastasia. —¿Por qué a este lo llamabais el panadero?

—Abde, mira, lo voy a contar, no queda más remedio —se hizo Mique el forzado.

—No me jodas, eh... no cuentes eso, tío.

—Venga, que tampoco es para tanto, es una bobada de cuando éramos chiquillos. Pues mira, el cabrón cuando íbamos a una discoteca a tope de gente, para hacer la gracia, sabéis que es muy exhibicionista, se sacaba la verga. Como el sitio estaba a reventar de gente, nadie se daba cuenta, bueno, nosotros sí, porque lo sabíamos.

—Hala, qué guarro.

—Pero eso es lo de menos. Lo que hacía, y nos reíamos muchísimo, es que se hacía el despistado y se la colocaba a alguien en la mano. Le daba igual si era chico o chica, eh, era por joder. Seguro que luego la peña llegaba a casa y decía, joder, ¿por qué la mano me huele a rabo?

Anastasia se levantó.

—¿En serio? ¿Cómo sois tan pervertidos? Sois lo peor.

—Eh, que de eso hace ya algunos años.

—Tampoco tantos —se rio Robe.

—Pues eso, nos partíamos de risa. Le decíamos, vamos, Abde, haz un panadero. Era la risa, de verdad.

—¿Y por qué el panadero? —preguntó Nica.

—Pues porque la tiene como una barra de pan —explicó Mique.

—¿En serio? Eso no me lo creo —desafió Nica.

—Ven y compruébalo —respondió Abde.

—Pues voy.

Sin pudor, Nica fue a sentarse apretada en la silla sobre las piernas de Abde. Le sonrió y le pidió permiso. Él asintió, todos miraban expectantes si tendría valor la chica de las gafas de pasta y el cabello rizado. Descendió la mano sin vacilación a la bragueta. Por encima del tejano acarició el miembro de Abde y se le subieron los colores. Le acarició la cabeza con la otra mano a Abde y se levantó.

—Vaya... pues es verdad. No sabía yo eso.

—¿Este te la pone en el hombro y te crees la sota de bastos!— gritó jocoso Mique.

—Bueno, Mique, ya que te pones a contar intimidades, voy a contar yo una tuya.

—¿Mía...? Poco podrás contar, sabes que soy un caballero.

—¿Con las gatas también...?

En ese instante Robe se rio tanto que no pudo contener dar golpes en la mesa, Curtis estaba desconcertado y a la espera de cuál sería la siguiente barbaridad.

—Escuchad atentas, chicas... este caballero cuando teníamos 12 años e íbamos a su casa a jugar a la play o a pasar la tarde llamaba a su gata y nos decía: Mirad lo que hago con mi gata. Y el muy cerdo le hacía un dedo. La masturbaba. La gata lo buscaba por el pasillo espatarrada y paseando su cpncha por todo el suelo, dejaba un reguero. La llevaba loca. Y el cabrón, cuando alguno se descuidaba, le ponía el dedo en la nariz después de haber masturbado a la gata y te preguntaba, ¿a que huele bien?

—¿¿En serio?? ¿Pero con qué panda de depravados estamos cenando? ¿A un gato se le hace eso?— gritó escandalizada Anastasia. —Te voy a denunciar a la protectora de animales.

Jin se puso en pie y le dio un pescozón a Mique.

—¿De qué vas pervertido zoofílico?

—Que tenía doce años... eso ya quedó atrás.

—Estáis salidísimos.

—¿Y lo del chupa lo contamos? Ya que estamos con los motes...

—¿El chupa? — preguntaron todas a una voz , y también Curtis.

—Alfonso, ahí también estabas tú, no te hagas el remilgado... bueno, y con lo de la gata, y con lo de la barra de pan. Que estás muy calladito pero no te perdías una —lo acusó Robe. —Vamos, Mique, cuenta tú lo del Chupa, por favor, que es buenísimo.

—Bueno, a ver... eso sería en Primero de la ESO... por suerte, no supo nunca por qué lo llamábamos el Chupa. Bueno, es que... a ver, así contado parece fuerte, pero no era más que una broma de críos. Resulta que siempre que hacíamos fiesta en alguna casa, había un amigo que se dormía el primero... era un dormilón. Se llama Alfredo, era vasco, solo estuvo aquí un trimestre.

—Qué pena... —bromeó Robe.

—Qué imbécil; bueno, cuando se dormía pues... para reírnos, algunos le metíamos el rabo en la boca, porque dormía con la boca abierta y resulta que el chaval, como por acto instintivo, chupaba. Por eso le llamábamos el Chupa.

—Bueno, bueno, esto ya es la leche... eso es delito— se levantó de nuevo Anastasia indignada. —Me voy al aseo a despejarme, esto es demasiado fuerte.

—Anastasia, reina —le dijo Morgan —, no exageres, en serio. Eran cosas de niños. Iban todos muy salidos, nada más... los chavales hacen esas burradas, pero ya están más centrados.

—No sé yo... vaya cenita nos van a dar. Voy a despejarme, anda, Nica, ¿vienes?

—Sí, ¿llevas tabaco?

—Sí, vamos.

Mientras Anastasia orinaba miraba a Nica, que se pintaba la raya del ojo. Le pareció mona, aunque con un estilo muy poco favorecedor. Era demasiado evidente todo en ella- Sin duda, tenía un trasero que ya quisiera ella: redondeado, levantado, y con esas mallas se realzaba tanto que hasta Anastasia, que se consideraba muy hetero, sentía un impulso de apretarle el trasero o morderlo.

—No entiendo esa camiseta que llevas.

—¿Qué le pasa?

—Pues que no tiene mangas y te deja el ombligo al aire, pero es de cuello alto. Es un poco absurda, ¿no? Aunque te queda muy bien, eso está claro.

—Me da igual si es absurda o no. Yo paso de modas, combinar y esas mierdas. Me veo mona con ella, me sobra, y además me es muy útil cuando quiero esconder un chupetón.

—Pero ya eres mayorcita para chupetones, ¿no?

—Los chupetones no son cosa de edad, sino de tiempo. Y lo que pasa es que llevas mucho con el mismo, pero cuando cambias de novio cada dos meses o te lías con uno que ni conoces... la pasión está siempre a tope, ¿sabes? Y la pasión lleva a los chupetones. Cuando se acaba la pasión, se acaban los chupetones.

—Eso será...

—Tía, pero tampoco lo digas como si fuera algo malo. Si mi novio fuera Morgan no lo soltaría tampoco. Está buenísimo, es con mucho el más guapo, aunque el ruso también es mono. Y parece de buena familia, seguro que es buen partido.

—Pues tírale la caña, seguro que cae.

—No te digo que no, pero no hoy.

—¿Por?

—Pues no sé... la verdad es que hoy no me apetece liarme con nadie. Por una vez quisiera salir de fiesta y punto... además el chico es mono, parece bueno... no quiero que sea un lío de una noche. Para eso están los descerebrados.

—¿Qué pasa? ¿Que siempre que sales pillas cacho?

—Casi siempre, y también cansa, no te creas. Me gusta divertirme pero tampoco te creas que siempre me apetece acostarme con uno. Que no soy ninfómana ni nada, aunque alguno pueda pensarlo.

—Qué fuerte eres. Admiro lo directa que eres, no te creas, pero a mí no me sale, hablar de esas cosas me da mucha vergüenza.

—Vergüenza te dará, pero bien que te pincharás a tu novio, que ya quisiera yo. No te preocupes, que Morgan ni me mira, solo tiene ojos para ti.

—Eso es mentira. Claro que te mira, te mira el culo, como todos, y el ombligo también. Estás muy buena, ya quisiera yo tu cuerpo y no ser una tabla de planchar.

—Bueno, pues gracias, pero no te quejes. Cada una tiene lo suyo. Guapa no soy, lo sé, como mucho apañada. Pero joder, cambiaría mi cuerpo por tu cara. Eres superguapa y lo sabes.

—Bueno, tampoco me veo tan guapa, mona, normal.

Se levantó las bragas y sacó un paquete de Nobel del bolso. Se encendió un cigarro y se lo pasó a Nica, luego ella se encendió otro. Dio tres caladas.

—Uh, entre el cigarro y el alcohol, se me está subiendo.

—Qué dices, tía, si solo has bebido una cerveza. A mí para que me suba ya tengo que beber... y pienso beber hoy mucho, han traído de todo. ¿Tú fumas hierba?

—No, casi nunca. No me aporta nada, si con un par de cervezas ya voy chispada, ¿para qué voy a fumar marihuana?

—Pues para venirme arriba, tía. Oye, una cosa, no te escandalices tanto con las cosas de tíos que cuentan esos. Son solo burradas de chiquillos, pero no son mala gente. Además, te hace parecer una pija remilgada. Muchas de esas bromas las exageran para escandalizarnos. Es mejor no seguirles el juego.

Dio un salto y se sentó en el mármol del lavabo, que era enorme.

—¿Me das un pico? ¿Has besado a alguna chica?

—En la boca no.

—Venga, Anas, dame un morreo, o un piquillo.

—¿Por qué?

—Para divertirnos.

—Pues dámelo tú, no me quitaré.

—Vale.

Sin pensarlo, Nica se lanzó a su boca y la besó, sacó la punta de la lengua y le acarició el labio inferior.

—Ey, has metido lengua.

—Sí, pero solo un poco. Besas bien, guarra.

—Gracias... ¿tienes un chicle? A Morgan no le gusta que fume.

—Sí, toma, de menta. Mejor no te digo por qué siempre llevo chicles de menta, qué te asustas— sonrió. —Vamos para afuera, tengo ganas de pasarlo bien, y falta el postre, me apetece tarta.

—No sé dónde metes todo lo que comes, qué envidia. A mí enseguida me va todo a las caderas. Qué caprichosa es la genética.

—Oye, y tu novio... ¿Folla bien o qué?

Se ruborizó.

—De eso no se habla, tía.

—¿Cómo que no? Venga, dime, ¿es de los paradicos o te embiste como un morlaco?

Anastasia fumó tres caladas seguidas, pensó, se hizo la interesante. Finalmente respondió.

—No está mal, no está mal.

Nica vio que se callaba muchas cosas, pero le era imposible imaginar cuáles.

—Qué cabrona... vamos, trae que mate el cigarro y salimos.

Regresaron a la mesa donde estaban todos. La conversación se había disgregado, ya no había un único tema, sino que hicieron un par de grupos y hablaban de asuntos diferentes. A Morgan, que era un foco, le preguntaban por la Universidad.

—A ver, no es lo que esperaba. Bueno, todo el mundo cree que es superdifícil pero luego no es para tanto. Lo cierto es que sin estudiar mucho estoy aprobando todo, no sé ni cómo he llegado a segundo. Pero... no sé, la carrera, es un rollo, de verdad, esto es lo mío.

—Morgan, —le reprendió Anastasia, que acababa de entrar— no digas más que te lo vas a dejar, por favor, si te queda poquísimo, la mitad, y acabarás siendo arquitecto, lo que siempre has soñado.

—Ya... ya lo sé. Desde pequeño siempre me han gustado las casas, jugaba con lego y todo... pero ahora que estoy en ello... no sé. La verdad es que estoy un poco perdido.

—Chaval, pues si tú estás perdido... qué será de nosotros, pobres diablos mundanos— se preguntó Mique.

—¿Lo dudas, Mique? Acabaremos debajo del puente, es nuestro destino. Seremos unos yonkis, borrachos, tirados y muertos de hambre, no es tan mal plan, ¿no? —sentenció Robe.

—No bromees con eso que hay gente que de verdad vive así— dijo Jin.

—Es que no bromeo, hablo totalmente en serio. O debajo de un puente o en la cárcel, tiempo al tiempo.

—Me aburro —anunció Nica. —La comida muy buena pero vamos a jugar a algo.

—¿Y a qué quieres jugar?

—Preguntas hipotéticas.

—¿Qué es eso? —preguntó inocente Neus.

—Fácil. Imagina que han secuestrado a tu perrita.

—¿A mi tierna Chispa?

—Sí, a tu Chispita. La han secuestrado unos sádicos hijos de puta. Y te dicen: o comes mierda o matamos a tu perrita. Además sufriendo, la destripan ante tus

ojos.

—Aaaay qué cruel.

—Vamos, elige.

—No sé...

—La mierda es de ellos y recién hecha. Una calentita y dura y la otra de diarrea. A tragos.

—Puaj, adiós, chispita.

—¿Que la maten?

—Sí, que la maten... yo mierda no como. A ver... la quiero mucho, pero es una perra... y yo... yo soy yo y no voy a comer mierda.

Las risas vinieron de la sorpresa ante la respuesta. Finalmente no dudó un ápice.

—Si Chispita supiera lo que has elegido lloraría, qué poco la quieres —la picó su novio.

—La quiero mucho... pero tiene ya doce años... y yo no voy a comer mierda, tenlo claro.

—Pues así va el juego. Venga, siguiente.

—¡Yo! Esto me mola, —dijo Abde— pero molaría más con unos chupitos, unas copas o unos cafés, ¿no?

—Pues sí, has dicho algo, venga, recogemos, bebemos y jugamos.

La sobremesa

Resuenan unos hielos en un vaso ancho de cristal, Larios baña las rocas, el aroma asciende a las fosas nasales, los cristales se entrechocan: por nosotros, porsifo, porsirre, por mí, por las tetas gordas, por mi nabo, por mi coño, por nosotros, por ser jóvenes para siempre, por no acabar debajo de un puente. Hay estallidos de risas como coches que frenan y chirrían. Entre los dientes se escapan con saliva y bufidos gotas de alcohol, besos etílicos con lengua y en el cuello. Una canción los abrumba, una oportunista Nica sube el volumen y aferra la silla como si en ello le fuera la vida. Perrea. Sus nalgas van al ritmo. El bajo suena y retumba la casa. El Flow de Anuel y Ñengo, la letra que habla de sexo guarro, goce y placer. Abde se levanta y se pasa la mano por la boca, la cara a un palmo de los glúteos de la joven que se contonea; Mique resopla y se levanta para no perder detalle, “Estos se lo montan aquí delante de todos en breve”; “Relaja, salido, que esto tiene flow”, es Anastasia que en pie baila, se acerca a los otros dos y se menean con movimientos que para muchos tienen más de ritual previo al apareamiento que de danza. Todos parecen gozar de la música, a excepción de Alfonso, indiferente a cualquier melodía salvo si es banda sonora de un videojuego. En estos instantes saborea el último bocado de las torrijas^[1] que aportadas por Neus, no sobra ni una.

En estas Robe saca uno de los porros que tenía liados y le prende fuego. Curtis, que lo ve, se aproxima, le pone las manos en los hombros.

—Por favor, Robe, para fumar está el jardín, hace buen día.

—Joooder, puto ruso. Está bien, eres un plasta, macho.

Robe se pone en pie y se le encara, no había apagado el cigarro todavía. Más de uno tragó saliva y se puso tenso. Mique agitó la mano diestra deseando un poco de gresca. Curtis, pese a su cara de buen chico y lo bien vestido y peinado que iba, no tembló un ápice. En un perfecto castellano respondió:

—Esta es mi casa. ¿No te gusta? Te vas.

Nica susurró entre risas un “buuum” y hasta lo gesticuló para sí misma. Robe era bastante más bajito que el ruso, ladeó la cabeza, se encogió de hombros y apagó el porro en la mesa. El ruso apretó la mandíbula y cedió, volvió a su sitio.

—Puto ruso —susurró Robe al sentarse.

—Joder con el ruso —admitió Mique— tiene huevos.

—Pues a mí me pone... —confesó Jin— ahora más que nunca.

—Tendré que partírla la cara a alguien a ver si así te gusta.

—Tú ni así, hijo... no tienes pase.

—Qué poco me quieres.

—Poco es mucho, nada es lo correcto.

Abde se sentó junto a Robe, pasó el brazo por encima.

—Deja esa cara de muerto, coño, que tengo una alegría para ti.

Sacó una bolsita transparente, muy pequeña, que agitó sosteniendo con los dedos índice y pulgar.

—Oooh, farlopa. Vamos, ponme una guapa.

—Pero limpia esto un poco, cojones, y nos pongo una a cada uno... lo que no pienso es esnifarme media torrija.

Robe miró a Curtis, quien no le quitaba ojo de encima.

—¿Qué pasa, rubio? Esto no huele, ¿no quieres que fume? No fumo, pero con unas rayas no hacemos daño a nadie. ¿Quieres una a ver si te vuelves menos estirado que pareces del opus dei?

No verbalizó nada, simplemente meneó la cabeza. Cogió algunos platos y vasos y los llevó a la cocina, Neus le ayudó a recoger y preguntó:

—¿Alguien quiere café? ¿Tienes café, Curtis?

—Sí, claro.

—Voy con vosotros, en la uni me he hecho adicto a la cafeína —se sumó Morgan —necesito uno bien cargado.

—¿Y tú, cari?— preguntó Neus a su novio.

Robe levantó la cabeza y la miró como si le hubiera dicho el peor insulto que podría haber oído.

—Pasa de mí, joder, ¿no ves que estoy ocupado? —le estufó con tal desprecio que parecía dirigirse a engendro inhumano.

Ella, acostumbrada, hizo caso omiso y fue a la cocina junto a los otros.

—Bueno, habéis pasado de seguir jugando, venga, vamos al lío —irrumpió Nica. —Alfonso, por ejemplo, elige: ¿Qué prefieres que maten a tu madre con una katana o que te laven el pelo con jabón?

Alfonso dejó las torrijas y la observó asqueado.

—Qué graciosa eres, yo me lavo el pelo.

—Pues chico, no se nota, llevas aceite como para aliñar una ensalada.

—Tu preocúpate de tu cara que ya tienes bastante con eso.

—Serás hijo de puta, ¿qué pretendes decir que soy fea? Pues anda que tú, caraculo, que con ese careto vas a ser virgen toda tu vida.

—Hace ya tiempo que no soy virgen.

—Oooh, ¿en serio? ¿y con quién perdiste la virginidad? ¿con la gata de

Mique?

—No te importa.

—Seguro que pagaste.

—Paso.

—Bueno... ¿qué tal si cambiamos de juego? Podíamos jugar al yo nunca, y así nos emborrachamos.

—Vale, buena idea, Nica, pero cuando estén todos, mientras, un par de preguntas hipotéticas más. A ver qué tal lo hago: ¿Qué preferirías que te corten dos dedos de la mano o una oreja?

—Oh, qué cabrona. ¿Dos dedos? ¿Cuáles?

—El corazón de la derecha y el pulgar de la izquierda.

—¿El corazón? Adiós oreja.

—¿No te molesta más el pulgar?

—No, nena. Es mi dedo de mantar a los imbéciles que me rodean— miró a Alfonso. —Lo de la oreja lo escondo con el pelo y listo.

—¿Y qué preferirías que mataran a tu perro o a un desconocido que pase por la calle?

—Al desconocido, que maten al desconocido, a mi Puchi que no lo toquen.

—¿Eliges a un perro antes que a una persona?—preguntó Alfonso.

—No es un perro, joder, es mi perro, así que no compares.

Robe se frotó la nariz, sonrió, expresó con un gesto la calidad del producto, y luego quiso participar.

—Vale, ahora responde a esta. ¿Qué prefieres que maten a tu perro y te lo den a comer o que te corten una mano?

—Estás enfermo, tío... ¿qué clase de pregunta es esa?

—Vamos, responde.

—Pues que me corten una mano.

—Vaya, Nica, sí que quieres a ese perrete.

—Es que tú no sabes lo que adoro a ese animal. En serio, da una alegría volver a casa y encontrártelo, qué corra a recibirme, es el único que se alegra de que yo viva en esa casa. Lo adoro, no tiene un ápice de maldad. De verdad, es que los perros son tan buenos... y los tratamos tan mal. No nos merecemos a los perros. Los perros son mejores que muchas personas.

—Sí son buenos los perros y claramente más fieles que muchas personas... pero yo no pondría a un perro por encima de una persona.

—Bueno... yo sí... es que somos muy diferentes, por ejemplo, yo nunca me metería nada en la nariz. Pastillas si, y fumar, pero en vena o por la nariz... paso, que eso va directo al cerebro.

—Nunca digas nunca... yo también pensaba como tú, pero un día te atreves,

lo pruebas y dices... joder, el colocón es más rápido, mejor, y deja menos resaca... y todo es más limpio. No me extraña que haya tantos artistas enganchados a la coca, para mí es la droga más elegante.

—¿Elegante...? ¿A quién le importa la elegancia? Con que no me dé un chungo me conformo, yo eso no lo meto en mi cuerpo.

—Cosas peores te habrás metido— intervino Abde mientras le guiñaba un ojo.

—Peores que la coca no, te lo aseguro. ¿Jugamos ya al Yo nunca?

—Espera que vengan los de la cocina... así los emborrachamos— propuso Mique.

—Vaaale. Pero están tardando, ¿qué coño hacen ahí?

—Ni idea, qué más da.

Curtis mostró a Neus dónde guardaba el café y le explicó cómo funcionaba la cafetera preparando una taza. Jamás lo hubiera encontrado Neus por sí sola, estaba escondido y se preguntó ella si las costumbres en Rusia eran diferentes incluso para el almacenaje, qué tontería, se dijo después.

—Curtis, perdona a mi novio, a veces es un poco capullo. Puede parecer amenazante, pero luego no es nadie, ya lo has visto, es inofensivo. Es tu casa y si te molestamos en algo nos vamos.

—Tú no molestas —respondió Curtis.

—¿Es inofensivo, Neus? —preguntó Morgan a Neus y en esa pregunta se entendía un mundo de realidades implícitas.

—Sí, claro que es inofensivo, simplemente a veces es demasiado visceral, o malhablado, pero es que él es así... al final te acostumbras.

—Qué lástima acostumbrarte a que tu novio te hable así, ¿no?

—Bueno, no sé...

—Oye, Neus, me ha dado mucha alegría verte, ¿sabes? Hacía mucho que no nos veíamos, y la verdad es que te he encontrado cambiada.

—Sí, ya sé que he engordado, Robe no para de decírmelo.

—¿Que has engordado? Lo dudo. Lo que estás es preciosa, me gustas mucho con el pelo liso, te favorece. Además, vistes colores crema y vistosos, me alegra que hayas dejado atrás ese vestuario tan oscuro que llevabas antes... así muestras más tu luz.

—Ay, calla, Morgan, me estás poniendo rojísima.

Curtis los miraba y sonreía.

—Eh, Curtis, ¿tú que dices? ¿A que tengo razón? Neus es una chica preciosa, ¿sí o no?

Curtis, cómodo, sin sentir que estaba en un aprieto, la miró y asintió.

—Sí, eres muy guapa.

—¿Ves?

Y de súbito, como si Neus se hubiera dado cuenta de que necesitaba algo, se arrojó a los brazos de Morgan y le dio un abrazo. Se quedó allí cinco segundos, inmóvil, respirando. Sintió que se había estado haciendo pasar por una sirena todo este tiempo, que se había sumergido en un mundo submarino y sonreía y fingía estar en su lugar y ser uno más... y que de pronto, con este abrazo, había emergido a la superficie a tomar aire. Después, sintió que debía sumergirse de nuevo y exhaló... con el aire, sin que lo percibiera, emergió también una lágrima que se deslizó por la mejilla rosada. Al separarse de sus brazos, Curtis observó la lágrima, también este segundo la vio, y tragó saliva. Morgan, en cambio, sonrió melancólico, acarició el rostro de la joven mientras le limpiaba la lagrimita.

—Llevas una cosita, ya está... mucho mejor.

—Gracias... por todo.

Morgan solo sonrió.

—Vamos, chicos, preparemos esos cafés... se estarán preguntando qué hacemos.

—Qué estrés, tú, tranquila... que no hay prisa.

—Bueno, vamos a sacarlos, antes de que se enfríen —en cambio, al tiempo que decía esto y parecía distanciarse del flirteo, puso la mano en la cadera de Morgan, le sonrió y lo animó a ayudarla, con lo que no parecía poner fin a aquella complicidad, sino aplazarla.

Preguntaron quiénes querían café de nuevo, esta vez, al ver las tazas ya servidas, sí hubo quienes tomaron una. Jin se aseguró de hacerse con uno bien cargado. Neus la notó nerviosa y alterada y le preguntó qué sucedía.

—A ver... lo de la misofonía, lo llevo bastante bien, incluso aquí, pero es que son muy cerdos, de verdad, ¿es necesario que se chupen los dedos todo el tiempo?— dijo con intención de que la oyeran.

—¿Quién se chupa los dedos?— preguntó Mique.

—Pues tú, por ejemplo.

—No, ¿no? No, yo no.

—Sí, tú sí, y casi todos.

—Es por el azúcar, es que claro, se nos llenan los dedos, no te pongas así, Jin y qué es eso de la misofonía.

—Pues que no soporto los ruidos de la gente al masticar y al tragar, y eso cuando se es un guarro y se come con la boca abierta, pues es horrible.

—Chica, sí que eres rara.

—¿Y si te chupan a ti los dedos o otra cosa también te molesta el ruido?—

preguntó Abde.

—Si eres tú quien chupa, sí, porque me daría bastante asco, la verdad.

—Sí, sí, eso dices ahora.

—Y después.

Alfonso y Mique estaban mirando el teléfono móvil, el segundo se lo enseñaba al primero. Sus rostros delataban que había pasado algo digno de interés. Cuchicheaban y hacían gestos.

—Ey, ¿qué pasa? —preguntó Anastasia.

—¿Eh? No, nada.

—Nada no, vaya caras. ¿Qué habéis visto?

Nica, ni corta ni perezosa, al ver que se cocía algo, se aproximó por detrás y le arrebató el móvil a Alfonso, quien lo sostenía con endebles y temblorosos dedos, aunque era el móvil de Mique.

—Jajaja, a ver, ¿qué es esto? Seguro que es porno duro —se alejó para que no se lo arrebataran.

Jin se levantó y se quedó junto a ella a cotillear y a escoltarla, por si los chicos intentaban recuperar el teléfono.

—Hala, qué es esto, pues no es porno. ¿De quién es esta foto? Anda, la Andrea, ¿esta no va al instituto? —preguntó Nica.

—Sí, a cuarto de la ESO. Va a la clase de mi hermano.

—Pues vaya tela.

—¿Qué pasa? ¿Qué estáis viendo? —se interesó Anastasia.

—Pues se hace una foto haciéndose cortes en el brazo, lo sube a Instagram y pone un texto superraro.

—¿Sí? ¿Qué dice?

—Da igual, solo quiere llamar la atención —le quitó importancia Mique.

—Pues mi atención la ha captado —admitió Morgan. —Venga, léelo porfa, Nica.

—Vale, lo leo. “No sé por qué hago público esto. No pido ayuda. Creo que solo es un grito de angustia. Me corto porque necesito que mi cuerpo muestre las heridas de mi alma, que haya coherencia en mi angustia y vacío. Tal vez cuando mi alma muera del todo también lo haga mi cuerpo”.

—No sé quién es la chica, pero no escribe mal.

—Qué cínico eres, Morgan, parece un anuncio de suicidio, un grito de auxilio, qué más da si escribe mal o bien— lo criticó Anastasia.

—Bueno... si lo ha puesto en Instagram... no sé, yo no conozco a la chica, vosotros diréis.

—Eso es una fantasmada, una manera de llamar la atención, esa chica es una marginada —espetó Mique como si en cada palabra mascara rencor.

—Lo de poner la típica foto cortándose en el Insta, para mí que ya está un poco pasado... y la chica, pues bueno, ¿no iba a la clase de tu hermano? ¿cómo es?— preguntó Nica a Jin.

—Pues se ve que tiene problemas en casa y tal y siempre se la ve triste... falta bastante y tonta no es. Y últimamente sí me dijo mi hermano que faltaba un montón. Él siempre dice que es muy lista, pero que como falta tanto, sobre todo últimamente, suspende.

—Es que ser listo no es lo mismo que ser empollón —intervino Robe.

—Eso lo dices porque tú te consideras así, ¿no? De no ser un vago y pegarle tanto al fumeteo, serías Einstein, ¿a que sí?— dijo Abde.

—No hablaba de mí. Simplemente lo planteaba como concepto. Es un hecho. Una cosa es ser listo, y otra cosa es estudiar o tener cultura... puedes tener una cosa y no la otra.

—Quizás... pero por listo que seas, nunca serás el más listo, no llegará nadie a Einstein, si no utiliza esa supuesta inteligencia, es decir, puedes ser muy listo, pero si no estudias... de qué te vale.

—Por ahora, para liar unos porros que te cagas —bromeó Abde refiriéndose a Robe, —bueno, y para echarse una novia que está muy buena.

—Eso es porque además es muy guapo —su novia, Neus, trató de acercarse a él con el piropo, pero a Mique pareció molestarle más que adularlo.

—Jin, creo que voy a escribir a esta chica. Estoy mirando los comentarios y nadie le dice nada bueno ni se interesa por ella... es más, la desafían a que se haga cortes más profundos...

—Escríbele un privado por el Instagram.

—Tías, de verdad, ¿no veis que solo está llamando la atención? Venga, dame el móvil ya que me enfadaré. Ni se te ocurra escribirle, Nica, ni sus amigos ni compañeros de clase le hacen caso ¿por qué le vas a hacer caso tú que no la conoces? Si nadie le ha dicho nada, es porque saben que es cuento, postureo, teatro y dramatismo, llamar la atención... vamos otra moda de Instagram— soltó Mique tras recuperar su teléfono móvil.

—Y tú vaya interés tienes en que no le hagamos caso.

—Es que me da mucha rabia la gente así, en serio, no le hagas ni caso. Venga, vamos a jugar a algo que las botellas están llenas —propuso Mique.

—Ey, apoyo esa idea —soltó Abde.

—¿Jugamos al Yo nunca?

—Genial. Por fin.

—¿Y a eso cómo se juega?— preguntó Anastasia.

—Princesa, te lo digo siempre, te falta vida universitaria, menos estudiar y más salir... el Yo nunca es un clásico —aseguró Morgan. —Hasta Curtis sabe

jugar, ¿a que sí?

Curtis se rio y afirmó con la cabeza.

—Pues bien, explícale a mi novia y a algún otro tímido no iniciado cómo va el juego, así practicas tu español.

Juegos

—A ver, creo que es así —se llenó un vaso ginebra, lo levantó, pensó y prosiguió, tras mirar a Anastasia. —Yo nunca he mirado el culo a la novia de un amigo.

—Jooder, empieza duro el ruso —dijo Morgan divertido por lo que parecía un desafío.

—Morgan, calla y bebe que nos conocemos— aseguró Mique.

—Y ahora, quienes lo hayamos hecho, bebemos —y Curtis bebió un buen trago.

—A ver, entonces, si yo hubiera mirado el culo a la novia de un amigo, también bebo, ¿no? —preguntó Anastasia.

—Eso es, lo has entendido.

—Entonces bebo —y bebió. Con las consiguientes bromas destinadas a su novio Morgan.

El juego fue idóneo como excusa para beber. Además las preguntas iban al cuello. Cuando alguien soltaba una frase polémica, el siguiente trataba de superarla. Así soltaron perlas como:

“Yo nunca he tenido fantasías sexuales con una profesora o profesor. Yo nunca he robado en una tienda. Yo nunca me he metido una raya de coca. Yo nunca he puesto los cuernos. Yo nunca me he masturbado. Yo nunca he visto porno. Yo nunca he criticado a nadie por la espalda. Yo nunca he copiado en un examen. Yo nunca me he liado con dos en una misma noche. Yo nunca he tenido sexo. Yo nunca he probado la burundanga. Yo nunca he tenido sexo en un coche. Yo nunca he tenido sexo con alguien de mi género.”

Y muchas más. Y algunos, como Nica o Mique, bebían casi siempre. A este último a menudo lo acusaban de ser un fantasma mientras que a ella nadie la ponía en duda. Además, parecía que la bebida comenzaba a afectarle más a él que a ella. También a Alfonso lo puso alguno en duda.

—Pero, Alfonso... ¿seguro que te has estrenado? ¿y con quién si puede saberse?—preguntó Morgan en tono jocoso. —Yo te tenía por virgen.

—Pues no —respondió en un tono tan seco, cortante y desagradable que sorprendió.

—Chico, ni que una cosa ni la otra fuera algo malo. Qué tío más raro, de verdad, parece que estés en un funeral en lugar de en una fiesta. Y no eres el único —Morgan miró a Robe, que había esnifado ya cuatro rayas, seguía

bebiendo y tenía mal aspecto. —Si para esto bebéis y traéis porros y coca, en serio, dejaos las drogas, que esto es para divertirse.

—Tú calla, que no tienes ni puta idea —le respondió Robe.

—En serio, qué raros estáis o qué raros sois.

—Tiene razón, cariño —le susurró Neus a su lado acariciándolo y tratando de calmarlo. —Deberías dejar ya de beber, has consumido suficiente.

—Que me dejes, coño —se levantó como si su novia fuera una acosadora. —No me dejas respirar, cojones, dame un poco de espacio. Cuanto imbécil, coño. ¿Alguien se viene fuera a fumar un porro?

—Yo voy contigo —dijo Mique.

—Y yo —se apuntó Abde. —Venga, vamos a despejarnos.

Indagaron por la finca mientras fumaban y descubrieron que, en la parte trasera, tenía una pista de fútbol sala, una pista de pádel y unos vestuarios, que además estaban abiertos.

—Solo le falta una piscina al cabrón, puto ruso mafioso. Se ve que los rusos no son de piscina, porque como allí hace tanto frío.

—A ti lo que te pasa, Robe, es que eres un envidioso —le recriminó Mique.

—Bah, para qué sirve el dinero. Total... las cosas importantes no se compran.

—Y una mierda. ¿Qué cosas son importantes para ti? Y no me vengas con polleces, ya quisieras tú estar forrado y quemar el dinero en drogas y videojuegos... porque a ti te la suda la amistad, el amor y la familia. Tus colegas te la sudamos, a tu novia la tratas a patadas y tu familia... bueno, ¿cuándo fue la última vez que viste a tu madre? Y con tu padre tampoco es que la relación sea idílica.

—Eres un puto cabrón —Robe cogió del cuello a Mique y se le hincharon las venas. —Debería matarte a hostias.

Mique con un simple gesto se apartó la mano y Robe quedó desequilibrado, a punto de irse al suelo.

—Vas demasiado ciego para reventar a nadie... no seas penoso, anda.

—Robe, pasa, tío, —intervino Abde. —¿No ves que solo es un bocazas y que te está provocando?

—No, si eso está claro... ¿de qué iba lo del yo nunca? ¿burundanga? Eres un imbécil, Mique.

—Venga, que solo era una broma. No tienen ni puta idea.

Aparecieron Curtis y Alfonso con una pelota.

—Habéis encontrado la pista. ¿Jugamos un poco? —propuso Curtis.

—Va, sí, pásala.

Alfonso se puso en la portería, porque era a quien menos le gustaba jugar a fútbol, los otros cuatro se enfrentaron en un 2 contra 2. Para cambiar de defender

a atacar era necesario, al recuperar el balón, salir del área y volver a entrar. Incluso jugando en media pista, a los 6 minutos estaban todos jadeando, a excepción de Abde y Alfonso.

—Soy el eco de lo que fui —confesó Mique sentado en el suelo y recuperando el fuelle mientras encendía un cigarro.

—Tampoco has sido nunca gran cosa —lo provocó Abde dando toques al balón a su lado. —No me vengáis con la excusa de los porros porque yo también fumo y no soy un acabado como vosotros. Dais mucha pena, no habéis durado nada.

—Pues los porros sí hacen y mucho— aseguró Mique—, y el tabaco también. Tú sabes que yo antes estaba en forma. Cuando dejes de entrenar lo notarás si sigues fumando. Además, nunca sabrás cuál sería tu fondo si no fumaras.

—Bueno... bueno... oye, ¿y el Morgan? ¿Por qué no ha venido? Creí que le gustaba el fútbol.

—A ese le encantan los balones, pero no solo los de fútbol —bromeó Mique. —Si yo tuviera novia no me hubiera fiado de dejarla cerca de él a solas.

—Bueno, aquí el único que tiene novia es Robe, y me parece que pasa bastante de ella —añadió Abde.

—Eh, yo no paso de ella. Lo que pasa es que es una pesada... nada más. Quiere estar todo el tiempo conmigo y me agobia... entre pasar de ella y no querer estar pegado como una lapa todo el tiempo hay una enorme diferencia.

—Pues te digo yo que si te importa lo más mínimo, no le quitaría el ojo de encima a Morgan... lo conozco bien.

—¿Qué dices? Si su novia está ahí dentro con él.

—Ya... ¿y qué? La Anastasia es muy liberal, además, este es un picaflor... desde que entró a la universidad especialmente.

—¿Picaflor? —preguntó Curtis.

—Sí, coño, un promiscuo, que va muy suelto, un golfo.

—Ah... vale., entiendo.

—No me agobiéis, cojones, que bastante me come la cabeza mi novia con todo.

—Vale, vale... no hablamos de novias. Oye, tío, tú, después del verano, ¿qué piensas hacer?

—¿Qué pienso hacer de qué?

—De tu vida, tío, me preocupo por ti.

—Pues voy a hacer lo mismo que antes. Trabajar en la huerta y ponerme hasta el culo con lo que gano. ¿Hay más en la vida?

—Tío, si te oyeras, te darías cuenta de que no mola nada ese rollo. A ver, hace cuatro años era la hostia, pero vas ya para veinte. ¿Te vas a pasar así la vida de

verdad?

—Claro, ¿y tú te crees mejor o qué? ¿Qué planes tienes? ¿Realmente crees que te ganarás la vida con el fútbol?

—Pues ojalá... no te voy a engañar. Cualquiera día me puede ver un ojeador y ficharme. Pero oye, que tengo los pies en el suelo, no me tomes por bobo... sé que igual no acabo en el Madrid ni en el Barça, pero me valdría un Segunda que pagara bien. Un Elche, un Córdoba, o algo así. Y bueno, por si me falla, tengo en mente meterme a nacional o a Guardia Civil. Ya es mucho más de lo que tienes tú. Que fumo mis porritos, sí, que me pago mis gastos con el trapicheo, también, pero esto no va a ser así siempre. Yo seré un ciudadano bien, con mi coche guapo, mi casaca, mi novia, alguna amante y algún día hasta hijos. Y joder, ojalá una choza como esta con campo de fútbol y poner a mis nanos a jugar al fútbol conmigo.

—Mira el Abde, cómo sueña, qué te parece —dijo Mique. —Le tengo que dar la razón. El capitalismo lo pintan como el demonio, pero coño, está de puta madre... ¿quién no quiere una vida cómoda con pasta? Decías que las cosas importantes no las compra el dinero, ¿cómo que no? Con todo eso puedes vivir cómodo y de puta madre, y si no, pues eres un indigente de mierda o un yonki. Un adicto a la coca con pasta es un artista, un adicto pobre es un yonki, la vida es así, aquí y en la China Popular.

Y como si estas últimas palabras hubieran sido mágicas, oyeron no muy lejos un estruendo que solo Mique reconoció, aunque a los demás les sonó familiar.

—¡Joder! ¡Mi moto!

Corrió él y los demás lo siguieron. Salieron de la finca justo adonde estaba aparcada su motocicleta, al lado del coche de Morgan.

Dentro de la casa se habían apoderado de los sofás Morgan, Neus y Nica. Por su parte, Jin y Anastasia curioseaban por la casa, que parecía no tener fin, guiadas por Curtis.

Los del sofá habían apagado la videoconsola y encendieron el televisor. Nica aprovechó para poner la música que le gustaba. Era un videoclip de Becki G y C Tangana.

—Oye, Nica, ¿te gusta esto?— preguntó Morgan.

—Claro, es un temazo. Y me encanta cómo cantan los dos.

—¿Pero el videoclip también te gusta?

—Sí... ya lo creo. ¿Qué pasa?

—No sé... yo entiendo que me guste a mí, porque están todo el tiempo saliendo tías macizas medio en pelotas. Me pongo en tu situación y... para ver a C Tangana con el ojo maquillado que da grima y ese aspecto de narco deslavado,

no sé yo. Ojo, que la canción no está mal, para ser reguetón, pero el vídeo... ¿Y la cantante cómo se presta a eso? ¿No es un poco machista?

—Cómo eres, tío... a ver si vas a ser más feminista que yo. Mira, es música. Salen tías buenas sí, a mí también me gusta verlas, mira, yo quiero ese culo. Y la Becki, pues no tiene complejos, porque no tiene ese culo de colombiana de Nicki Minaj o de otras, pero ahí la tienes, en bragas y moviendo el pandero y canta bien... pues para mí no es machismo. Es que cuando una sale a bailar quiere un poco de eso, ¿no? Un poco de guarreo y que le digan que está buena. Imagínate que en lugar de decir lo que dicen hablaran no sé... de otras cosas.

—¿De iglesia por ejemplo?

—Eso sería gracioso —intervino Neus.

—A ver, ¿cómo sería? Sube la voz —la imperó Morgan para después cantar —Oh na na na, vámonos juntos a rezar, —se puso a cantar y a bailar en pie y hasta con cierto estilo— patrás patrás patrás, mi fe yo la heredé de mi mamá...

—¡Qué bueno! ¡Qué bueno!

Neus no dejaba de reír. Su risa era desmedida. No era una risa educada, ni de cortesía ni de sentido común. Lo lógico por el chiste hubiera sido reír unos quince segundos como mucho. Pero estuvo minuto y medio, y lo cogía del brazo y le decía lo bien que cantaba y lo gracioso que era. Esto no solo resultaba desmedido e inapropiado en cualquier persona, sino que además en Neus, casi siempre tan comedida, sorprendía muchísimo y logró que Nica arqueara la ceja izquierda mientras ladeaba la cabeza y se decía a sí misma: “Vaya, vaya, vaya”. Y por su parte Morgan la correspondió con una sonrisa, le acarició el brazo y pensó “Esta quiere tema”.

—Vamos, Neus, que tampoco es tan gracioso. Además, yo, por bien que cante el Morgan, no me veo en la discoteca ahí meneando el pandero mientras canto “vamos juntos a rezar”. Que no, que una a la discoteca, digan lo que digan, va a pillar cacho y el baile para eso es básico.

—Pues no, eso no es verdad. Yo tengo novio y voy a la discoteca y te aseguro que no voy para ligar.

—¿Y a qué vas entonces?

—Pues para bailar y pasarlo bien con mis amigas y amigos, y para tomar algo. No bailo para que vengan babosos, así que igual Morgan tiene razón. No sé por qué las letras del reguetón nos tienen que pintar siempre como a unas guarras y unos objetos.

—Mira, Neus, que digas eso precisamente tú.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no lo puedo decir?

—Porque eso se lo podías decir a tu novio el Robe, que te trata como a un trozo de carne.

—¿Cómo te atreves a decir eso? No es verdad.

—Mira, Neus... sabes que contigo se porta fatal, que solo te quiere para lo que te quiere, y yo si fuera tú lo dejaba pero ya. No he visto tío más machista que tu novio en mi vida.

—Pues qué poco lo conoces.

—Es que no necesito conocerlo más, ni quiero, veo lo que te hace. ¿A que tú también lo ves, Morgan?

—Yo prefiero no meterme en los asuntos de una pareja.

—Tío, venga, mójate. A ver, ¿tú ves normal que le mire el móvil y le cotillee todos los mensajes? ¿o te parece normal que le diga cómo tiene que vestir? ¿o a lo mejor ves bien que él pueda salir de farra solo con sus amigos pero que a ella no la deje venirse de fiesta sola con chicas? ¿o qué te parece que tengan una bronca cada vez que ella hable con un chico conocido o no?

—¿Eso es verdad?

—Tía, pero es que lo pintas como si fuera algo supermachista, y hoy día es normal. Todo el mundo se mira los mensajes del móvil, es cuestión de confianza, y lo otro, pues solo han sido cosas puntuales.

—Yo no miro los mensajes de mi novia, ni ella los míos. Una cosa es la confianza, y otra el respeto a la intimidad. De cualquier manera, si estáis los dos de acuerdo... pues allá cada uno. ¿Él te deja ver su móvil?

—No, porque dice que sus amigos le cuentan cosas que no quiere que yo sepa, y que le envían muchas guarradas y fotos cochinas... y yo tampoco quiero verlo. Bueno, y lo de cómo vestir... simplemente no le gusta que vaya hecha una fulana, eso yo lo veo normal, es que los pantalones esos que se ha puesto de moda ahora que van con todo el culo al aire... yo tampoco los veo normales... y lo otro... es que él es muy celoso y eso, al fin y al cabo, es porque me quiere. No lo veo como algo malo, se preocupa por mí, sabe que los tíos cuando salís vais a saco y no le hace gracia que me estén entrando cada dos por tres. Los chicos es diferente, si no entran ellos, no les entran. Yo también me pongo celosa si alguna le tira la caña.

—¿Pero qué caña le van a tirar con lo dejado que está?

—Dejado pero bien guapo que es y bueno que está... que a ti también te molaba, no lo niegues.

—Ya, tía... pero es que vaya deterioro. Yo miro, no sé, a Morgan, y no hay color, mira qué bien peinado, qué aseado, qué estilo, qué ropa nueva y limpia... no sé, no hay color, y además, guapo es tanto o más que Robe. O a Curtis, ya sé que es un poco paradito, y a lo mejor no es tan mono como Robe, pero está potente y se le ve sano. Pero a tu novio se le está friendo el cerebro de tantos porros y tanta mierda que se mete.

—No digas eso... sabes que en casa siempre ha tenido problemas.

—No me vengas ahora con cuentos ni excusas, se lo justificas todo. Para ti él no hace nada mal, y si lo hace hay una excusa. Neus, tú eres un diez y él te debería tratar como te mereces.

—¿Y a ti cuándo te tratan como mereces, lista?

—Pues muchas veces, lo que pasa es que no quiero un novio. Pero vamos, te digo yo que si quisiera tenía a alguno hoy tratándome como una reina.

—¿A quién? ¿Al Abde que solo quiere tratarte como a una perra?

—Oye, pues del Abde dirás lo que quieras, pero él solo me trataría como una perra en la cama. Porque más allá de eso, conmigo siempre se ha portado bien, y más caballero que tu novio, que por cierto... en la cama, ¿qué? Porque a ese parece que le interesan más los porros que tu culo.

—Mira, tía, pasa de mí, anda. Vete a la mierda.

Se levantó, miró un momento fuera, como si quisiera irse a buscar el consuelo de Robe, pero como imaginaba que iba a molestarlo, optó por caminar hacia el baño.

Morgan y Nica se quedaron en silencio unos segundos.

—No me mires así, tío, sabes que no le he dicho nada que no sea verdad.

—Ya... no digo que hayas mentido, pero lo que le has dicho duele. Y lo sabías.

—Bueno, me da igual, quiero que por lo menos lo oiga, o acabará por creerse sus propias mentiras... Morgan... ve tú a ver cómo está, anda, que a mí no querrá ni verme.

—Vale.

—Gracias, tú sí eres buen tío.

—No, para nada... y no te juzgo, entiendo que le digas eso... lo cierto es que Robe pasa muchísimo de ella. Neus, y cualquiera, merece algo mejor. Espero que algún día se dé cuenta.

Morgan subió la escalera y oyó unas risas. En la habitación de Curtis estaban Yin y Anastasia con el anfitrión riendo a carcajadas. Estaban los tres sentados en la cama y miraban álbumes de fotos.

—¿Qué? Lo pasamos bien ¿no? —comentó alegre Morgan asomado a la habitación.

—Jajaja, sí, rey. ¿Vienes? Estamos mirando fotos de infancia de Curtis. Era más mono. Además, qué país tan diferente Rusia. Es bonito, sabes. Pero ven, mira qué mofletes.

—Da igual, guapa... voy al baño un momento, luego me lo enseñas.

Morgan tocó la puerta levemente con los nudillos. Como no obtuvo respuesta tocó de nuevo, esta vez acompañando el traqueteo de su voz suave y amistosa.

—Neus, soy Morgan, ¿estás bien? ¿me abres? —no hizo pausa entre las dos preguntas, como si la que en verdad le interesara pronunciar fuera la segunda.

Hubo un silencio. Después la respuesta fue que la puerta se abrió y cuando él entró lo asombró la reacción de Neus. Hubiera esperado verla triste sentada en la tapa del inodoro o algo similar. En cambio, ella, sonriente, lo abrazó, se pegó entera a él, del pecho a la pelvis. De inmediato le besó el carrillo.

—Gracias, Morgan, por venir. Sabía que si alguien venía a verme serías tú. Eres tan majo. Y quisiera yo un novio como tú. ¿Sabes? Yo no soy tonta, ni estoy ciega. Claro que veo los feos que me hace Robe y cómo me trata a veces. No creas que no me gustaría tener a alguien como tú a mi lado.

—No digas eso tampoco... yo no soy gran cosa, ni ejemplo de nada, soy imperfecto como todos.

—Para nada, no eres como todos. Eres guapo, eres educado, sensible... eres muy especial. Pero yo... no sé qué pasa conmigo, no sé cómo fui a enamorarme de Robe... ¿por qué no puedo estar con alguien como tú en lugar del despojo que tengo por novio? Claro, porque alguien como tú nunca querría estar contigo.

—Venga... deja ese rollo.

—No es ningún rollo.

—Sí. Tú no puedes creer en serio que no mereces a alguien mejor. Cualquiera merece no alguien mejor, sino alguien que le trate bien. Además, tienes muchos atractivos.

—¿Qué dices? Si soy una gorda patata. Yo creo que por eso ya no le gusto a Robe... porque he engordado mucho.

—¿Gorda? A ver... mi novia es un palo, es verdad. Y a lo mejor por eso crees que solo me gustan los palos. Pero no es cierto que seas gorda ni que solo me gusten los palos. Tu tienes un cuerpo precioso, lleno de curvas, y además eres muy guapa. Y oye, que no todo es el atractivo. Eres una chica sensible y divertida... lo que pasa es que cuando estás con Robe parece que te anule, no te atreves ni a hablar.

—Es que no me atrevo... por no molestarle, por no gustarle menos.

—¿Es verdad lo que dice Nica de cómo te trata?

—Claro, ya lo has visto. Lo que pasa es que a ella no pienso darle la razón. Mira, por ponerte un ejemplo: hace tiempo ya quedé un día con mis amigas a tomar un café; y a él me lo encontré por casualidad y no veas la bronca que me echó.

—¿Por qué?

—Por ir guapa.

—¿En serio?

—Sí. Me dijo que parecía una zorra y que no entendía por qué me ponía guapa si no había quedado con él. Solo quiere que me ponga mona para verlo a él, pero si estoy sola o se me ocurre salir con amigas, cosa que ya ni hago, me quiere hecha un adefesio. A ver, yo lo quiero mucho, si no, no estaría con él. En realidad... lo único que quisera es no quererlo.

—¿No te gustaría que al menos cambiara? ¿Has hablado con él de esto?

—Ya te he dicho que no soy tonta. Yo escucho muchas veces a mujeres en la tele, o en historias que cuenta mi familia, que dicen que esperan que sus maridos o novios cambien. Yo no espero eso. Cuando lo conocí no era así, pero solo porque no me mostraba cómo era él. Pero ahora ya sé cómo es y que eso no puede cambiar. No aspiro a que cambie, porque es imposible. Aspiro a no quererlo para poder dejarlo.

—Buf... suena triste y complicado.

—Es lo que es. Gracias por escucharme, Morgan. Eres un buen tío.

Neus tomó las manos de Morgan y se quedó callada, acariciando con las yemas de los dedos el dorso de las manos. Eran dedos suaves, frescos y le hacían cosquillas. Él era apenas dos centímetros más alto que ella, con lo que Neus, tras mirar las manos de Morgan, no tuvo que alzar el rostro, sino que bastó subir la mirada para que las pupilas se observaran entre sí. Ella tuvo un impulso irrefrenable y besó los carnosos labios de Morgan. La lengua acarició la del chico, que se dejó besar y la besó también. Los corazones se aceleraron. Las manos de ella se soltaron y fueron a la nuca de él. Apretó la boca contra ella, el torso definido contra el busto generoso de Neus. Estuvieron así tres segundos. Qué largos fueron esos tres segundos.

Uno.

Dos.

Tres.

Después, en un suspiro, Morgan cerró el beso, tomó las manos de Neus y las besó con delicadeza.

Sonrió melancólico.

—Ojalá pudiéramos.

—¿Por qué no podemos?

—Aquí y ahora no, por muchas razones que conoces. Quién sabe, tal vez en otra ocasión. Mejor no forzar. Pero que sepas que me encantas y que besas genial.

Suspiró de nuevo Morgan.

—Voy a ver cómo andan los demás y me despejo, que lo necesito —sonrió y arqueó la ceja, dando a entender que había estado muy bien.

—Hasta en esto tienes que ser perfecto, qué suerte tienen algunas.

—No digas eso.

Se calló todas las otras respuestas y salió. No quería parecer pedante ni experto en libros de autoayuda. Hubiera dicho que la suerte se la busca cada uno y que puede cambiar. Hubiera expresado que también ella puede ser una de esas algunas que tienen suerte, pero hubiera parecido que él piensa que ser su novia es una suerte, un privilegio, y para nada estaba seguro de algo así. No era falsa modestia. Así que lo dejó así, algo inconcluso. Besó la frente de Neus y, antes de salir, solo dijo:

—Espero que tomes las decisiones adecuadas, Neus, y que seas un poco egoísta. Eres una chica fantástica, de verdad. Nos vemos abajo.

Ambos, alejados ya. Suspiraron y se relamieron el beso. Solo por ese instante ya había valido la pena la fiesta. En esa misma planta, Morgan se sentó en la cama junto a Anastasia y pronto se integró en la conversación. Su novia, en voz baja, preguntó:

—¿Qué tal todo? ¿Lo estás pasando bien?

—Sí...

—Me alegro. Te quiero mucho.

—Y yo —respondió él.

En ese momento se besaron y Morgan todavía tenía el beso de Neus en la boca.

La moto estaba en el suelo. El espejo roto, la chapa arañada y la pata doblada.

—¡Hijos de puta! Si llego a pillar a quien ha hecho lo mato a hostias. Joder, qué mala suerte, ojalá haberlo pillado. Igual aún está por ahí. ¡Eh! Tú, nenaza, ven aquí, ven que te voy a arreglar la cara cabrón. ¡Será cabrón!— gritaba al vacío, sin suerte, claro.

—Vamos, Mique, tranquilo, quien lo ha hecho ya no está aquí —trató de calmarlo Abde.

—Sí, pero por poco. Joder, ¿cuánto hemos tardado en venir? ¿Unos segundos? ¿Un minuto? Qué cabrón. Lo mato.

—No lo digas tan alto, Mique, dilo con la boca pequeña, que a ver si viene quien haya sido y te zurra.

—Tú calla, colgado —respondió a Robe. —Ocúpate de tus asuntos. Te digo yo que me da lo mismo si quien ha tirado la moto es más alto que Abde o si hace MMA. Yo lo reviento.

—Menos humos, Mique, que no tienes ni media hostia... yo solo digo que es mejor que te hagas el duro y fanfarronees, pero en voz baja. Que como venga

aunque sea un mierda te atiza.

—Tú sí que eres un mierda, cabrón —dijo un empujón a Robe y le levantó el puño para atizarle, o al menos como amenaza.

—Eh, tranqui, que no he sido yo quien te ha tirado la moto— su voz se arrastraba como si llevara un colocón que lo hubiera dejado en un letargo zen pero en modo tocapelotas, por encima del bien y del mal.

—Venga, no la liemos más —Abde se puso en medio y se llevó a Mique hacia la moto. —Vamos a levantarla, que esto tendrá arreglo, seguro.

Alfonso se acercó y se interesó por la scooter.

—Eh, Mique, ¿quién puede haber querido hacerte esto? Porque solo han ido a por tu moto.

—Yo qué coño sé... no tengo enemigos, soy buen tío... le caigo bien a todo el mundo, bueno, menos al gilipollas de Robe, que yo tampoco lo aguanto... pero él estaba conmigo cuando han tirado la moto, así que yo que sé. ¿El ruso no tiene videocámaras?

Miró por la calle y alrededores y no, no vio ninguna cámara.

—Mique, tampoco te la pintes de santo que algún enemigo tienes, ¿no? — Robe arqueó la ceja dando a entender que todos sabían de qué hablaba.

—Calla, tío, joder... sois unos bocas y no, enemigos no tengo.

—¿Y lo de la foto de antes con la cuchilla qué?

—Postureo, macho... nada más, que a la gente le gusta dar lástima.

Levantó la moto y estimó lo que podía costarle la reparación, pues el seguro no las tenía todas consigo de que se hiciera cargo.

—Bueno, vamos adentro... necesito beber. Y, oye, Abde, ¿te queda coca? ¿Me invitas a una raya?

—Invitar no invito, chaval. Pero te hago precio de colega. Cinco euros y te la pongo yo, ¿hay trato?

—Vale, pero no seas rata. Ponme una cantidad decente.

—Joder, ¿es que no sabes con quién estás hablando o qué? Vamos a matar esas penas, coño. Que esto es una fiesta y no quiero caras largas.

Justo cuando alzaba la cabeza Mique de haber esnifado la generosa raya de cocaína (que también contenía un porcentaje de maicena, talco y procaína) vio bajar por la escalera a quienes habían estado en la planta superior.

—¿Por qué te metes esa mierda en el cuerpo, Mique? ¿Te crees más guay así? — le recriminó Jin.

—No, tía, es porque me aburres, tú y esta fiesta, y no hurgues en la herida — después desvió la mirada hacia Neus. Él fue el único que notó que estaba sofocada, o desestabilizada.

La encontró extraña. A ojos de Mique ella solía parecer retraída, a la sombra de Robe, y con un rostro que traslucía una honda melancolía y necesidad de ser amada. A menudo se decía a sí mismo cómo de feliz la haría si tuviera ocasión, si ella le diera la oportunidad. En cambio, ahora, parecía querer ocultar un nerviosismo alegre, una sonrisa de felicidad que no se atrevía a brotar y que sólo él percibía en un tímido colmillo que asomaba entre los labios. Luego pasó frente a él y, tal vez por la coca, esta vez ni disimuló que los ojos se posaban en los glúteos abultados como si dos mariposas aterrizaran en las cumbres de sus lomas.

—La verdad es que sí que se está poniendo esto tostón —apoyó Abde. —O hacemos algo o nos tendremos que drogar más.

—¿Y qué propone el lumbreras hacer?— preguntó Nica.

—Por mí ya sabes... jugamos al teto, o al hoyo, lo que prefieras.

—Mejor no pregunto.

—Eh, de follar ya tendréis tiempo, saliditos... pero sí se me ocurre un juego. ¿Conocéis el juego de las tinieblas?

Pocos minutos después estaban todos los asistentes a la fiesta en una habitación, en la más grande, el dormitorio de matrimonio. Había costado un poco convencer a Curtis, pero cuando las chicas insistieron, especialmente Anastasia, no pudo resistirse.

Se trataba de un juego infantil, solo que llevado a la juventud o adolescencia tardía el gamberreo que propiciaba se revestía de cierto erotismo. El primero que pagó fue Alfonso, por designación popular. Así que él entraba en la habitación a tientas. Toda la habitación había quedado sumida en la penumbra más absoluta, luces apagadas y persianas hasta abajo, prohibidas linternas y móviles, y nada de hablar. El objetivo de Alfonso, el que pagaba, era encontrar y reconocer a oscuras a alguno de sus amigos, solo usando el tacto. Si acertaba, se encendían las luces y el reconocido era el nuevo que pasaba a pagar. Y así, sucesivamente. Si decía un nombre y se equivocaba (verificado nuevamente con las luces encendidas), seguía pagando el mismo. Antes de que Abde, junto al interruptor de la luz, voceara a Alfonso que ya podía entrar, se habían escondido todos y repartido por la habitación. No fue organizado, sino espontáneo, rápido y con empujones de por medio. Los buenos escondites se acabaron pronto y así acabaron tres debajo de la cama, otros tras una cortina, alguno tras un butacón y había quien simplemente estaba hecho una bola en mitad del suelo, rezando no ser descubierto. Ni los escondidos ni quien los buscaba podían ver nada, ahí residía la gracia y el misterio.

Alfonso no había encontrado todavía a nadie y ya los maldijo a todos varias

veces, pues le habían llenado el recorrido de obstáculos. Resultaba desternillante estar agazapado a oscuras en un rincón y escuchar cómo se golpeaba la espinilla contra una silla o se resbalaba con la alfombra e insultaba a todos por igual. Recuperaron por un instante el misterio y la inocencia de los juegos de infancia. Nica se quejó de que alguno de los chicos, cuando pagaba y palpaba aprovechaba para sobar y soltó dos y tres tortazos a quien se acercó más de la cuenta a su busto o sus glúteos. Y así, pagando uno tras otro, acabaron Morgan y Neus pegados el uno al otro debajo de las sábanas de la cama. Había más gente allí dentro, pero se reconocieron por el olor y el tacto. No hubo iniciativa sino complicidad y unísono. Se respiraron las nuca, los rostros, se olfatearon, y los labios se recorrieron cuello y boca. En aquella misma habitación, a oscuras, estaban las parejas de ambos, y aquello lo volvía más emocionante. La lenguas se entrelazaban, los silentes dedos se paseaban por la piel ajena. Ella palpaba el firme abdomen, él apretaba el pomposo trasero, ella descendía la mano más abajo del ombligo, el corazón de él se abría paso entre las nalgas que lo abrazaban. Fueron tres minutos, el calor, el sofoco, la pasión y los jadeos, hacía arder aquella cama, ignoraba las risas en penumbras, los golpes, los insultos y el juego. Poco antes de que encendieran la luz se separaron. Suspiraron y el corazón seguía latiendo tan fuerte que no sabían cómo no delatarse en los ojos y el rubor facial.

Al hacerse la luz ella se bajo de la cama, que era alta como la de un jubilado. Neus dijo que no se encontraba bien, que estaba un poco mareada y que necesitaba un poco de aire. Jin y Nica la acompañaron y así dejaron las tinieblas atrás y tal vez las últimas risas de inocencia y niñez.

Rotos

Las chicas se habían sentado en los bancos de piedra del jardín de la casa. Nica se encendió un cigarro y extendió el paquete a las demás como si de Eva se tratara.

—No, gracias— dijo Anastasia.

Las demás simplemente menearon la cabeza.

—Pues os lo perdéis.

—O lo ganamos —respondió Anastasia. —¿Para qué necesitamos fumar? ¿Para morir de cáncer de pulmón?

—De algo hay que morir.

—Pero no me apetece morir de eso, nena, ¿qué quieres que te diga? Prefiero que me atropelle un camión.

—Es que a mí me entra de lujo, aquí, al aire libre, de noche, oyendo los grillos, es la leche.

—Pues a mí me entraría mejor un cubata, o una buena tarta de chocolate.

—Ya, o un buen rabo.

—¡Hala!—respondieron las otras al unísono.

—Venga, venga, que vosotras también lo habéis pensado. Y di la verdad, Anas, que estás deseando meterte en una habitación con tu novio. Por mí no te cortes.

—Vas lista.

—¿Es que lo tienes muy visto? Pues compártelo.

—No es eso, pava.... Pero con todos los días que tengo, el último momento y lugar donde me lo monto es aquí, delante de todos... ya hay que tener ganas.

Neus miró a otra parte y suspiró, luego se incorporó a la conversación.

—Oye, Anastasia, ¿y qué tal estás con Morgan? ¿Es buen novio?

—Vaya pregunta... pues sí, es buen novio, y estamos bien.

—Me alegro, qué suerte.

—No se lo tengas en cuenta— explicó Nica. —Es que está amargada con el suyo y querrá consolarse pensando que no es la única.

—No estoy amargada... es que llevamos mucho tiempo, nada más.

—¿A ti te gusta tu novio? —le preguntó Jin.

—Claro, es superguapo, y es muy inteligente... lo que pasa es que a veces no sé qué tiene en la cabeza. Cuando empezamos a salir todas estaban locas por él. Y mira, me eligió a mí. Me sentí la más afortunada del mundo.

—Pero tía, como no lo metas en cintura, va a acabar siendo un desecho. No es por comparar, pero Morgan... —soltó Nica. —A ver, que el Robe está muy bueno, pero dónde te lo ves dentro de 10 años, o dónde se ve él. Yo lo veo igual que ahora o peor. Viviendo de trapicheos y siendo un cutre. Pero a Morgan se le ve ambición y cultura... y en la vida, eso lo sé hasta yo, hay que progresar.

—¿Y tú qué? ¿Tienes ambición?

—Yo claro, como todas vosotras. Sí, sé que soy una *choni*, pero no voy a ser una cutre, ni una pobre ni una arrastrada. Yo ojalá hubiera tenido la suerte de nacer en la familia de la Anastasia, pero nací en la mía. En mi familia nadie tiene ni el bachillerato. Yo a lo mejor no soy la más lista, ni la que más oportunidades ha tenido, pero me lo curro. Mira, tengo 19 y este año acabo el Superior de Administración y Finanzas, eso ya es más que lo que tiene nadie de mi familia. Pero no me quedo ahí. Curro por las tardes en la tienda ¿sabes para qué? No para pagarme las fiestas y la ropa, que también, sino para ahorrar de cara al año que viene. Y por las noches, pues no pego ojo, apechugo y estudio, dormiré cuatro horas al día... pero así es como apruebo. Y el año que viene a estudiar Derecho.

—¿Vas a estudiar derecho? ¿Quieres ser abogada? —preguntó Anastasia asombrada como si aquella profesión estuviera vetada a los de cierta clase social.

—Sí voy a estudiar derecho, pero no quiero ser abogada. Quiero ser Policía Nacional... y no seré una más, llegaré con carrera y promocionaré. Voy a ser inspectora, ya verás. Eso es ambición. En esta vida hay que tenerla.

—Ojalá todas lo tuviéramos tan claro como tú —deseó Anastasia. —Yo aún no tengo claro qué quiero hacer en mi vida. Veremos cuando acabe la carrera.

—¿Qué estudiabas? —preguntó Jin.

—Empresariales. Me metí por mi padre. Como no lo tenía claro me convenció él, porque quiere que lleve su empresa de calzado cuando él se jubile. Pero a mí no me atrae demasiado, la verdad... y Morgan tampoco te creas que lo tiene más claro. ¿Tiene ambición? Sí, él siempre dice que le encantaría ser alguien en la vida, pero que aún no tiene claro quién. Y es listo, y estudia... pero está bastante perdido. Lo único que tenemos claro es que queremos un proyecto de vida juntos. Estamos deseando ganar nuestro sueldo para irnos a vivir juntos a una casita. Y no creáis que me ilusiona lo típico de tener hijos y casarme y tal. No, yo quiero que hagamos vida de pareja. Que comamos y durmamos juntos, que viajemos, que nos apuntemos al gimnasio juntos, y que nos hablemos del trabajo. Esa es mi ilusión.

—Qué guay, tía, yo también quiero eso— anheló Jin. —Pon un Morgan en tu vida... ¿no tiene un hermano o algo? ¿un primo que se le parezca?

—No, lo siento— sonrió Anastasia.

—¿Y Morgan también ve el futuro así contigo? —preguntó Neus con toda la

intención.

—Sí, claro. Él es el que más mira casas. Busca de segunda mano, baratas y dice que podemos ir ahorrando poco a poco y reformarlas. Es un manitas, en su casa lo arregla todo y le encanta. A veces vemos juntos programas de reformas y nos divertimos muchísimo.

—Qué bien... me alegro por ti—mintió Neus. —A ver si mi Robe espabila también y se le pega algo de Morgan.

—A ese del único que se le pega algo es del Abde, del Mique y del Alfonso... va a ser mejor que te juntes tú a Anastasia y sigas su ejemplo, y le des puerta a ese vago drogata. Y sé que jode oír esto. Pero te digo yo que es mejor amiga la que mira por ti y te dice la verdad, aunque te enfades, que la que se calla y te sigue el rollo para no molestarte —aseguró Nica.

—Ahí le doy la razón —afirmó Anastasia.

Jin también asintió y Neus apretó los labios. A los pocos instantes vibró un teléfono móvil y Nica respondió la llamada.

—¿Qué pasa? —sonó cortante a propósito. —¿Qué? No, venga, tío. ¿En serio? Pues te jodes. ¿Qué quieres que haga? ¿Ahora? Joooder. Que estoy en plena fiesta. Me cago en la puta.... Buf... eres un desgraciado. Cuando te vea te voy a hinchar a hostias, que lo sepas. ¿Seguro que quieres que vaya? Vale. Vale. Vas a tener que esperar un rato. Voy a ver si alguien me puede llevar. Ale, a tomar por culo.

—¿Quién era?

—Mi hermano... qué inútil. Es la definición de patán. El muy memo se ha dejado las llaves dentro de casa y mis padres no están, se han ido a Huelva a una feria. Así que para que el señorito no se pase la noche en la calle tengo que ir a abrirle la puerta.

—¿Quieres que te acerque yo?— se ofreció Neus.

—No, muchas gracias. Que me acerque alguno de los chicos. No es por nada, eh, es que con tu minicoche vamos a tardar una eternidad. Se lo preguntaré al Abde, que seguro que quiere.

—¿Y te fías de quedarte sola con ese en el coche? Seguro que intenta algo —la avisó Anastasia.

—Na... ese va detrás de mí... lo sé, pero no es mi tipo. Y yo sé bien cómo quitarme de encima a los pulpos.

Esperó un tiempo prudencial y cuando ya estuvo dentro de la casa, Neus espetó:

—Qué pocos escrúpulos tiene. Seguro que se lo va a montar con Abde. Yo ni

harta de vino... con esa cara...

—Chica, no todo es la cara— dijo Jin—. De cuerpo está muy bien.

—Bueno, cierto es que ella igual tampoco está para elegir —siguió Neus.

—Eso no es verdad —la defendió Anastasia. —Nica tiene un tipazo que ya quisiera yo y con eso y su desparpajo, la verdad es que se lo monta con quien quiere.

—Tú lo has dicho. Se lo monta... pero luego para novia no la quieren. Para divertirse genial, pero nada más...

—Bueno, en cualquier caso, que lo disfrute, ya quisiera yo haber sido tan liberal como ella. Solo he tenido un novio, Morgan. Y está muy bien, pero no sé... ¿y si me caso con él? ¿Ya no cataré más en mi vida? No me miréis así, a veces me lo pregunto. Y me hubiera gustado probar antes... poder comparar, haberme divertido más. Qué tonta fui. Ser una recatada sirve de poco.

—Para que te respeten.

—Bueno, Neus... aunque eso fuera verdad, no veo que el respeto sea una cosa muy útil, la verdad. Tal vez echar un buen polvo sea más útil.

—Pues para mí, Anastasia, el respeto sirve para que no te traten como a una zorra, para que te echés un novio que te quiera, y para que la gente no hable de ti.

—Neus, estás muy equivocada... además, ¿qué respeto te tiene tu novio? Mira, lo que te pasa es que estás rebotada con la Nica porque te dice las verdades a la cara. Pero yo prefiero eso. Ella es muy abierta.

—Desde luego... —dejó caer Neus con otro sentido.

—Es muy abierta y directa y eso te molesta. Pero te dice las cosas por bien y te dice cosas que muchas pensamos aunque no las digamos.

—Vale, vale, que ya lo capto. Que yo no puedo hablar, si habla otra, bien, pero si hablo yo os echáis encima, pues bueno.

—No estás entendiendo nada.

—Paso, mira, ahí salen los tortolitos.

Abde y Nica se despidieron y fueron a por el coche de él, bueno, el que le había prestado su padre. Era un cochambroso Citroen del 99, gris ceniza, cinco puertas, grande y desconchado. Pero te llevaba a tu destino y las reparaciones salían a buen precio. Además, la parte trasera era muy espaciosa, y esto lo valoraba él especialmente.

A aquellas horas de la noche el camino por los campos parecía inseguro. No había farolas en los caminos rurales y por tanto la única iluminación provenía de las dispersas fincas y de los faros del coche. A pesar de todo, Abde conducía confiado. Hablaba con Nica todo el tiempo y la miraba más a ella que a la

carretera. Se fijaba en el ombligo y trataba de indagar con los ojos alguna fisura en la defensa textil, como si fuera un espía secreto examinando una muralla enemiga. Y así fue que ella gritó cuidado y vieron que venía un coche de cara. El camino rural era estrecho y apenas cabían dos coches sin rozarse los retrovisores. Abde había conducido por el centro y quien venía de frente era un anciano que presionaba al máximo el claxon pero no tenía intención de frenar. Abde reaccionó a tiempo para evitar la colisión pero, con el volantazo, la mitad del coche acabó en un bancal. El anciano siguió su camino profiriendo insultos al aire. Abde y Nica se miraron y rieron.

—Eres un desgraciado, casi nos matamos.

—Pero no nos hemos matado, ¿has visto qué reflejos? Incluso yendo como voy estoy en forma.

—Si hubieras mirado a la carretera en lugar de a mí no hubiera pasado esto, inútil.

—Es que no puedo evitarlo... estás muy buena.

Abde se abalanzó sobre ella y le besó los labios. Ella se dejó besar, abrió la boca y consintió que le besara el cuello y le acariciara los senos.

—Tía, no sabes cómo me pones.

Él se desabrochó el cinturón y, ya de paso, el pantalón. Luego las manos siguieron bajando por el ombligo de Nica y trató de desvestirla.

—Vamos a la parte de atrás, tía buena.

Ella, de súbito, se sofocó. Lo miró, medio desnudo, se sintió violentada y le apartó las manos. No le gustaba cómo se estaba comportando. Además, cuando le habló tan cerca del rostro no notó ya solo su sabor a alcohol, sino el olor del alcohol sumado a la cena. Las manos, el olor corporal, los modos, el pantalón por las rodillas, él sobre ella, sintió como si un borracho tratara de forzarla.

—No, Abde... no quiero seguir. Llévame a casa, llego tarde.

—¿Qué coño dices?

—Pues eso... que no quiero nada.

—No te hagas ahora la remilgada... que virgen no eres.

—¿Y a ti eso qué coño te importa? Quiero que me dejes y me lleves a casa.

—Venga...

Se lanzó de nuevo sobre ella. Las manos eran grandes, los dedos largos, la lengua áspera se paseaba por su cuello, la manoseaba con fuerza y vigor. Era mucho más fuerte que ella.

—¡Que no, cojones! ¡Suéltame!

Él la sujetó por las muñecas.

—Los cojones es lo que me vas a comer... lo que calientas te lo comes. Así que venga, déjate de chorradas.

—Eres un bruto y un cobarde, suéltame o te reviento la cara.

—Yo sí te voy a reventar a ti ahí detrás. Vamos, lo que un hombre empieza lo acaba. Y tú no seas calentona y acaba lo que has empezado.

Y tras decir esto de nuevo la besa entera y la manosea, aunque ella intenta apartar sus manos y alejarse cuanto puede.

—Yo no he empezado nada, imbécil, te me has echado encima.

—¿Y me vas a decir que no has estado toda la fiesta calentándome?

—Pues no, para nada, yo soy así, pero no quiero nada contigo... ¿cómo te lo tengo que decir?

—Me da igual que quieras algo o no... esto no se queda a medias, yo me lo voy a pasar bien, tenlo claro, así que mejor que disfrutes... Lo que se empieza se acaba.

—Hijo de puta... escúchame una cosa... eres más fuerte que yo, pero como no me sueltes ya... mi hermano te va a rajar como a un gorrino y yo después te patearé. ¿Te queda claro?

—Calentona... ¿tanto te costaba liarte conmigo?— la suelta al instante.

—Mira, sácame de aquí, llévame a casa y me olvido de este brote de locura que te ha dado. Pero hazlo ya... y procura no hablarme nunca más.

—Hija de puta... anda que no querías tú tema... no sé por qué te has rajado, pero tú caerás. Zorra calentona. Si no hoy otro día, ya verás, no podrás andar en una semana.

—Sácame de aquí pero ya.

Abde maldijo al aire, resopló y trató de arrancar. Pero el coche no se movía del lugar, solo derrapaba. Las ruedas estaban hundidas en la tierra del bancal.

—Me cago en mi stirpe... Nica, ponte aquí y acelera cuando yo te diga. Y por tus muertos, no quites la marcha atrás que me limpias.

—Tal vez debiera hacerlo.

—No me jodas, eh... no me jodas.

Abde se bajó del coche, se hundió en la tierra casi hasta las rodillas y, mientras empujaba hacia arriba el vehículo, Nica pisaba el acelerador. Se movía muy poco el coche, estaba muy atascado, Abde gritó, se manchó, se dejó las fuerzas y, al fin, sacaron las ruedas y devolvieron el auto al camino. Se dejó caer sudoroso en el asiento. Apestaba. A Nica todavía lo desagradaba más que antes.

—Me podías dar las gracias al menos, si no es por mí nos hubiéramos quedado atrapados. Suerte que tengo una fuerza de titán.

—Gracias a ti y a lo mal que conduces el coche ha acabado así. Déjate de idioteces y vámonos ya.

—Eres una desagradecida y una aprovechada... encima de que te llevo a casa.

—¿Encima de que me llevas a casa qué? ¿Tengo que dejar que me la metas

por acompañarme a casa? Eres un cerdo.

—Pues haberte ido con tu puta amiga... ¿por qué me has pedido a mí que te lleve? Dime la verdad.

—Porque hasta hace un rato me caías bien. Pero ahora me das más asco que otra cosa.

—¿Sabes qué? Que te vas a ir andando. Baja de mi puto coche.

—Mira, cabrón, más te vale no hacerme ir andando sola a estas horas.

—¿Qué pasa? Tan valiente que eres... ¿ahora resulta que tienes miedo de ir andando?

—Eres un hijo de puta y un cobarde, que te quede claro.

—Ah, y tú eres muy valiente, ¿no? Pues ale, andando, por aprovechada y calentona, y por hija de puta. Que si al menos no me hubieras insultado estarías ya en casita.

—No te necesito, cabrón, tranquilo, que ya me apañaré. Pero de esta te acuerdas.

Las luces del coche se alejaron y ella miraba plantada cómo desaparecían. No podía creerse que hubiera sido capaz de dejarla allí tirada como a una chaqueta vieja que sobra en un día de primavera. Tardó un minuto en reaccionar, en darse cuenta de que estaba llorando. Rabia, furia, tristeza, indefensión, pena, frustración. Apretaba los puños. No pensaba tragarse el orgullo. No iba a llamar a sus amigas, ni a su hermano, ni a nadie. Simplemente iba a regresar andando, aunque sabía que tardaría casi dos horas. Imaginó cómo serían las conversaciones telefónicas con su hermano, con Jin... la vergüenza la abochornaba. No les iba a dar la razón en nada. Inspiró, se limpió los mocos y las lágrimas y comenzó a caminar. Aunque en teoría era época de tener calor, por la noche, en el campo, refrescaba. Se abrazaba a sí misma, un paso detrás de otro, ya llegaré. Y su melodía militar para la marcha era monótona y motivadora por igual: Hijodeputa, cabrón, hijodeputa, cabrón... Por más que lo intentaba, el miedo y los pensamientos negativos acudían a ella en las esquinas más oscuras. Escuchaba ladrar a algún perro, agitarse las hojas de un árbol que sobresalía negro de la verja de una casa de campo, o extraños sonidos que removían los matorrales en la vereda del camino, algún zorro o una liebre. Creía poco probable que un loco asesino la acechara en la oscuridad, pero no por ello lograba apartar el miedo de su mente.

Abde subió la música y condujo de vuelta a casa de Curtis sin mirar atrás. Entonces miró el reloj, había pasado poco tiempo desde que salieron. Les extrañaría verlo tan pronto, así que se detuvo. Paró a un lado, debajo de un

algarrobo, se sentó en el capó. La luna lo miraba, se burlaba de él. Una imagen onírica sacada de algún recoveco de su memoria se fundió con aquel círculo imperfecto y vio a una risueña mujer que le guiñaba el ojo, que se mofaba de él, ¿o acaso era una bala lo que tenía en el ojo? ¿Estaba delirando? Pensó en Nica, en sus curvas, en cuánto la odiaba y a pesar de ello cómo la deseaba. Sintió el impulso de conducir hasta ella, tirarla sobre el capó y tomarla allí mismo... se quedó allí a solas, unos minutos más.

Después se calmó un tanto, miró de nuevo la hora. Había pasado más tiempo del que pensaba, no estaba sereno del todo. Condujo a la casa de campo y temió perderse por los oscuros caminos.

Al entrar, Anastasia y Jin estaban con Curtis en la terraza. Se reían, hablaban de sus confidencias, se callaron nada más verlo. Hizo amago de sentarse junto a ellas, pero cuando vio las caras, dijo:

—Vale, vale, capto el mensaje, coño, ya me piro.

—Eh, no, hombre... quédate, si no te hemos dicho nada... es que nos reíamos de algo que ha contado Curtis.

—Pues seguid riéndoos... a tomar por culo.

—Espera, Abde, que te quedes con nosotros un rato, anda, que tú y yo no hablamos casi nunca, venga, quédate un ratito— insistió Anastasia con sincera y dulce voz.

—Paso – y se marchó al interior de la casa.

—Déjalo... es más corto que la manga de un chaleco el pobre.

Curtis las miró frunciendo el ceño, no había entendido el chiste.

—No llevaba chaleco, ¿verdad?

Rieron las dos medio minuto antes de explicarle que corto significa tonto, corto de entendimiento y que los chalecos no tienen mangas. Al final de la explicación Curtis rio, aunque ellas nunca supieron si había entendido o no la gracia. Después, Curtis quiso hacerlas reír de nuevo, se sentía cómodo con ellas, y se atrevió a contar un chiste.

—Un hombre va al oculista. Le dice: veo un punto borroso en este ojo todo el tiempo. A ver, póngase estas gafas. Se las pone. ¿qué tal ahora? Genial, ahora veo el punto mucho mejor.

Las dos rieron esta vez más que la anterior. No por el chiste, sino por la gracia y el acento utilizado por Curtis. Nunca antes habían oído a un ruso contar un chiste en español, y les pareció tierno y gracioso. Los ojos azules de Curtis relucían, se sentía al fin integrado. Pero un sonido hueco les arrebató aquel instante de alegría. Todos se giraron y se pusieron en pie. Quien más gritó fue Anastasia, pues ella había visto el bulto que cayó violento e impactó contra el banco de piedra. Corrieron a ver qué había y Jin se echó las manos a la cabeza,

Curtis se giró consternando, conteniendo un vómito. La luna relucía sobre el rojo cráneo abierto de Robe. Los ojos desorbitados miraban hacia la boca de Anastasia. Parecía que los ojos latían, como un corazón, y gritaban pidiendo ayuda.

¿Y ahora qué?

Habían aprovechado que Curtis estaba en el jardín para curiosear por la casa. Mique estaba obcecado, obsesionado, afirmaba que el padre del ruso era narcotraficante y escondería armas y droga en algún sitio. Pero lo único interesante que encontraron fueron unos viejos álbumes de fotos con los que se rieron mucho. El padre al parecer había pasado algún tiempo en el ejército y de aquel tiempo conservaba curiosas fotografías: sobre un tanque, con algunos amigos, bebiendo alcohol que dieron por hecho que sería vodka y otras más variopintas. El tipo les pareció una versión bruta de Curtis. Era como si el mismo rostro de su amigo lo hubieran insertado en un campeón de lucha grecorromana.

—Chavales, yo mejor me voy... no me gustaría nada que ese tipo me sorprendiera husmeando en sus asuntos —aseguró Morgan mientras daba pasitos hacia atrás.

En ese instante Mique había dado con la ropa interior de la madre de Curtis y se colocó unas bragas rojas en la cabeza.

—¿Quién soy?— preguntó Mique.

—¿Un enfermo pervertido?— preguntó Morgan.

—Dragon Ball, joder. Olong, el cerdo... ¿no habéis visto la primera temporada de Dragon Ball?

—Eso lo veía mi padre, tío.

—¿A ver?— Mique se quitó las bragas y las olió.

—¿A qué huelen?—preguntó Robe.

—A suavizante... y algo más. La madre de Curtis está buena, no me miréis así... la he visto en fotos. Yo le daba.

—Definitivamente me largo, hasta luego.

Alfonso estaba callado pero había metido la mano de lleno en el cajón de la ropa interior de la señora. Sacó un sujetador y observaba las copas como quien mira una tarta de chocolate en el escaparate de una pastelería. Asentía con la cabeza. Antes de salir del cuarto, Morgan meneó la cabeza.

En el pasillo se encontró en un rellano, de espaldas, la sinuosa figura de Neus. Suspiró y fue hacia ella. La joven parecía la versión de Azpiri de un cuadro de Dalí.

—Hola —dijo al tiempo que tocaba su cintura con los dedos muy suavemente y se acodaba junto a ella en el marco de madera. Ella no respondió, ni lo miró, fue solo entonces cuando descubrió que lloraba.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—Soy un puto desastre, Morgan... no pertenezco a ninguna parte... no tengo futuro, no tengo amigas, solo tengo un novio que pasa de mí y me trata como una mierda... y cuando deje de tenerlo a él no tendré nada.

—Joder, qué negativa estás. ¿Por qué eso ahora?

—Porque estoy mal. Y cuando todo el mundo se lo pasa bien parece que se evidencie más lo patética que soy.

—¿Qué dices de patética? Para nada. Eres preciosa.

—¿Y qué tiene eso que ver? Mira, yo repetí dos veces curso y perdí a las amigas que en teoría me correspondía. Todavía me miran por encima del hombro cuando me encuentro con ellas. Voy a tener que hacer la Selectividad en la segunda convocatoria, la de julio, y entre eso y la mierda de nota que llevo no quedará ninguna plaza en nada de lo que quiero estudiar... y total para qué. Aunque acabe una carrera no encontraré trabajo y acabaré en la tienda de mi madre para cobrar un sueldo de mierda. Con eso no me podré mantener ni a mí misma y no podré salir de este puto pueblo... ojalá tuviera dinero y me pudiera permitir estudiar lo que quiero en Madrid y vivir en un piso allí y olvidarme de malos rollos, aunque claro... aunque así fuera, Robe no me dejaría irme.

—¿Es que tiene que dejarte?

—Pues sí... como entenderás, si él no quiere que me vaya no me voy. Y no quiere. ¿Tú qué harías? Si tu novia no quisiera estar separada de ti, ¿la dejarías irse? Para una cosa que hace que me demuestra amor...

—¿Crees que te quiere?

—Claro que me quiere... y yo lo quiero a él. El problema no es el amor, sino cómo es, y él no cambiará. O no se da cuenta de cómo me hace sentir o le da lo mismo. ¿Sabes qué me ha dicho antes? Lo pillo que estaba mirando fotos de chavalas en Instagram, estaban él y Mique y comentaban lo buena que estaba esta y aquella. Y yo le digo: “Parece que no tengas novia.” Y él me dice: “¿Qué tendrá eso que ver? ¿Es que me he quedado ciego? Hay muchísimas tías que están buenas... no pasa nada porque me dé una alegría a la vista.” Y yo le digo: “¿Es que no tienes bastante alegría conmigo?” Y va y me suelta: “No compares, es que a ti te tengo muy vista... además, ¿tú has visto a esta? A ti te quiero mucho, pero esto es alegrarse la vista... es otra categoría” y me ha dejado hundida, de verdad— en ese instante Neus miró, tal vez de forma inconsciente, sus manos.

—¿Qué es eso?— preguntó Morgan refiriéndose a sus nudillos.

—Nada.

—Estás sangrando.

—Bueno... no es nada, solo es rabia... no todo se cura llorando, a veces la

rabia tengo que sacarla por algún sitio.

—Ven, vayamos al aseo. Seguro que los rusos guardan el botiquín en el mismo sitio que los españoles. Hay que limpiar eso.

—Pero si no es nada...

—Ya, pero mejor que no se infecte.

—Morgan...

—¿Qué?

—Muchas gracias por preocuparte tanto por mí...

—De nada.

—Todos piensan que soy tonta... que no soy más que un florero a la sombra de Robe. Pero me entero de todo y no soy tonta. Gracias por hacerme caso.

—No digas más eso, venga, vamos.

Nadie los vio entrar al aseo, dejaron la puerta entreabierta. Morgan le curó los cortes con mucho cuidado, con mimos y delicadeza. Ella se sentía protegida y querida. Esa sensación encendió su corazón y se lanzó sobre él a mitad de la cura. Le besó los labios, jugueteó con su lengua y le acarició los brazos, el torso, el abdomen. Estaba duro, debajo de la tela la promesa no tenía fisuras. Se abrazaron en pie y ella lloró a su hombro. Después se siguieron besando. Las saladas lágrimas se fundían con la saliva. La boca de Morgan era dulce y contrastaba con el cenicero gélido de Robe. El aroma de su cuello recordaba a lavanda. Las manos parecían bailar en sintonía recorriendo el cuerpo ajeno. A él le fascinaba el olor fresco, a suavizante, se sentía abrazado a un pétalo. La piel de Neus era cálida, rosada, sabía a moras. Con una suave coz Morgan cerró del todo la puerta y después se dejó caer sobre ella mientras disfrutaban el uno del otro. Se comunicaban con manos y gemidos y todo fluía. Eran una ola que se tiende sobre la orilla de la playa, se retira y una y otra vez regresa a abrazarla. Más allá de esa puerta no les importaba si el mundo se derrumbaba. Los pasos agitados no los inquietaron. Las voces ininteligibles no arrebataron un ápice de gozo. Solo tras sonar varios gritos de angustia, cada vez más ruidosos, se miraron uno al otro y tomaron conciencia de que algo iba mal. Se separaron y corrieron a ver qué sucedía. Cuando llegaron al jardín estaban ya todos y miraban a Neus asustados, temían su reacción y eso la espantó, nadie se atrevió a decir nada hasta que Anastasia fue hacia ella y le dijo.

—Neus, mejor no veas esto, ven vámonos. Ya viene la ambulancia.

Ella gritó con un dolor que ninguno había oído jamás. Algún hipócrita había pensado que podría haber algún alivio en esta imagen, aunque desechó la idea al escuchar cómo por las cuerdas vocales emergía aquel grito que arrastraba el alma desmenuzada. Apartó a Anastasia y de rodillas se arrastró arañando el suelo hasta el cadáver. Ninguna sobreactuación hubiera sido más histriónica, más

absurda, más demoledora que esta certeza inconsolable de que jamás vería vivo a aquel que tanto había amado. Y la devoraba el secreto de saberse traicionándolo mientras él se marchaba de este mundo. Apretó con todas sus fuerzas los ojos. Quiso desaparecer, que todo fuera mentira, una pesadilla y despertar.

La vida después

Sonó el despertador a las siete y ella ya llevaba unos quince minutos despierta holgazaneando en la cama. Abrió los ojos y su gata Juliette voló hacia ella. La acarició y le besó los morros. El sol entraba nítido por la ventana. El cuarto era pequeño pero muy ordenado y limpio. Era sábado por la mañana; adoraba los sábados por la mañana. Bajó con cariño a la gata de la cama y tomó el cepillo con papel adhesivo y se quitó los pelos gata gris del pijama de Disney de Oysho. Estaba deseando que se pasara la época de cambio de pelo del felino. Encendió el equipo de música, cómo adoraba el sol primaveral. Puso el cedé que le había regalado su amigo Damián. “Tienes que abrir tus oídos a otros géneros y épocas. Hay tanto por oír que no puedes limitarte a los 40^[2], nena. Tu próxima tarea debe ser adquirir un equipo para vinilos... esa calidez que te da el disco girando sobre la aguja no te la dará ningún reproductor digital.” se preguntaba Neus por qué algunas conversaciones se nos grababan en la memoria como surcos de un vinilo. Escuchaba a Damián cada vez que ponía su cedé. Nunca empezaba por la primera, sino por la que más le gustaba, aunque a veces alteraba la decisión. Música para desayunar y empezar bien el día, se decía a sí misma. Y sonaba Geraldine, de Glasvegas, y después Isombard, de Deklan Mckena y Elephant Gun, de Beirut. Así, mientras saboreaba los Kellogs de chocolate bañados en leche de almendras, la vida se le hacía más feliz y soportable. Rutinas agradables, diversión, y poco tiempo para pensar. Limpia y bien mona. Se veía ahora mucho mejor que con 17 ó 18, sin duda lo estaba. Más guapa, el cutis más suave y nutrido, un peinado más favorecedor y mejor gusto en el vestir. Antes de salir sacaba las llaves del mueble de la entrada, un mueble viejo pero bonito, rescatado a buen precio de un rastro, a las visitas les gustaba ese toque *vintage*, aunque lo compró por barato más que por bonito. En el otro cajón, debajo de unas postales de Italia, sacó una foto y besó los morros de la imagen. La estrechó contra su pecho y la guardó de nuevo. Era una imagen de Robe.

El trabajo en la ONG le encantaba. Tratar con aquellas personas en riesgo de exclusión social, mostrarles las obviedades de la vida en sociedad. Que no, que no podían ir en zapatillas de estar por casa a una entrevista de trabajo por monas que fueran. Que había que afeitarse para ir al trabajo y peinarse y ducharse. Y que no podían utilizar insultos para dirigirse al jefe, no en su presencia, ni estar mirando el teléfono todo el tiempo.

Lo más estresante de su trabajo era que su cargo dependía de recibir

subvenciones y de que la directora de la ONG contara con ella un año tras otro, por lo que se había acabado haciendo muy amiga de Macarena. Era una amistad que le convenía, pero no por ello menos sincera. Podría parecer que no tenían nada en común. Macarena tenía 23 años más que Neus y una cultura mucho más vasta, así como un carácter más concienciado en lo social y espiritual. No obstante, a Neus Macarena le abrió un mundo, hizo en cierto modo que su mente explotara y se expandiera. Tenían en común vivir en un amor que ya no existía. Macarena se enamoró de un hombre mucho mayor que ella, vivieron juntos 18 años, él no le dio hijos y se le fue pronto, a ella le quedaba todavía mucha vida por delante, aunque no le interesaba encontrar pareja.

Esta vez Macarena no podría acompañar a Neus a la academia de baile y ella lo lamentó de verdad, pues era su jefa la persona con quien más tiempo y más sinceramente hablaba. Eligió la música más animada de Dani Nelo de camino a la academia de Lindi-hop. Una vez allí descubrió que había recordado que era una sesión especial. Venían alumnos de otra academia a compartir conocimientos, eso significaba también nuevos chicos. A ella le tocó las más de las veces de pareja a un tal Moisés. Era alto, calvo, rapado, joven, con barbita, guapo y moreno, delgado aunque atlético, vestía tirantes y pantalones tobilleros y sí, bailaba bien. No tenía rubor en quitarse el sombrero de Panamá ni tampoco en pedirle el número de teléfono.

—Neus, eres con mucho la chica más bonita a la que he visto bailar lindi.

—Eso es que te tocará siempre con cardos, porque yo no soy gran cosa, o estarás ciego.

—Créeme que no estoy ciego, eres una preciosidad.

—Gracias por el cumplido.

Pero ella no dio pie a más, rehusó ir a tomar una cerveza o un batido tras la clase. No tenía ganas de amores ni de desamores.

Al llegar a casa había una chica en el portal. Sintió que la conocía, aunque no sabía de qué. La chica la miró un par de veces como para cerciorarse y después le hizo un gesto, levantó el índice como quien trata de llamar la atención del camarero para pedir otra cerveza. La joven, de pelo lacio negro y violeta, dijo:

—Eres Neus, ¿verdad? ¿Podemos hablar?

Dos horas después de la visita, Neus todavía estaba llorando. Las lágrimas caían por voluntad propia. ¿Cómo un cuerpo podía vaciarse de esa manera? Al menos las manos habían dejado de temblarle, pero se sentía incapaz de hablar con nadie... por eso escribió un mensaje. Le había dado muchas vueltas, no sabía a quién dirigirse primero y, finalmente, creyó que Alfonso sería el más humano y sincero. Y le escribió.

“Alfonso. Soy Neus. He recibido una visita, Andrea ha venido a mi casa y me ha contado algo terrible. Sabes de lo que te estoy hablando, ¿verdad?”

“Sí.”

“Por favor, dime que es mentira.”

“Neus. Es mejor que hablemos en persona.”

“Vale, hablamos cuando quieras. Pero dime que es mentira.”

“Hablamos en persona. Dime dónde nos vemos y cuándo.”

“¡Que me digas que es mentira!”

“...”

“Ven a mi casa. Hoy, ahora. Te paso mi ubicación. ¿Tienes cómo venir?”

“Sí. Ya me apaño. Pero tardaré. Tengo que coger el bus.”

“No tardes. Estoy muy nerviosa.”

Nieves se tomó una infusión de tila y se plantó frente a la ventana a tomarla y a esperar a que llegara Alfonso. Miró cinco y seis veces la conversación con él. Ni una sola vez pudo decirle que era mentira. Estaba claro que hablaban de lo mismo. No fue necesario decir nada. No se atrevió a tomar la fotografía de Robe. Hubiera querido tenerlo aquí... hablar con él, preguntárselo. ¿Cómo hubieran sido sus vidas si no hubiera muerto? Desde luego ella no estaría aquí y ahora... pero al menos podría preguntarle qué sucedió aquella noche. Por momentos el corazón se le aceleraba. Miraba la hora que no avanzaba y trataba de calmarse.

Por fin sonó el timbre, antes de lo esperado. Un primo de Alfonso le había devuelto un favor pendiente (le arregló el ordenador un par de meses atrás) y lo llevó hasta allí en coche. Neus vivía en un tercero sin ascensor. Alfonso llegó cansado y nervioso. Ella abrió la puerta y comprobó que el muchacho estaba sudado. Él sonrió, pese a todo. Parte de su ser se alegraba de ver a una vieja amiga.

—Estás muy guapa... los años te han favorecido.

—Gracias.

Ella no pudo devolverle el cumplido. Hubiera sonado falso, pues era evidente que él no había mejorado con el tiempo. Los granos se convirtieron en agujeros perennes en su piel y el cabello, que seguía siendo lacio, dejaba a la vista ahora varias partes despobladas.

Lo condujo al salón y lo sentó en un sillón frente a una mesita mientras ella preparaba una infusión de cantahueso para ambos. Puso esmero y delicadeza en la preparación, dilatando el tiempo, demoraba el instante de enfrentarse a la verdad, a las respuestas, pues temía la verdad tanto como la ansiaba.

Al poco de sentarse, nada más ver la taza frente a él, antes de comenzar a hablar, preguntó por el baño. Se encerró en el aseo y vació tres veces los

intestinos. Se miró al espejo tembloroso, patético, y trató de adecentarse lavándose la cara y mojándose el pelo.

—Te he calentado de nuevo la infusión, ¿Estás bien?

—Sí, mejor, estaba un poco mareado —no creyó de buen gusto confesar que había soltado todo lo que había comido y desayunado.

Neus observó el nerviosismo de Alfonso y ella misma se calmó al ver que él lo llevaba peor aún. Así que cambió su actitud y decidió ir poco a poco.

—Bueno y... ¿a qué te dedicas? ¿Trabajas?

—Sí... Acabé un grado superior de informática y estoy trabajando a media jornada en un taller de reparación de ordenadores e instalaciones de redes. Me explotan, pero estoy bien.

—Me alegro, es una suerte dedicarte a lo que te gusta.

—Tú tienes una casa muy bonita. ¿Te gusta tu trabajo?

—Gracias, muy amable. Sí, me encanta mi trabajo. Me da la oportunidad de ayudar a mucha gente y he descubierto que es mi vocación. Estoy en una ONG y hago de todo pero sobre todo ahora estoy centrada en la reinserción social.

—Qué bien... Parece que las cosas te van bien... Quiero decir, mejor que a mí, que vivo aún con mi madre y su novio.

—Ya... Bueno, vivir sola tampoco es tan bonito como parece, por eso mi gata. Por cierto, le gustas, se te dan bien los animales. No se acerca tanto, normalmente.

—A mí también me gusta ella, es muy melosa. Para que luego digan que son rancios los gatos.

—Total. Bueno —ella le puso la mano en la rodilla para ganar su confianza y atención, después retiró lentamente los dedos, como si acabara de recordar el motivo del encuentro y la repulsión —dime, Alfonso... ¿Sabías de qué te hablaba verdad? Vino a verme Andrea y me contó muchas cosas horribles. Al principio no la creía, pero me dio tantos detalles. Y, tanto tiempo después, por qué iba a mentir. No tendría sentido. Pensé que era una cabrona mentirosa, una manipuladora, que quería lastimarme, que tenía envidia, que se enamoró de él... Pero luego dejé de pensar en mí, me puse en su situación. Está jodida y no se lo podía quedar dentro. Si fuera cierto... Podría entenderla. Pero necesito saber si es cierto. Dime, Alfonso... ¿es cierto? Puedes confiar en mí. Ha pasado mucho tiempo, te conozco y sé que si estabas y participaste no llevaste la voz cantante... Estoy segura de que, si es cierto, también te debe de haber jodido por dentro. Confía en mí, no diré nada, tampoco me interesa. Además toma, mi móvil —se levantó— regístrate si quieres, registra la casa... No hay nadie, solo tú y yo, nadie graba, nadie escucha. Dime la verdad, por favor, mírame a los ojos, no agaches la cabeza. Dime, Alfonso, ¿La violasteis?

Alfonso miraba al suelo. Temblaba. Había temido tanto que llegara este instante. Había pensado mil veces en esa palabra pero nadie la había pronunciado referida a él. Levantó la vista y vio a Neus serena, necesitada de escuchar la verdad. Y necesitó soltarlo al fin. Se mordió el labio inferior y asintió hasta tres veces sin bajar la mirada.

—Sí, es verdad, la violamos.

Las palabras salieron como un cuchillo que lleva años clavado entre las costillas y al arrancarlo se lleva el dolor que presiona el pecho pero lo acompaña un chorro de sangre que se lleva tu vida.

Secretos

—No me puedes estar diciendo la verdad... lo que Andrea me contó tuvo que ser mentira... ¿cómo pudisteis hacer algo así? Pero... pero qué clase de animales sois. ¿Por qué le hicisteis eso?

—No lo sé... surgió—

—¿Surgió? Imbécil. Surge tomarse unas copas, jugar un partido de fútbol, pero violar a una chica... eso no surge. ¿Qué pasó? Quiero que me lo cuentes todo... y también cómo participó Robe. Quiero saberlo todo.

—Mira, Neus, ni tan siquiera tendría que estar hablando contigo.

—¿No? ¿Y por qué lo estás haciendo?

—Porque sí.

—Porque sí, no, por algo será.

—En cierto modo creo que te lo debo.

—¿Qué me debes tú a mí? ¿Qué me has hecho tú a mí?

—Es más complicado... me estoy jugando la vida al hablar.

—¿Jugándote la vida? Alfonso, joder, esto no es un puto vieojuego— Neus no se reconocía a sí misma por cómo le hablaba.

Ella se ponía en pie, gesticulaba, soltaba tacos... y sin embargo sentía que era necesario y que esto le daba poder. De alguna manera estaba sacando todo aquello que había tragado, usaba las expresiones que tanto había oído usar a otras personas y que ella solo había pronunciado en su furiosa voz interior.

—Si has venido hasta aquí, Alfonso, es para algo. No te cierres ahora, no me esquives la mirada, venga, cuéntamelo todo.

—Es que la violación no es todo... hay más cosas que te afectan... y a mí, y que no entiendes.

—Pues explícamelas, vamos, todas, desde el principio.

—A ver... creo que tienes derecho a saberlo. Pero necesito que me jures que no lo contarás.

—Yo no te voy a jurar nada.

—Neus, necesito que al menos no hagas ni digas nada sin antes hablarlo conmigo. Entenderás enseguida por qué.

—Está bien, eso sí te lo puedo asegurar. Si hago algo o cuento algo sobre lo que tú me dirás... te avisaré antes. ¿Hay trato?

—Hay trato.

—Pues empieza.

—Vale... vale. Fue en las Fiestas de 2017. esa noche habíamos salido juntos Abde, Mique, Robe y yo. Nadie más había querido venir, por una cosa o por otra, y nos fuimos a las barracas. Bebimos unas cervezas, bailamos, hablamos, lo de siempre. Abde nos invitó a unas rayas, yo también probé una. Y entonces nos enseñó algo que había traído, burundanga, bueno, él lo llamó calientaburras, pero luego Mique explicó qué era de verdad. Y Mique se emocionó y se obsesionó. No dejaba de decir que esa noche íbamos a hacer un bukake^[3], que solo había que encontrar a la víctima perfecta. Y la encontramos. Lo peor de todo es que, no sé por qué, la señalé yo. Pensaba que estaban de broma, lo juro... y vi a Andrea, que estaba por allí y se había quedado sola. Una chica sola, frágil, joder, era el blanco ideal. Cuando vi que iban todos a hablar con ella quise morir... de verdad que creía que era una broma. Pero no. Empezaron a tontear, comenzaron siendo muy amables y la invitaron a un ron cola, que llevaba burundanga. Ella no se emborrachó pero tardó poco en hacerle efecto. Se volvió como... más dócil. No tenía voluntad. Se dejaba llevar. Y luego, no sé cómo, acabamos en el coche de Abde, todos. Ya allí dentro empezaron a manosearla... yo no pensaba participar, Robe no la tocaba, pero se reía, se divertía, era sobre todo Mique y Abde, incluso conduciendo, quienes le metían mano. Ella no se resistía, ni se negaba, pero era como una zombi o una borracha. Luego pararon en un descampado y allí, sobre el coche, uno tras otro nos acostamos con ella. Yo me quise convencer de que no la estábamos violando, porque ella se dejaba llevar, y no parecía disgustarla... era como si estuviera dormida. Pero no era activa, no dijo que sí en ningún momento... fue tan rápido y tan extraño. No quería participar, lo juro, y diría que Mique tampoco, pero... la gente puede ser muy convincente y bueno... nos dejamos llevar por la situación.

—Joder, Alfonso... ¿te dejas llevar? ¿te dejas llevar? No te dejas llevar para violar a una chica. ¿Cómo me puedes estar contando esto así?

Alfonso tragó saliva y miró al suelo.

—Ya... ya lo sé... no puedo justificarme. Pero... fue todo, el alcohol, la presión, el grupo... no sé. Le he dado mil vueltas y no entiendo cómo acabé haciendo algo que no quería hacer. No sé ni por qué lo hice. Ni siquiera disfruté, deberías haber visto mi cara... estaba sudando y temblando. No sé por qué lo hice.

—A mí solo se me ocurre una respuesta: que sí querías.

Alfonso rompió a llorar y Neus, demasiado enfadada, rehusó calmarlo o consolarlo. Sentía un profundo asco hacia él en este instante y, sin embargo, era su único acceso a contrastar qué pasó allí, no podía ser excesivamente dura o se callaría y se marcharía. Resopló.

—Está bien... perdona la interrupción, sigue contándome.

Él, poco a poco, se repuso.

—Sí... está bien. Te seguiré contando, porque hay más... y entenderás de qué te hablo. Intentaré ser rápido y no dejarme nada. A ver... el primero que estuvo con ella fue Abde y, mientras tanto, Mique lo grabó todo con el móvil. Luego se cambiaron el móvil y siguió Mique con ella y después nos increparon a nosotros para que siguiéramos. Recuerdo las palabras como si las hubiera oído ayer, porque las llevo reviviendo desde entonces hasta hoy. “Eh, aquí o follamos todos o la puta al río, hostia.” dijo Abde. Después Mique vino a nosotros con una sonrisa y dijo: “Mirad, está Abde grabándolo todo y quedaréis como unos maricas. Nosotros hemos demostrado que somos hombres. Joder, esto no se puede quedar a medias. Además, si no participáis no vamos a confiar en vosotros. Venga, joder... no me diréis que tenéis ocasiones así todos los días, tú seguro que eres virgen, Alfonso, pues te desvirgas hoy y punto. Y la chavala ya la veis que cestá encantada, así que vamos al tema, joder. Si lo hacéis nadie lo sabrá. Pero si no lo hacéis nos tendréis en contra a nosotros dos y veremos cómo acaba esto.” Nos convenció, la verdad... por lo que fuera. Y lo hicimos. Verás, en este tipo de actos... cuando uno roba algo con unos amigos, necesita que todos sean partícipes, porque así no teme ser delatado. Así que esto era similar, estábamos con ellos o contra ellos. Así que primero Robe y después yo. Nos grabó y guardó el vídeo. Nos lo pasó con el aviso de que no se lo enseñáramos a nadie. Yo lo borré nada más verlo. Vomité al visionarlo. Solo el día siguiente comprendí la dimensión real de lo que habíamos hecho. Desde esa noche ya no fui el mismo y creo que Robe tampoco. No sé si lo notarías. Mique y Abde siguieron igual, pero sé que a Robe y a mí nos cambió. Han pasado casi diez años y no he dormido de forma plácida ni una sola noche. Cada vez que sale en las noticias, y no es de uvas a peras precisamente, un caso de una violación o una agresión sexual, tengo que mirar a otro lado. Cuando mis padres o quien sea comenta una noticia así me levanto de la mesa. Imagina los típicos comentarios de padres: “Yo no sé cómo puede haber gente así. No sé cómo han educado esas madres a sus hijos. Qué descerebrados, habría que castrarlos”. Y yo escuchando sabiéndome uno de ellos... Si hay una manifestación o algún evento, o debate sobre el machismo las agresiones sexuales y el empoderamiento de la mujer, me siento que soy el ser más ruin del mundo...

—Y no me extraña, Alfonso... pero ve al grano. Tenías algo más que contar, ¿no?

—Sí... bueno, tras esto Andrea al principio no dijo nada, pero después fue a buscar a Mique y le dijo que recordaba todo lo que le habíamos hecho y lo denunciaría. Pero él estaba preparado. Le enseñó el vídeo y le dijo: “¿Has visto bien? Tú no dices que no, no te opones en ningún momento. Si dices algo le

enseñaré el vídeo a todo el mundo. Todos tus amigos, tu familia, tus compañeros de clase y tus compañeros de tu futuro trabajo verán cómo te acuestas con cuatro chicos al aire libre. Se masturbarán con tu vídeo, se reirán de ti... y a nosotros no nos harán nada, porque se ve claramente que no te opones. ¿Te queda claro? Así que la boca cerradita.” Y bueno... aquello funcionó. Hasta hace unos días. Ya has visto, ha venido a verte a ti también. No sé qué ha pasado en este tiempo. Imagino que se ha hecho más fuerte, más valiente, más concienciada. Desde luego Andrea ha mostrado mucho valor. Ha ido visitándonos uno a uno y nos ha anunciado que nos va a denunciar, ha dicho que si propagamos el vídeo también nos denunciará por ello y será peor para nosotros, aunque asegura que está preparada para asumir que lo haremos, y nos preguntó si nosotros estábamos preparados para sumir las consecuencias de difundirlo. Ha dicho que tal vez no consiguiera que fuéramos a la cárcel, pero que todos nuestros familiares y amigos sabrían qué tipo de personas somos. Y bueno, yo escuché todo lo que me contó. Me conmovió, porque la culpa me lleva corroyendo desde aquella noche. Escuché todo lo que me dijo y me derrumbé y, aunque no se lo dije a ella, decidí que en el juicio o antes diría toda la verdad. Hablé con Mique, él vino a verme antes de que yo le llamara. Me contó que le había visitado a él también. Él decía que estaba loca, que a buenas horas denunciaba aquello, que era una guarra, que disfrutó y que en ningún momento hubo violación. Pero yo lo contradije. Le dije que pensaba que la habíamos violado los cuatro... que ella tenía toda la razón en lo que hacía y decía y que yo no aguantaba más estar callado y mentir... que diría la verdad. Y bueno... entonces me dijo algo que me dejó sin habla. Me contó algo que necesitas saber. Me dijo: “Mira, imbécil, tú te vas a callar la boca. Vas a mantener la versión, vas a decir que no hubo violación, que fue ella quien nos buscó y que hasta disfrutó... porque como no lo digas acabarás como Robe” “¿Qué quieres decir?” pregunté. “A Robe, aquella noche, lo maté yo. Porque me dijo lo mismo que tú. Recordarás que esa noche, la de la fiesta, vimos el mensaje en redes sociales de Andrea, que hablaba de suicidarse. Luego, más tarde, a solas con él, me dijo que lo iba a confesar todo... que se sentía fatal y que hablaría con Andrea e iría a la Policía, que confesaría, y mira... yo no iba a consentir eso. Intenté que entrara en razón pero no había manera, así que lo empujé por la ventana. A ti te dije que estaba cagando, pero no era cierto. Estaba con él en el dormitorio de los padres del ruso. Él cuando me contó todo esto estaba sentado en la barandilla y lo tiré. Lo maté. Pero nadie me vio, no hay testigos y me he librado. Y contigo haré lo mismo. Sé dónde y cómo encontrarte. Te atropellaré o te acuchillaré una noche cualquiera y acabaré con tu triste vida, a no ser que mantengas la boca cerrada. Y lo harás.”

Con esto último Neus se había llevado las manos a la cara. No podía creerse lo que estaba escuchando.

—Ahora vengo —soltó mientras se levantaba y se marchaba al baño.

Se quedó sentada sobre la tapa de la taza del váter. Miraba los azulejos y, simplemente, intentaba no pensar. Se abstraía. Era incapaz de procesar lo que acababa de escuchar. ¿Debería estar llorando? ¿Gritando? ¿Indignada? ¿Furiosa? ¿Aliviada? Pasó allí diez minutos. Sin hablar, sin moverse. Simplemente mirando los azulejos. Después se puso en pie. Tal vez Alfonso se habría marchado. Tal vez fuera mejor así. Pensó que no podía encerrarse allí más tiempo. Habló consigo misma. Eres una adulta, no puedes ocultarte ni esperar a que esto se solucione solo. Afróntalo. Y eso hizo.

Salió y se quedó en pie. Con los brazos cruzados, un pie mirando a la puerta, la barbilla bien alta. Alfonso seguía sentado, cabizbajo. No se había movido de allí un ápice.

—Veamos, Alfonso. Entiende que primero tengo que decidir si te creo... me has soltado mucho por esa boquita. Sí, hay una parte que te deja mal parado y que coincide con lo que me ha contado hoy Andrea... pero lo que me has contado va mucho más allá. ¿Que Mique asesinó a Robe? ¿De verdad te lo crees? ¿No ves que es un manipulador y que lo único que quiere es asustarte? Él no lo mató. Robe iba drogado... y borracho. Fue un maldito y jodido accidente. Fue un accidente, nada más, me ha jodido la vida, fue absurdo... pero fue un accidente, eso lo tengo clarísimo. ¿Ya no recuerdas los interrogatorios? ¿Has olvidado cómo nos entrevistaron uno a otro cómo repasaron nuestras coartadas, cómo comprobaron qué hacíamos cada uno en ese momento y hasta recrearon la entrada de Abde en la casa para ver si le dio tiempo? Fue un accidente, nada más.

—No... escucha esto un momento, Neus... Mira, Mique, cuando todo esto pasó, vino a mí. Ya estaba la Policía por allí merodeando, preguntando y él parecía muy azorado. Me llevó aparte y me dijo: *“Oye, Alfonso, nos van a interrogar, van a hurgar en nuestras vidas y es posible que nos metamos en un problema. ¿Tú qué estabas haciendo mientras ha pasado el accidente?”* “Jugaba a la consola.” “¿Tú solo o en línea?” “Yo solo.” “Pues tienes un problema, tío.” “¿Qué problema?” “Que no tienes coartada.” “Bueno, ¿y qué?” “Que pensarán que podrías haber sido tú. Indagarán y encontrarán algún motivo, no lo dudes.” “Hostias... ¿y qué hago?” “Mira, tío, yo estoy igual. Estaba cagando en el aseo de arriba cuando todo esto ha pasado. Y, como comprenderás, estaba yo solo. Así que nadie me vio y tampoco tengo coartada.” “Joder, qué putada, pero bueno, ha sido un accidente, ¿no?” “Ya... pero y ¿si les da por pensar que lo hemos empujado? Mira... tengo una idea. Para cubrirnos las espaldas lo mejor

es que contemos que los dos estábamos jugando juntos, ¿qué te parece?” Neus, me pareció muy convincente. Mentí a la Policía. Dije que estaba con él, pero no era cierto... yo estaba jugando solo a la videoconsola, él no estaba conmigo... así que perfectamente podría haber estado con Robe y haberlo empujado, tal y como me ha dicho que hizo...

—Espera... espera... yo no sabía nada de todo esto... yo sabía lo que a mí me preguntaron... dije la verdad, que estaba con Morgan, estábamos los dos hablando. Supuse que estaba claro que fue un accidente, que interrogaron a todos como a mí, como a Morgan y todo encajó. Ya no hubo más investigación. No llegaron los de CSI con pruebas de ADN ni cosas extrañas. Fue un accidente... pero... ¿estás seguro de lo que me has dicho? ¿Me juras que Mique te contó que estaba en el aseo y que mintieras por él?

—Lo juro.

—Mique no estaba en el aseo. Eso es seguro.

—¿Es seguro? ¿Cómo puedes saberlo?

—Eso no importa... pero te digo ya que cuando sucedió el accidente él no estaba en el aseo. Ahora quiero que te marches de mi casa.

—¿Qué? ¿Por qué? Explícame cómo sabes eso.

—Alfonso, quiero que te marches.

—¿Pero por qué?

—Me cago en todo. El mismo día que me entero de que mi novio muerto violó con sus amigos a una chica descubro que tal vez lo matara su amigo... joder no me calientes y sal ya de mi puta casa. Tengo tu número, si necesito algo, te llamaré.

Alfonso se levantó. Iba hacia la puerta. Se dio la vuelta.

—Neus, lo siento todo, en serio. Lo que hice... lo que hicimos. Te juro que te estoy siendo sincero. Me arrepentiré de aquello toda mi vida y sé que Robe también se arrepentía. Él no era malo... solo se dejó llevar.

—¿Se dejó llevar...? Mira... sal de aquí y no vuelvas a pisar mi casa. Si quiero algo de ti te llamaré. Vete de una vez.

—Está bien. Adiós. Lo siento.

Era ya tarde pero, al ser viernes, había gente por la calle, todos alegres, menos Alfonso, en su regreso a casa. Vio su patética sombra alargada bajo una farola. Incluso en la negra silueta se apreciaba que su cabello era ralo. Las mechas sobre el cráneo se veían sueltas y desperdigadas como unos matojos de carrizo sueltos en una zona desértica. Se miró en el reflejo de un portal. Se había convertido en alguien patético. Recordó cómo cuando comenzó a aficionarse a los videojuegos a veces no podía conciliar el sueño. Pero halló la manera. Cuando había tenido

un mal día o algo le preocupaba en exceso, cerraba los ojos, se tumbaba y se imaginaba que era el héroe de uno de esos juegos de acción. Él aún era muy joven y soñaba que algún día podría tener un físico así de imponente y que la gente giraría la cabeza a su paso por la calle, admirados, para observarlo mejor. ¿Dónde quedó aquel muchacho idealista? ¿Qué fue de sus sueños de niñez y juventud? Ya no se sentía joven, no tenía ilusión ni ambición. ¿Cuándo murió Alfonso? ¿Cuándo comenzó a odiarse tanto? Ya se despreciaba antes del episodio de Andrea, pero tras ello, se hundió en un pozo. Se miró de cara en el reflejo, no ya de refilón. Resonaron en su mente las palabras de Neus. Él ya nunca podría ser el héroe de nada... se había convertido en el villano, en ese ser enclenque y despreciable al que todos disfrutaban cuando lo ven morder el polvo. ¿Cómo se acepta eso? ¿Cómo se asume? ¿Dónde te enseñan a seguir viviendo sabiéndote el patético villano? Ni siquiera un villano gracioso, sino uno que causa repugnancia. Resopló. No se aguantaba a sí mismo. ¿Qué hacer? Deseó desaparecer. Caminó unos pasos más imaginando que se abría un agujero en el suelo y se hundía en él, en un agujero repleto de cieno y fango y desaparecía, ya no era nadie. De pronto oyó unas voces insistentes. Un chico y una chica estaban plantados frente a él. Parecían tan amables y sonrientes, simpáticos, irradiaban luz. El chico le recordó a él mismo con diez años menos. Físicamente y en la forma de vestir tenían muchas similitudes, pero había una diferencia esencial, el aura de este muchacho parecía limpia y brillante.

—Ey, chico, ¿quieres un abrazo gratis?

—¿Qué?

Entonces miró a la muchacha. Llevaba un cartel que rezaba: “Abrazos gratis”.

—Tonto, ¿no ves que lo necesita? Dale un abrazo. Vamos, chico, que es gratis.

Alfonso no hizo nada, simplemente se dejó abrazar y, al hacerlo, sintió algo que llevaba muchísimo sin sentir. Era incapaz de recordar cuándo se sintió así antes, cuándo alguien le había abrazado de esta manera... tal vez solo siendo un niño vivió algo así. Los muchachos se marcharon y la cálida sensación se quedó con él unos minutos. ¿Por qué él no había podido ser así? Se giró y los vio cogidos de la mano, le parecieron geniales. ¿En qué había fallado? ¿Por qué no había podido tener una alegría así y una novia como esa? ¿Por qué se había quedado solo y sin amigos de verdad? No era culpa de los videojuegos, ni de que se hubiera dejado convencer por Mique y Abde aquella noche, ni de su mala suerte, ni de los genes... había sido culpa suya únicamente, de sus decisiones. La había cagado bien...

¿Y ahora qué hago con esta mierda de vida que me he construido? ¿Cómo sigo adelante? Se preguntaba. Me he pasado los días arrastrándome, sintiendo

que con mi desgracia estoy pagando por lo que hice... pero esto no es pagar, no lo he afrontado... si quiero parecerme en algo a esos chicos, si quiero recuperar algo de aquella alegría... tengo que dejar atrás la cobardía... y tengo que pagar de verdad, tengo que dar la cara... tengo que hacerlo, he de dar la cara...

Versiones

Anastasia no imaginaba el motivo del reencuentro, así que se alegró muchísimo de recibir la llamada de Neus. Se vieron en una cafetería y estuvieron charlando mucho tiempo sobre cómo era la vida de cada una. Descubrieron que, si bien una década atrás no tenían casi nada en común, ahora era perfectamente compatibles en casi todo, tanto en los gustos estéticos y culturales, como en el análisis de la sociedad. Cuando se producen este tipo de reencuentros lo habitual es recordar los viejos tiempos, las anécdotas y reírse de aquellas tonterías que les parecían tan importantes cuando eran más jóvenes, añorando aquella inocencia y haciendo gala del tópico de cualquier tiempo pasado fue mejor. En cambio estas dos jóvenes hablaban de su actualidad. De cómo vivía cada una y Anastasia parecía sinceramente envidiar el trabajo y la vida de Neus.

—Eso es porque no vives mi vida, te acabarías aburriendo.

—¿De tanto salir? ¿De tanto bailar? Lo dudo... ni recuerdo cómo se baila, hace tanto que no salgo.

—¿Y Morgan? ¿Qué tal le va?

—Pues le va muy bien... ya lo creo. Al fin.

—¿Al fin?

—Sí... ha tenido sus crisis ¿sabes? Parece que esto de la vida, como dicen muchos, va por etapas o crisis. Creo que ahora estamos entrando en la próxima.

—¿En cuál?

—La de tener hijos... a mí no me apetece nada, la verdad, pero a Morgan parece que se le haya encendido la alarma y quiere ser padre. Y en esas estamos... es que me da lástima estropear lo que tenemos, ahora estamos muy bien, mejor que nunca. Si algo va bien, es mejor no tocarlo, no cambiar nada, ¿no crees?

—Sí, imagino que sí.

—Mira él ha estado en crisis desde que acabó el instituto. No sabía qué hacer con su vida. Al final dejó la carrera, es que no lo motivaba nada. Se matriculó en Historia del Arte, pero tampoco era lo suyo. Se preparó unas oposiciones a auxiliar de biblioteca, y ni se presentó... dio muchos tumbos. Y como necesitaba dinero aceptó un trabajo de mozo de almacén en una empresa química... y oye, le gustó. Sigue trabajando allí, ¿sabes? Y dice que le hace feliz. Allí tiene muchos amigos, se distrae, hace un trabajo físico que lo mantiene entretenido y gana un buen sueldo, además tiene estabilidad laboral, vacaciones... es un buen

trabajo, en serio. Él dice: “Jamás hubiera imaginado trabajar en esto, porque ningún padre espera que su hijo se gane la vida siendo mozo de almacén, pero es genial, es el trabajo de mi vida. No sabes por dónde te va a llevar la vida nunca.” Y a ver, está claro que eso no lo llena del todo. Una persona como él necesita algo más para realizarse que un trabajo en un almacén, y algo más que una novia como yo.

—Pero qué dices... si estás genial, pareces sacada de una revista. Cualquier chico soñaría contigo.

—No seas tonta... a ver, sé que fea no soy... pero eso no es tan importante. La belleza está muy bien para que se fijen en ti... pero no basta. Los chicos se cansan enseguida, aunque tengan una modelo en la cama. Al menos los chicos como Morgan. No me malinterpretes, estamos muy bien juntos... pero esto no puede ser como la pasión de comenzar una nueva relación. Nos queremos, pero, chica, que por mucho romanticismo que nos vendan, en la vida no basta para realizarte con tener a una pareja atractiva y divertida... tienes que hacer algo de tu vida sí o sí, sentir que no morirás y punto, sin haber hecho nada con tus días. Él esa realización la ha encontrado en la música. Resulta que sus amigos del trabajo tenían una banda y él en el instituto aprendió a tocar la guitarra.

—Cómo no... a todos los chicos les atrae lo de tocar la guitarra, al menos a los guais.

—Total... y pues eso, se apuntó a la banda como segundo guitarra y no se ganarán la vida con ello, pero cada dos o tres fines de semana tienen concierto y se sacan un dinero extra y, sobre todo, se lo pasa genial. Yo voy a los conciertos, soy una grupi más, y hasta me gusta cuando otras lo piropean, porque sé que tras el concierto se queda conmigo.

—Qué bien suena, me alegro muchísimo por vosotros, os lo merecéis, de verdad.

—Gracias, tesoro, tú también mereces la vida que tienes, y mucho más.

La charla siguió en casa de Anastasia y Morgan. Neus demoraba el instante de sacar el tema que la había llevado allí. Se sentía realmente cómoda hablando y riendo con Anastasia, como si nada de lo que la angustiara hubiera existido nunca. Y finalmente, en uno de esos silencios que dejan las largas conversaciones, suspiró y soltó lo que había venido a decir.

—Anastasia, me alegro mucho de estar pasando este día contigo. De haberte reencontrado y que estés tan bien. Apenas nos conocíamos hace diez años y es una lástima, porque eres genial. Aunque hace diez años como sabes yo era prácticamente otra persona. Estaba absorbida.

—No digas eso, corazón.

—Es la verdad. No sé cómo de enamorada estarás tú, pero yo estaba

enamorada como nunca lo había estado ni lo estaré. Robe para mí lo era todo. Sé que él no era perfecto, sé que no era bueno, seguramente no lo era, para mí, y que a veces me trataba mal. No soy tonta. Pero lo amaba... lo amaba y me lo quitaron. No tengo ni idea de cómo hubiera sido mi vida a su lado, lo único que sé es que no sería como ahora... pero me da igual. No imaginas el vacío que tengo en el pecho desde que murió.

—Lo siento mucho, tesoro— Anastasia tomó sus manos—Imagino que hay cosas que nunca se superan del todo.

—Anastasia, verás... no es solo eso, hace poco he descubierto algo, o me han contado algo muy fuerte sobre Robe y sobre aquella noche. Y por eso he venido a hablar contigo. Tú estabas en el jardín cuando él... cuando murió.

Anastasia asintió.

—Necesito que me cuentes qué viste... cualquier cosa...

—Lo conté todo aquel día a la Policía... yo, en realidad, no vi nada, sino que escuché. Estábamos hablando, de nuestras cosas, de nuestras bobadas y entonces se oyó un gran golpe. Fuimos corriendo y era él, que había caído desde el balcón.

—¿Y miraste hacia arriba?

—Sí, claro... pensé que se habría roto la barandilla o algo, que él tal vez estaba apoyado

—¿Y había alguien con él?

—No... no había nada ni nadie, bueno, yo no vi a nadie allí.

—Te creo. ¿Y qué pasó luego?

—Pues luego con nuestros gritos comenzaron a bajar los demás... llegaste tú y todos estábamos muy nerviosos, hasta que llegó la Policía y la ambulancia, y nos trataron de calmar y pasamos allí mucho tiempo, nos interrogaron por separado... y Curtis, me acuerdo del pobre también lo nervioso que estaba, tenía miedo de cuando su padre descubriera todo aquello. Fue horrible.

—Lo sé.... Yo es que, mira... cuando bajé y lo vi me quedé como si me sumergieran a veinte metros en el mar. No escuchaba ni veía nada. Solo veía a Robe que estaba allí, pero que ya no estaba. Hasta lo busqué por el aire, como si esperara encontrar a su espíritu que se despidiera de mí. Pero no vi nada... una pregunta: ¿escuchaste qué dijo Mique? ¿Dijo dónde estaba? Haz memoria, por favor...

—A ver... espera... fueron llegando todos, él llegó antes que tú, antes que Morgan, Alfonso llegó antes que vosotros y Abde también.

—¿No llegaron al mismo tiempo Alfonso y Mique?

—No, no, seguro que no.

—¿Y no dijo nada?

—Sí... espera... a ver. Él estaba muy nervioso, como todos, tal vez más, y se interesó enseguida por cómo estaba Robe. Antes incluso de llegar a verlo. Jin le preguntó quién estaba con Robe, qué había pasado. Él dijo: “No sé.... Estaba solo... yo estaba en el aseo, cagando, él no sé.” Sí, seguro, eso dijo, o algo así.

—¿Dijo seguro que estaba en el aseo cagando?

—Sí, sin duda. ¿Qué pasa?

—Nada... bueno, mucho. No sé si contártelo... ¿Tardará mucho Morgan en llegar?

—Diez, quince minutos, ¿por qué?

—Nada, vale, está bien... te lo contaré. Pero, ¿jurarías delante de quien fuera que dijo eso?

—Sí, sí, vamos, seguro... ha pasado mucho tiempo, pero claro... esos segundos se me han quedado grabados. No fue una fiesta más.

—Está bien... verás, te cuento.

Fue sincera con ella, en casi todo. Le explicó lo de Andrea y la conversación con Alfonso. Explicó que se creía a aquella chica y también a Alfonso. Que veía posible que la hubieran violado entre los cuatro y que Robe quisiera confesar y Mique, asustado, lo empujara. Anastasia estaba demasiado sorprendida e incrédula. En ese momento no podía procesar y racionalizar tanta información. Tuvo una reacción a veces habitual en ella en estas ocasiones y que irritó a Neus. Lo que hizo fue ponerlo todo en duda, plantear otras posibilidades y ser escéptica.

¿No se habría inventado Andrea aquella acusación? ¿Y si Alfonso se lo había inventado? ¿Y si fue Alfonso quien empujó a Robe? ¿Y si el propio Robe se quitó la vida? ¿No era más probable lo que concluyó la Policía: Que Robe iba bebido y drogado, hizo equilibrios en la barandilla del balcón, se resbaló y se golpeó fatalmente la cabeza?

Se estaban enzarzando en una agria discusión cuando sonaron las llaves y entró Morgan. Neus fue incapaz de fingir una sonrisa tras la acalorada discusión, y eso se sumó a la sorpresa de Morgan por ver allí a una vieja amiga, o algo más que amiga. Así que ella se apresuró a despedirse, eso sí, cuando se iba, procuró que Anastasia no viera que estrechaba las manos de Morgan y al besar su mejilla le susurró algo: “Llámame, es urgente”.

Había dejado un papelito en sus manos con su número de teléfono. Estaba montando un puzle y esta era una de las piezas fundamentales.

El encuentro personal fue breve y solo se vieron las caras una vez. Ella lo había esperado a la salida de su trabajo. Él había tenido un buen día y, además, era día de cobro. Se había reído mucho. En el trabajo lo reconocían como

persona eficaz y graciosa, siempre positivo y de buen humor. Y cuando salía hacia el coche la reconoció al instante. Ella dio dos pasos hacia él, dejando claro que había venido a buscarlo, pero él apresuró el paso e intentó darle de lado. Caminó tras él y lo intentó frenar por el hombro.

—¡Espera! Quiero hablar contigo.

Mique se giró furioso.

—Apártate, no tengo nada que hablar contigo.

—He venido a decirte algo y te lo diré. ¡No te vas a librar de mí tan fácilmente! ¡Yo no me he podido librar de ti aún!

Mique sintió que un volcán emergía en su estómago. Fue hacia ella y la empujó. Su rostro parecía el de una bestia, y el gesto, aunque fue violento y atemorizador, no constituyó nada tan vistoso, grave o doloroso como para alertar a alguien más en la calle.

—Aléjate de mí. Ve a llorarle a otro.

—Yo ya no voy a llorar, hijo de puta.

Él apenas oyó ese insulto.

Ese día Mique llevó su vida con normalidad. Como si nada hubiera ocurrido. Jugó con su hijo de tres meses, besó a su mujer, vio la serie de turno y dejó pasar las horas hasta caer dormido con su limpia conciencia.

Un día después regresó a su casa y aunque había olvidado lo anterior, al verse allí tan solo un día después, temió encontrar de nuevo a Andrea, pero no, no estaba. Subió a casa y no encontró nada en su lugar. Nadie estaba donde debía estar. Llegó a la cocina y al fin los vio. Ella estaba guapa incluso de espaldas. Pensó en cómo había mejorado con los años, incluso con la maternidad. Lo oyó y pese a ello tardó en girarse. Al hacerlo desveló los ojos llorosos y el bebé en brazos. Supo de inmediato que tenía relación con el encuentro del día anterior.

—¿Qué sucede, Jin?

La visita se había repetido, pero esta vez había llegado antes que él.

—Me dijo que tú no quisiste escucharla. Me dijo que yo sí querría... la reconocí en cuanto la vi. Me contó lo que le hicisteis. Dice que pensó mucho si contármelo o no... y que creyó que la verdad siempre es preferible, que debía saber quién eras en realidad, con quién me acostaba a dormir cada noche. Dime, Mique, ¿quién eres en realidad?

—Soy yo, cariño... el mismo que he sido siempre. Tu Mique.

—Nuestra vida era perfecta... lo teníamos todo, ¿ahora qué?

—Ahora nada, todo seguirá como siempre.

—Dime... ¿es verdad? ¿le hicisteis eso o no? ¿la violasteis?

—Es verdad que nos acostamos con ella... pero nadie la obligó. Es una

mentirosa. Estaba avergonzada por habérselo montado con todos y nos quiso chantajear... además, ¿a qué viene todo esto ahora? Seguro que quiere dinero. Si es una puta fracasada no es nuestra culpa. Siempre fue una rara y una marginada y nos ve llevar un buen coche y le jode. Por una puta noche que hizo la golfa nos quiere amargar la vida, es una cabrona.

—Júrame que no fue como ella cuenta, jura que no la violasteis.

—Lo juro.

—Ven, abrázanos.

Mique se abrazó a Jin y al niño y se preguntó por qué era incapaz de llorar. Tal vez porque lo que más sentía era rabia, se dijo.

En el parque había un columpio hecho con cuerda, en forma de círculo o de rueda y sobre él se balanceaban cuatro adolescentes malhablados. Bromeaban, se hacían fotos y eran totalmente descarados. A esa hora no había niños en el parque. Era la hora de los jóvenes, de las parejas, de los adultos y los furtivos. Neus, inquieta, miraba una y otra vez la hora. Miraba a un lado y a otro. Cargaban su cabeza los diálogos vacíos y soberbios de aquellos quinceañeros. Temía que cualquiera pudiera aparecer para robarle la cartera, aunque pensaba que, en tal caso, quizás hubiera algo de ciudadanía en esos adolescentes y le echaran una mano. Una mano rozó su hombro y la sobresaltó. Ella dio un respingo y lo miró.

—Desgraciado, me ha dado un microinfarto.

—¿Tan feo soy?

—Ya sabes que no, Morgan. Ale, siéntate... podíamos haber quedado debajo de un puente, ya puestos.

—Qué exagerada... solo está un poco oscuro.

—¿Te avergüenzas? ¿No quieres que nos vean?

—Fuiste tú quien me pasó la notita de manera furtiva. Además, el sitio no es para tanto. Tú y yo, no hace tanto, hacíamos los gansos como esos chavales.

—Sí hace tanto... una eternidad... fue en otra vida.

—Bueno, bueno, dime, Neus, ¿qué era tan urgente?

En estos años Morgan y Neus apenas se habían visto. En nueve años pasan tantas cosas, tantos momentos e instantes. Sin embargo, ahora lo tenía tan cerca como aquella fatídica noche. Morgan seguía igual de guapo y se notaba que lo sabía. Brillaba, era especial, la iluminaba incluso en el más oscuro parque en una noche sin estrellas. Sentía casi lo mismo que aquel día y precisamente todo estaba vinculado, por ello no olvidaba el motivo que le había traído a este parque, a esta conversación.

—Bueno, Morgan, no sé cómo afrontarlo, cómo contártelo, de cualquier

manera será mejor empezar... Bueno, por razones obvias que entenderás, no quería que Anastasia oyera nuestra conversación.

—¿Vas a declararte?

—No, eso hace mucho que lo hice... sin fortuna. No he venido hablar de nosotros, aunque sí, en cierto modo. Bueno, voy al grano. Alfonso me ha contado algo que cambia toda mi percepción de cómo murió Robe.

—¿Qué? ¿qué pasa? ¿qué te ha contado?

—Dice que Mique le ha confesado que lo mató él, que lo empujó.

—Joder, ¿en serio? Esto es muy fuerte...

—Pensé que te lo habría contado Anastasia, hablé con ella de esto.

—No, no me lo ha contado, no entiendo por qué.

—Yo sí.

—¿Me lo explicas?

—No, cosas de mujeres.

—Bueno, vosotras sabréis entonces. Pero a ver, cuéntame más.

—Los detalles no importan, lo que importa es lo siguiente: solo hay una manera de dejar a Mique sin coartada: que contemos la verdad, que digamos que tú y yo estábamos enrollándonos en el baño.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? No te sigo... no sé qué esperas de mí, pero no sé a qué viene eso ahora... tantos años después.

—Sí, Morgan, han pasado muchos años. Han sido años en los que tú has podido ser feliz con tu novia, bailar con ella, cenar, compraros una casa, follar, besaros, viajar y ver películas en el sofá. Y todo eso a mí me lo han robado. He tenido que llevar una vida sola, sin la persona a la que más he querido en mi vida. Y descubro quién es el culpable justo ahora, así que no me voy a quedar de brazos cruzados. Voy a contar la verdad, y Alfonso también... pero necesito que te comprometas a ser sincero ante un juez.

—Yo... yo no puedo hacer eso. No sabes cómo le afectaría a Anastasia, la hundiría... y a mí me mataría.

—Me da igual cómo le afectaría. Ella está viva y Robe no. lo único que puedo hacer es reclamar justicia.

—Pero a ver, no entiendo nada, ¿por qué iba Mique a matar a Robe? ¿Y por qué te ha contado eso Alfonso ahora? ¿Ese está pirado o qué? ¿Te lo crees? ¿No ves que es un friki?

—Pues mira, Mique lo mató porque Robe estaba deprimido y estaba a punto de confesar lo que hicieron.

—¿Y qué hicieron?

—Violaron a Andrea.

—¿Qué? ¿Quiénes? ¿Cuándo?

—En las fiestas patronales, Alfonso, Robe, Mique y Abde, aquel verano. Los cuatro. Le dieron a beber burundanga y abusaron de ella, uno tras otro.

—No puede ser verdad.

—Lo es. Al principio no quería creérmelo pero luego comprendí que sí... que ya me cuadraba todo. Se va a destapar todo en breve y habrá un juicio. Y sé que esa chica dice la verdad, aunque me pese, aunque me deje en mal lugar. Robe había cambiado mucho desde aquellas fiestas, te lo juro, no estaba normal.

—A ver...

—Ya sé lo que me vas a decir. Ahórratelo. Ya sé que él nunca ha sido “normal”, no como vosotros los niños bien. Sí, siempre tuvo problemas de disciplina, no le gustaba la sociedad en que vivimos y era anárquico, todo eso lo sé, pero estaba cambiado, lo juro. Yo era su novia, lo conocía... al menos conocía cuanto él me dejaba... y no estaba bien.

—¿Y no ves más posible que se suicidara?

—Nunca... a él lo aterraba la muerte. Jamás se hubiera suicidado.

—Uf... no sé... no sé... todo esto que me has contado me viene muy grande, enorme... no lo esperaba.

—Ya, ni yo. Pero es la verdad. Esto es lo que hay. Procésalo... y haz lo que tienes que hacer, contar la verdad.

—No es tan fácil, Neus... no es tan fácil como lo planteas.

—Joder si es fácil... ya lo creo que sí. Se dice la verdad y punto. Robe está muerto... por culpa de ese cabrón de Mique... y estoy seguro de que también él los convenció de violar a esa chica. No le voy a quitar responsabilidad a mi novio —a Morgan le sorprendió que hablara de él como si aún fuera su novio, tal vez sentía que todavía lo era— pero sé cómo es esa hiena, es un manipulador... y ahora sé que también un asesino. Y pagará, vaya si pagará, por las dos cosas.

—Pero, ¿cómo sabes lo de la violación? ¿por Alfonso?

—Sí... pero él no ha confesado por gusto, Andrea va a denunciarlos.

—Joder... se va a liar muy gorda.

—Sí, conque es mejor decir la verdad, esto nos va a salpicar a todos.

—A unos más que a otros.

—¿Crees que me hace gracia que se sepa que mi novio era un violador? ¿En serio? Pero si es necesario para encerrar a su asesino, se hará.

—Pero... ¿a ti no te confesó nada Robe?

—No... sé que estuvo a punto más de una vez. Pero comprendo que no sea fácil. ¿Cómo le cuentas a tu novia que has violado a una chica junto a tus amigos? Imagino que no es fácil.

—Ya. No, no será fácil, Neus.

—Pero hay que hacerlo. Él iba a hacerlo, iba a ser valiente, iba a confesar a

un juez que violó a una chica y por eso está muerto. ¿No podrás tú confesar que me besaste? Lo nuestro fue consentido.

—Tengo mucho que pensar, Neus, no puedo darte una respuesta ahora.

—Me da igual cuándo, pero vas a tener que decir la verdad.

—Mejor me voy. Diría que me he alegrado de verte... pero, joder, esto me ha dejado muy trastocado. Es demasiado para mí, adiós.

—¿Es demasiado para ti? Egoísta. ¿Y para mí? ¿Y para Robe? ¿Y para Andrea?

Morgan no quiso oírla, se puso en pie y se marchó. No habló nada de aquello con Anastasia, ni esa noche ni la siguiente, y se planteó cambiar el número de teléfono, aunque temía que no sería suficiente. A veces no se puede huir.

Desambigüación

Se celebraron dos juicios y cuando arrancó el primero Neus no había tenido respuesta alguna de Morgan, tampoco ella había insistido más. Asistió como público y sintió un tremendo bochorno. Por momentos perdió la fe en la humanidad. Creyó vivir una batalla de géneros. Asistió a todas las sesiones que pudo y escuchó insultos, mentiras, verdades a medias, palabras que parecían verdad y mucha autodefensa. Por momentos parecía que a quien se juzgaba era a la víctima. Neus también participó como testigo y tuvo que confesar que no, que su novio no confiaba en ella como para confesarle algo así, pero sí lo había notado muy extraño desde aquel día hasta el último de sus días. Abogados, fiscales, jueces, todos de traje y todos iguales. Tenía la sensación de que a ninguno le interesaba demasiado descubrir la verdad, que no eran más que trabajadores ajenos a sus vidas. Que aquello era un día más, como otra barra de pan para un panadero. Claro, para ella era la primera vez en un juicio, los profesionales se veían allí a diario ante situaciones de todo tipo. Creyó que era un espectáculo grotesco y que todos eran culpables de ello. Sobre todo quienes mentían. ¿Tanto costaba confesar? Hasta ella se tuvo que esforzar por no creer lo que contaban sobre Andrea ni forjarse una idea de la chica. ¿Qué más daría si nació enfermiza, si sufrió acoso en el colegio, si tenía colon irritable o poco pecho? Hasta su belleza se ponía en tela de juicio.

¿Y por qué había tardado tantos años en sacarlo a la luz? ¿Era hacerles daño lo único que le interesaba o quería sacar tajada? ¿Por qué la obligaban a hacerse esas preguntas? ¿Por qué ella quería llevar a juicio a Mique tanto tiempo después? No podía Neus juzgar a Andrea... ¿no estaba haciendo ella algo parecido? Cuando te han arrebatado todo, solo te queda pedir justicia... no venganza, sino justicia, el desahogo de que alguien te diga: tenías razón, te violaron y no tenían derecho, pagarán por ello; mató a tu novio y te lo arrebató, irá a la cárcel.

Trataba de abstraerse de aquello, solo le interesaba que se demostrara la culpabilidad de su novio y los demás. La prueba fundamental no estaba. El vídeo de la presunta amenaza lo habían hecho desaparecer, o la Policía no había dado con él al menos. Así que solo estaban los testimonios: el de Andrea y el fundamental, el de Alfonso. ¿Confesaría? Mique y Abde estaban convencidos de tenerlo de su lado. Así se lo había hecho creer a ambos para no tenerlos en contra. ¿O había sido a Neus a quien había estado engañando hasta ahora? Solo

cuando subiera al estrado lo sabría. Y dudó. Porque hasta ahora la sociedad parecía estar con ellos más que con ella. En los pasillos, en los bares y hasta en la prensa se hablaba de la ausencia de pruebas. Todos daban por hecho que saldrían inocentes. Los presentaban como buenos chicos, los tres con trabajo. Uno de ellos padre, con pareja estable, trabajo; otro un buen chico, trabajador, que ayudaba en casa; y el último un exfutbolista con pareja estable, un chico que se había hecho Guardia Civil, apoyado por todos sus compañeros. Solo habían tenido un testimonio en contra hasta ahora, el de Nica, que había relatado un supuesto intento de abuso, o de “propasarse” como ella lo definió, por parte de Abde. Pero el abogado defensor ya se había encargado de desacreditarla con múltiples comentarios de chicos y chicas, extraídos de redes sociales, e incluso fotografías de ella. De nuevo parecía una batalla de sexos.

La llave del juicio la tenía Alfonso, de él dependía todo. Y del resultado de este juicio dependería también el siguiente juicio. Neus miró a los ojos de Alfonso antes de subir a declarar. Un segundo pensó que diría la verdad, pero al siguiente creyó que no, que optaría por la opción más cómoda. Nadie conoce a nadie, se dijo. Ella quería creer que Alfonso estaba arrepentido... pero ¿Quién quería decir la verdad cuando esto suponía ir a la cárcel?

Comenzó el interrogatorio y las preguntas de unos y otros le parecieron asquerosas, impertinentes, insensibles, pero, a pesar de todo, le gustó algo que dijo Alfonso.

—Yo siempre veía noticias de este tipo y pensaba en qué asquerosos, en que me gustaría atrapar a gente así y hacérselo pagar. No entendía cómo alguien podía ser capaz de cometer un acto de ese tipo... y solo después he comprendido que no sabes de lo que eres capaz hasta que se da la situación. Sí, lo hice, lo hicimos... ella no quería acostarse con nosotros, estaba drogada, es cierto, y nos aprovechamos... y yo participé. Me arrepiento muchísimo de lo que hice... sí, me sentí presionado... pero no, no tenía una pistola en la cabeza. Lo hice, lo hicimos todos y ella no quería... Soy consciente de lo que hicimos y estoy dispuesto a pagar por ello.

Y tras decir aquellas palabras ya no importaba nada la burocracia, ni la terminología legal, ni los trajes, ni el juzgado. Todos fueron testigos de cómo respiraba y en esa verdad había alivio, cierta compensación, incluso el rostro de Andrea mostraba satisfacción.

El testimonio de Alfonso fue la clave, lo supo la defensa en cuanto lo escuchó, que estaban perdidos y solo quedaba pelear por una condena benévola. En cualquier caso, la sentencia que los culpabilizaba de acoso proporcionaba el móvil del asesinato.

El abogado particular contratado por Neus puso todas las cartas sobre la mesa antes de comenzar el juicio.

—Tenemos el móvil, pero hay que desmontar la coartada de Mique. He visto las declaraciones iniciales y es cierto, la primera versión de Mique era que él estaba en el baño, después cambió su versión, a lo largo de la noche, y dijo que estaba con Alfonso jugando a la play. Si Alfonso desmiente esto y tú y el chico ese, Morgan, desmentís lo del aseo, sería el único que se queda sin coartada... y si además mostramos el móvil de evitar una confesión... creo que tenemos caso.

—¿En serio?

—Sí, hay posibilidades de ganarlo. Pero solo hablo de posibilidades... ante un juez nunca se sabe.

—Ya, entiendo, pero con que haya posibilidades me conformo.

—Eso sí... si tu amigo contradice tu versión, no hay nada que hacer. Yo que tú buscaría algo que no lo deje en mal lugar... algo como que tú estabas en el baño y él esperando a entrar.

—Pero eso sería mentir.

—No importa, funcionaría igual.

—No, no igual.

—Bueno, no importa cómo, tú convence a tu amigo y procura que vayáis los dos con la misma versión al juicio.

Neus siente que su vida ha estado congelada este tiempo, a la espera de estos días, de este juicio. Entre tanto ha habido tanto ruido que ha embotado su mente. Los medios de comunicación, los insultos, las amenazas, las pintadas, el acoso. Pudo hablar cinco minutos con Andrea, tras el primer juicio. Antes de decirse nada se abrazaron y después Neus le pidió perdón.

—Tú no me has hecho nada.

—Pero sí lo hizo mi novio.

—No fuiste tú... y él ya no está. Gracias por cómo me has ayudado. Lo único que espero es poder dormir una noche entera algún día.

—Podrás, seguro.

—¿Tú has podido?

—Bueno...

—Antes mi principal miedo era que publicaran el vídeo... la humillación pública, que lo viera mi familia, mis amigos. Ya no me preocupa. Si no lo han publicado ya, no creo que lo hagan... se expondrían a una pena mayor. Y si lo hacen... bueno, espero haberme hecho más fuerte para entonces y soportarlo. Sería un vídeo más en un océano. Al menos ahora ya nadie podrá llamarme mentirosa, ni cosas peores. O sí lo harán, pero yo tengo la sentencia de mi lado.

Lo que no entiendo es a las parejas... la de Abde, la de Mique... puedo entenderlas antes, pero tras el juicio, tras la sentencia de culpabilidad, los han abrazado, los han besado, les han dado su apoyo. ¿Por qué?

—No lo sé, la verdad...

—¿Tú crees que es amor?

—Yo ya no sé qué es el amor, Andrea. Tal vez sí sea amor... y si lo es, no querrán creerte a ti ni a Alfonso ni a ningún juez. Para ellas imagino que siempre serán inocentes... si no, no veo cómo podrían seguir a su lado.

—Ni yo. Gracias de nuevo.

Se abrazaron. Aquel calor, aquella tristeza y alivio se impregnó a su alma. Ahora en esta noche fría recordaba el instante y tomaba fuerzas para comenzar su propia batalla.

Mismo parque, mismos protagonistas, casi dos años después.

De nuevo llegaba él tarde. Pero llegaba. Esta vez sin bromas, más serio que nunca, y tan guapo como siempre.

Se sentó junto a ella y se encendió un cigarro. Él no solía fumar. El paquete del que sacó el cigarro llevaba dos meses abierto. Ella declinó el cigarro que le ofreció Morgan.

—¿Lo harás? ¿Contarás la verdad en el juicio?

—Aún no lo sé.

—Deberías. Es una parte fundamental. He conseguido que un segundo forense le haga la autopsia, dice que el tipo de caída, el lugar donde tiene el golpe, no encaja con una caída casual. Afirmará en el juicio que cómo murió muestra que estaba sentado en la barandilla, mirando hacia la habitación y por algo, podría haber sido un empujón, cayó hacia atrás. Si Mique tiene un motivo para hacerlo y no tiene coartada, podrían condenarlo.

—Pero Alfonso tampoco tiene coartada, estaba solo.

—Sí tiene coartada, Abde cambió su versión. Cuando entró vio a Alfonso jugando en el salón a la play station.

—¿Y por qué la ha cambiado?

—No sé... imagino que por miedo a que le salpique. Mi abogado dice que Abde habrá ido a un abogado y se lo habrán recomendado, que es mejor que se cierre el caso con un culpable claro, por si acaso.

—Bueno... entonces, no sé...

—¿Cuál es el problema? ¿Tan importante es un beso?

—Tal vez. ¿Tú por qué me besaste? También tenías novio.

—¿Por qué te besé? Porque me gustabas, porque estaba mal con mi novio y porque me dejé llevar.

—¿Y si tan mal estabas con tu novio...?

—No sigas por ahí.

—Pero Neus, ¿por qué haces todo esto? Al forense ese lo has pagado tú, ¿no? El juicio lo estás pagando también, ¿cómo? ¿para qué? Nada te devolverá a Robe.

—Sí, lo estoy pagando yo todo. Me he hipotecado, ya lo iré pagando. ¿Por qué lo hago? Precisamente porque nada me lo devolverá. Me lo han quitado y no lo recuperaré jamás y no es justo.

—¿Y si fue un accidente? Iba borracho, lo sabes.

—No fue un accidente. Robe era una esponja, casi nada le afectaba. Le he visto hacer el caballito en moto yendo mucho más pasado que ese día. Además, por qué iba a mentir Alfonso. No ha ganado nada con todo esto, solo ha perdido. ¿Por qué me besaste tú? ¿Es que hay algo más? ¿Por qué no quieres confesarlo? ¿Es eso?

—¿Por qué crees que te besé?

—No sé... un calentón, imagino.

—Sí, pero no solo eso. Me gustabas, y me sigues gustando. Me encantas.

—¿Cómo dices eso ahora, tanto tiempo después, en este momento?

—Porque es verdad, eres preciosa y me encanta tu cuerpo y cómo eres. Y si le cuento lo que pasó a Anastasia no podré ocultarle la verdad.

—¿Y cuál es el problema? ¿Es que no estás bien con ella? ¿No te gustaba entonces? ¿Por qué me besaste a mí estando con ella? ¿No la querías? ¿No la quieres ahora?

—No sé si la quiero... no sé qué me pasa o qué me falta en la vida. Tampoco sé si la quería. A ver, sí la quiero... pero... es que llevo con ella toda la vida, desde el instituto. Y es perfecta, es guapísima, elegante, divertida, es buena, se preocupa por mí... y tú... tú... es que tú me encantas. Ya lo hacías entonces y me sigues encantando. Y no quiero perderla a ella. Tengo mi vida montada con ella, es mi novia de siempre, es Anastasia. Joder... cualquiera mataría por estar a su lado.

—Y cualquiera mataría por estar a tu lado.

—Ya... ya... pero...

—¿Pero qué? ¿Es eso entonces? Temes contar la verdad y no poder callarte una parte, temes que al abrir la caja de Pandora salgan todas las verdades y al hacerlo la pierdas a ella, ¿es eso?

—Sí, es justo eso.

—Pero, Morgan, no estás centrando el asunto. Aquí no importa lo que yo sienta por ti, ni lo que tú sientas por mí... joder. Sé un poco maduro, no importa qué pase con Anastasia, estamos hablando de hacer justicia en un caso de

asesinato. Si quieres seguir con tu novia podrás hacerlo, te perdonará, seguro... pero yo llevo más de 10 años sin abrazar a mi novio porque es un puto esqueleto que se pudre por culpa de ese hijo de puta mentiroso. ¿Lo entiendes? Tienes que contar la verdad, joder, tienes que hacerlo. A lo mejor crees que lo que quiero es que dejes a tu novia para que así acudas a mí. No, no es eso. Yo no sé qué pasará con mi vida tras esto, si sale culpable o si no... no sé si podré seguir adelante, espero que sí... pero necesito que esto acabe.

—Yo no soy penalista, ni siquiera soy un gran abogado... soy el menos indicado... yo vivo del turno de oficio— había respondido Campello cuando habló con Neus.

—Da igual, quiero que seas tú quien lo lleve, porque confío en ti.

Fue convincente. Sabía que se estaba metiendo en un berenjenal, pero accedió. Campello tenía apenas 36 años y solo hacía 5 que se había cansado de vivir explotado en una gestoría y se montó una oficina por su cuenta. Se sacaba lo justo para pagar sus gastos y no veía cercano el momento en que condujera un BMW (de no ser uno de más de 20 años) y vistiera trajes caros. Dudaba que este caso le diera la notoriedad que necesitaba, aunque si tenía suerte podía ser un beneficio colateral. Lo aceptó sobre todo porque Neus fue amiga de su prima, ello se conocían de vista y ella confiaba ciegamente (con acierto) en su honradez. No era el tipo más inteligente, ni el que tuviera más memoria, pero a trabajador y honrado pocos le ganaban, esto, sin duda, le había ocasionado problemas personales (por ejemplo pocas parejas entienden una dedicación inusitada a un trabajo mal remunerado).

Poco a poco fue preparando la causa y se convirtió en el caso que más tiempo le había ocupado. Acabó sumergiéndose en él y sintiéndolo como un hito en su vida. Resultaba mucho más rentable asesorar, firmar divorcios, y llevar casos pequeños y rápidos que en proporción aportan mucho más beneficio que el tiempo invertido en ellos. Por contra, esta causa le aportaba el interés y la pasión que le faltaba en el resto de su trabajo. Por ello especialmente le dedicaba tantas horas y cuando al fin llegó el juicio sentía que estaba ante un punto de inflexión y se mostraba incluso triste. Creía que cuando cerrara este apartado, acabaría una de las pocas empresas importantes de su vida. Justo por eso, parte de su ser estaba muy ilusionado. Ya que no se repetiría algo así, pues estaba teniendo mucha expectación mediática, quería hacerlo lo mejor posible, poder sentirse orgulloso en un futuro. Y, sobre todo, había ido conociendo más y más a Neus, le parecía una chica formidable y se identificó con ella, se implicó personalmente en la causa. Sentía el dolor de Neus como propio y a Robe como a su novio muerto.

El día más importante en el juicio para él era hoy, el interrogatorio con el único acusado. De momento todo iba bien encaminado pero la situación estaba como en aquella antigua película de Woody Allen, *Match Point*. La pelota estaba sobre la red y podía caer en un lado o en el otro. El dónde solo lo determinaría el azar. Habían demostrado que era muy posible que el acusado tuviera un móvil, un motivo para matar (librarse de la acusación de abuso sexual, por la que finalmente había sido condenado); y que no tenía coartada para aquel instante; pero nada más. El juez se podía dejar llevar por las pruebas circunstanciales presentadas y condenarlo, basarse también en sus antecedentes delictivos (el abuso sexual); pero como no tenía ninguna prueba física, ningún testigo directo que viera el hecho... también podía declararlo inocente.

Por ello este interrogatorio era vital. Tenía que lograr que se desmoronara... pero este acusado le parecía a Campello una persona muy poco humana, con lo que tenía pocas esperanzas en lograr un imposible. Así y todo procuró llevarlo todo bien atado. Se pasó dos noches ensayando las preguntas y reescribiéndolas, preguntándose a sí mismo frente al espejo, se las leyó también a Neus (aunque no todas y solo una vez, pues ella se echó a llorar). Se había comprado un traje nuevo para esta ocasión, era bonito, y apenas se notaba que fuera de Zara, o eso pensaba él. Se recortó la barba morena y pasó media hora peinándose. Besó la pequeña piedra de jade, amuleto que le había acompañado desde su infancia, y la introdujo en el bolsillo. Hoy es el día, se dijo.

Antes de comenzar a preguntar el acusado declaró que no iba a responder a ninguna pregunta del abogado de la acusación particular. Campello contaba con dicha estrategia y decidió hacer las preguntas de todas maneras. Tenía la esperanza de que alguna de ellas removiera la conciencia de Mique y lo llevara a resoplar, o a hacer una mueca o que tal vez llorara. Aunque no dijera nada, esas muestras de expresividad sin duda harían mella en la opinión del juez.

Campello hacía las preguntas con lentitud, perfecta vocalización, masticando cada palabra, proyectando la voz hacia el acusado, quien procuraba agachar la cabeza o mirar al vacío.

Las palabras de Campello herían como navajas oxidadas. En ocasiones el acusado se sentía tan atrapado que miraba al juez pidiendo una intervención, reclamando ayuda. Levantaba los hombros y las cejas y le indicaba con la mirada "Pero haga algo, detenga esto". La única respuesta del juez era ladear la cabeza o señalar con ella hacia el abogado de la acusación.

Las preguntas eran desgarradoras, ofensivas, planteaban escenarios que removían las tripas. Aprovechaba en las preguntas no solo para preguntar si había hecho esto o aquello, sino que le cuestionaba sobre las repercusiones de sus actos.

La clave fueron las preguntas hipotéticas. Cuando Campello descubrió que tecla movía a Mique la pulsó una y otra vez. Le interrogó una vez tras otra sobre qué haría si su hijo hiciera esto o lo otro, o cómo actuaría él si su hijo fuera víctima en lugar de verdugo. La sala entera se abochornaba, el acusado sostenía la cabeza entre las manos, parecía una sandía que alguien sopesa para adivinar cómo de sabrosa está. Alguno creyó ver que salía humo de las sienes y no fue una sensación del todo falsa, pues despedía tanto calor, sudaba de tal manera el acusado, que de las manos en contacto con el cráneo emergía un vaho que podía verse desde las primeras filas. Mique no tenía dónde meterse. Se sentía cada vez más acorralado y las preguntas caían sobre él como una granizada de la que no podía guarecerse.

—Yo no quería que muriera —susurró Mique y todos enmudecieron. —Solo quería que se callara.

Campello no podía creerse qué acababa de oír. Utilizó la respuesta entre dientes, se aseguró de que el taquígrafo lo había anotado. Continuó preguntando a propósito de estas declaraciones, pero el acusado rompió a llorar y ya no dijo más.

Esos susurros fueron clave. Fueron tenidos por todos los presentes como una confesión. Entre la ambigüedad asomaba la verdad y así lo entendió también el juez.

Impermanencia

Comportamiento ejemplar, colaboración y ningún antecedente, Abde solo pasó dos años en la cárcel. A la salida lo esperaban su novia y tres colegas a quienes abrazó. No podía volver al cuerpo de Guardia Civil de inmediato, aún le quedaba un tiempo de inhabilitación, pero sus compañeros le habían buscado un trabajo de guardia de seguridad. Este tiempo le había servido para hacer mucho deporte, estaba muy musculado y parecía incluso más alto. Estaba ansioso por salir de fiesta, esa misma noche fue a emborracharse.

Alfonso salió unos días antes. Su vida siguió donde la había dejado. No había perdido nada porque nada tenía. Volvió con sus padres, tan abochornados que jamás le hicieron reproche alguno, más allá de sus miradas. Encontró trabajo y, eso sí, aunque seguía sin tener nada, se sentía otra persona, veía purgados sus pecados, y se creía capaz de llevar una vida distinta, de tener algo o alguien. Y al verse en el espejo no estaba más gordo, ni más flaco, ni más viejo. Había sido poco tiempo y, sin embargo, se veía distinto. Era porque, tanto tiempo después, sonreía.

Mique sí había cambiado y mucho. Pero más cambiaba su hijo a quien veía crecer pero no podía jugar con él, ni ir a un parque ni hacer un viaje. El concepto que su hijo tenía de un padre era bien extraño: aquel tipo encerrado al que la obligaban a ir a visitar.

Había pasado medio año desde la sentencia. Era sábado por la mañana y Neus recogía la ropa que había ido dejando tirada por la habitación y la casa a lo largo de la semana. Al quitar unos pantalones de encima de la cómoda vio de nuevo la foto que siempre estaba ahí, la de Robe y ella abrazados, sobre la moto. Tan guapo como siempre. Esos ojos le decían tantas cosas. Veía al muchacho dulce, veía al chico perdido, melancólico y cariñoso en la intimidad. También vio su peor faceta, cómo se portaba con ella tantas y tantas veces. Y pudo verlo con una mirada lejana, que no lo juzgaba y tampoco se juzgaba a sí misma. Miró a su yo de la foto y entendió que esa ya no era ella. La amó, la quiso, besó la foto. Pensó que esa Neus ya no estaba, que se marchó con él, con Robe. Se sentó sobre la cama, tenía una leve sonrisa, una luz suave, una blancura de copo de nieve y frescura entraba por la ventana. Tomó el teléfono en ese mismo instante y buscó

el número de Moisés. Sabía muy poco sobre él, aparte de que bailaba bien y tenía cara de buena persona. Una sonrisa bonita puede ser muy peligrosa, se dijo. Le escribió un mensaje.

“Hola, Moisés, hoy sí aceptaría esa copa. ¿Quieres?”

La respuesta fue un emoticono de celebración.

Andrea detestaba salir en las fiestas del pueblo. Definitivamente era algo que no iba con ella. Pero su mejor amigo, Mateo, estaba empeñado en salir. Los dos se llevaban genial y tenían muchísimos puntos de unión, aunque también eran muy diferentes. Él se puso tan pesado que Andrea finalmente accedió y salieron a la barraca. Al principio incluso se divirtió. Criticaban a la gente, bailaban haciendo los tontos, pero, después, Mateo ligó con un chico rubio y guapo que llevaba gafas de sol (incluso de noche) y el cuello de la camisa levantado. Desaparecieron. Mateo prometió volver en veinte minutos y le pidió que lo esperara. Ella no pensaba marcharse a casa sola, aunque a los diez minutos comenzó a planteárselo. Se aburría allí acodada en la barra, luego en un taburete, sola, mirando a la gente divertirse. Habían pasado ya los veinte minutos cuando se planteaba seriamente marcharse. Pero entonces vio que se acercaba un grupo de chicos hacia ella. Creyó que sería una buena idea irse a casa antes de que llegaran, pero se dijo: “Bueno, mucho no puede empeorar la noche”.

Esa noche Mateo perdió los zapatos. Regresó y su amiga ya no estaba.

Esa noche Andrea perdió su infancia, su alegría y su juventud.

Reinicio

La madre de Neus se separó de su padre cuando ella tenía 8 años y su hermano 12. A veces Neus se preguntaba cómo hubiera sido su vida de no haberse producido este hecho. Llevaba en ocasiones la fantasía hasta el extremo, hasta el ficticio entierro de su padre y solía toparse sorprendida con el alivio de su ilusoria madre. Llegaba siempre a la misma conclusión: no había tenido una infancia como otros, pero posiblemente hubiera sido mucho peor de no haberse producido tal separación. Gracias a este hecho ella siempre gozó de mucha independencia, aunque eso no quería decir que no escuchara a su madre, mujer muy dada a refranes (costumbre que no había logrado inculcar a ninguno de sus hijos). Dichos refranes eran su comodín. Los solía utilizar cuando no tenía ninguna respuesta mejor, ya que no soportaba tampoco el silencio. Y aunque no educara hijos refraneros, sí logró que empapara en su ser algo de aquella sabiduría oral. Así, en esto momento de su vida, a Neus le venían algunos refranes oídos a su madre en los peores momentos. Especialmente: “No hay mal que cien años dure” y “El tiempo todo lo cura y todo lo muda”. Sentía que su vida se había reparado definitivamente, había olvidado su pérdida y con Moisés las cosas marchaban bien. Para ella todo estaba zanjado aquel miércoles que regresaba del cine con su novio. Para ella. El chico era educado, culto, atento y cariñoso y aunque iban muy despacio en la relación, tenían previsto un paso importante en breve: su primer viaje juntos. Solo faltaba un mes para el fin de semana en Budapest, y no dejaban de hablar de ello y hacer planes.

Era tarde, se despidieron con un beso en el interior del coche. Ya en la puerta de su casa tuvo un indicio de que las cosas no andaban bien. No escuchó el maullido de su gata en la puerta, quien siempre acudía rápida a recibirla y se dejaba acariciar panza arriba cuando al fin entraba. Dio la vuelta a la llave y la llamó. Pensó que se habría dormido.

—¡Juliette!

La escuchó maullar lejana, como tras una puerta. Creyó que se habría quedado encerrada en alguna habitación, armario o cajón. Y avanzaba preguntándose en qué había sido descuidada para que la gata se quedara atrapada.

—Pobrecita, ya voy a ayudarte —animaba a la gata según avanzaba por el pasillo.

Los maullidos procedían de su dormitorio. Eran las once de la noche,

invierno, y el piso estaba más frío de lo habitual.

Entró a la habitación y la gata comenzó a maullar como una loca, se frotó por las piernas de Neus y luego corrió a meterse debajo de unas mantas.

—Juliette, bonita... ¿qué pasa? Ven, ¿cómo te has quedado aquí encerrada? Vamos, sal, cielo.

Y solo entonces, tras de sí, escuchó unos pasos y una tos. Se quedó petrificada. Había alguien en la casa. No quería girarse. ¿Estaría en una pesadilla? El dormitorio era muy pequeño. Apenas un metro entre la cama y el armario, una cómoda y una mesita. Enfrente de ella, en aquel instante, la ventana, a su izquierda el armario y a la derecha la cama. Quería gritar, pero como en las pesadillas no le salía la voz. ¿Y si era un fantasma? Por favor, que no fuera un fantasma. Dio un paso y se giró. Sintió al mismo tiempo pánico y alivio. No era un fantasma. Era Mique.

—¿Qué? ¿qué?— preguntó con miedo primero. —¿Qué haces aquí?

—Hola, Neus... he venido a verte.

—¿Cómo has entrado?

—He aprendido a hacer muchas cosas en este tiempo...pero por favor... siéntate.

—¡Sal de mi casa! —instintivamente buscó el bolso con el teléfono móvil, pero lo había dejado en la entrada mientras iba llamando a Juliette.

Mique estaba justo frente a la puerta, la única salida de la habitación, aparte de la ventana cerrada. Él estaba cambiado. Más corpulento, menos pelo y alguna arruga más. Sobre todo había cambiado la expresión de su rostro. Ella lo recordaba siempre con una sonrisa pícaro y traviesa. Ahora en cambio la sonrisa era malévol, traicionera.

—No voy a salir de aquí, Neus, no hasta que hablemos, así que siéntate.

—No me voy a sentar, ¡es mi casa! ¡Fuera de mi casa!

—¡Que te sientes he dicho!— gritó él y sacó de detrás de su espalda un cuchillo jamonero, grande como su brazo.

Ella se quedó nuevamente helada y obedeció. Se dejó caer en la cama, sentada en el borde, tan lejos como pudo de Mique, las manos y las piernas listas para saltar y correr en cualquier instante.

—No me mires así... no pienso hacerte nada... esto es solo para que seas más obediente... más dócil. Pero solo quiero hablar, te lo prometo. Si no me obligas, no te haré daño.

—¿Qué me vas a hacer?— preguntó llorando.

—Venga, joder... encima no llores. El único que aquí tiene motivos para

llorar soy yo. Ya te he dicho que no te voy a hacer nada, coño.

—Pues tira el cuchillo.

—No, porque es la única manera de que me prestes atención y te portes bien.

—Tíralo, por favor, y vete de mi casa.

—¡Que te calles, coño! —esta vez la señaló con la punta del enorme cuchillo
—No abras la puta boca hasta que yo te lo diga o te rajo el cuello.

Neus se calló y lloró nerviosa, asustada, y apretó fuerte la colcha de la cama porque creía que no podría controlar su esfínter.

—Ahora, si es posible, déjate las lágrimas y escucha... y sin que me preguntes verás que iré respondiendo a tus preguntas. —Mique se sentó en la otra punta de la cama —Bueno... no sé si te habían avisado o no, eso me la pela... el caso es que estoy de permiso penitenciario. Mi madre murió ayer y me han dado unos días... para ir al funeral y arreglar asuntos familiares. Y he querido aprovechar estos días para arreglar unas cositas... y claro, tú estabas en mi lista de tareas. No me quiero dejar nada pendiente, espero que lo entiendas. Verás... yo entiendo que estabas muy jodida porque hubiera muerto tu novio... pero te empeñaste en joderme la vida y ni siquiera me diste la oportunidad de explicarme. Cuando comenzaste con lo del juicio y fuiste a por mí traté varias veces de ponerme en contacto contigo... y no hubo manera. Joder, éramos amigos... al menos deberías haberme oído, ¿no? Vamos, digo yo. Pues bien, me vas a oír ahora. Te voy a hablar de esa noche... tu novio, ya lo viste, era el que más borracho y drogado iba de todos... pero ciertamente, no le afectaba demasiado. Él y yo nos habíamos quedado solos en el dormitorio de los padres del ruso. Yo miraba la ropa interior y él, mareado, estaba en el pequeño balcón tomando aire. Por las fotos, la madre del ruso estaba buenísima... y le enseñé unas bragas y un sujetador a tu novio. Él me confesó que la había visto en vivo y que sí, que tenía un polvazo. Creo que la mujer tenía las tetas más grandes que tú y todo. Estuvimos hablando él y yo de tetas, sí, también de las tuyas, y de pezones. Dice que los tienes como galletas, tal vez luego lo compruebe... pero aún tenemos que seguir hablando. Bueno, recuerdo que entonces él se sentó en la barandilla, mirando hacia mí. Desde donde estaba yo veía a las chicas hablando en el jardín y le hablé de Anastasia. Sé que esto jode, pero vamos, él me dijo que con mucho era la más guapa de todas. Y convenimos que sería brutal una mamada de un rostro como ese, es que es una obra de arte... entonces yo comenté que lo de Andrea estuvo bien, pero que teníamos que haber buscado a otra que estuviera más buena y eché la culpa a Alfonso. Y no sé por qué, a él le dio el venazo de la culpabilidad. Si hubiera pensado que fueron las drogas no

pasaría nada... pero tú misma lo dijiste, incluso en el juicio, que a él las drogas le afectan muy poco. El jodido tiene mucha tolerancia. Me dijo- Mique imitaba la voz de Robe con un tono burlón, y ridiculizaba también alguno de sus gestos, incluso el de peinarse el cabello largo, entre tanto el rostro de Neus revelaba un profundo terror- “Eh, Mique, tío, lo que hicimos no estuvo bien. Si esa pava se suicida de verdad no podré vivir con ello. Le he dado muchas vueltas al asunto y no puedo dormir últimamente... creo que voy a hablar con ella... o voy a ir a la Policía, pero yo con esto no puedo vivir”. Bueno, yo le dije que nada de eso, que ella no tenía ninguna prueba y que jamás abriría la boca y que lo del suicidio era solo postureo, para hacerse un poco la víctima. Intenté hacerlo entrar en razón. Pero de verdad... se empeñó. A ver... lo de Andrea te juro que no fue para tanto. Que sí, que le metimos burundanga... pero tú te has emborrachado y has probado porros y de todo. Mira la burundanga al final es una droga y qué hace la droga: te desinhibe. Quiero decir... yendo drogado no harías algo que no quisieras hacer... sí harías algo que no te atrevieras. Entonces, a ver, la chavala jamás se lo hubiera montado así de normal con todos a la vez... pero sin duda quería. Joder, cuando tenía mi polla en la boca ni una arcada ni nada, de hecho movía la lengua y todo. Pero claro... eso no lo puedes contar hoy día, porque por la mínima nos enchironan a todos y lo que es peor, nos convierte en unos apestados sociales, que es lo que ha conseguido. Tienes que entenderlo, el cabrón no entraba en razón, así que le dije. Pues nada, chico, si quieres hablar, hablar con la Policía, tienes mi apoyo. Y mientras tu novio sonreía aliviado y me daba las gracias, cogí sus pies y lo tiré hacia atrás. Te alucinaría lo sencillo que fue. Claro, él estaba bastante descordinado. Se dio de cabeza, escuché los huesos crujir incluso desde arriba. En un segundo dejó de existir. Todo por no ser una persona razonable. Es que, joder, ¿tanto costaba? ¿Ves? Tú, por ejemplo, me estás pareciendo muy razonable. Te digo que te sientes, te sientas, que te calles, te callas. Así no tendré que usar esto. Bueno, prosigamos... tú, lo que tenías que haber hecho es callarte, pero claro, para eso tenías que haber hablado conmigo antes... y te negaste, hija de puta. Ahora pareces muy razonable pero eso es solo porque estás acojonada, apuesto a que estás a punto de cagarte encima. Tu novio está muerto porque se lo merecía. Era un bocazas y un imbécil y sé sincera, joder, estás mucho mejor sin él. He visto el chico con el que sales, un tío bien, ¿no? Bien vestido, buen coche, seguro que buen curro. ¿Tu vida con Robe hubiera sido así? Me cago en la puta, si te hice un favor. ¿Y cómo me lo agradeces? Mandándome a la cárcel, jodiéndome la vida. Mira, yo nunca he sido muy alto, ni muy guapo ni muy listo... pero no sé cómo, me gané el amor de Jin,

una chavala bastante guapa para mí... está por encima de mis posibilidades, vamos... y follaba de puta madre y me dio un hijo, lo tenía todo. Y vas tú, que te había hecho un favor, no nos engañemos, que con el arrastrado ese hubieras acabado en la mierda... y te trataba como basura... vienes tú y me jodes la vida. Mi reputación a la basura... ya un asesino y un violador. Que sí, que no has sido tú sola la que me ha jodido. Ya lo sé... primero fue la pava esa, la Andrea... a esa todavía tengo que encontrarla, ya daré con ella, no te preocupes, ahora que estoy fuera. Y también me jodió el imbécil de Alfonso... de ese ya me he encargado... ya hemos tenido unas palabras. Es que yo otra cosa no, pero soy un tío de palabra. Le hice una promesa a mi colega Alfonso y la he cumplido... bueno, y luego Jin... la única persona en quien confiaba... que me juró y perjuró que me esperaría, que estuviese tranquilo, que me quería... sí ya... y de repente van reduciéndose las visitas, cambia la cara, los besos son más fríos, ya no hay vis a vis... que no soy tonto, cojones. Yo ya sabía que se estaba tirando a otro antes de que nadie me lo dijera. Joder... meter a otro tío en mi casa, en mi habitación, en mi cama, y jadeando como una perra mientras mi hijo duerme en la habitación contigua... eso... eso es lo peor que se le puede hacer a un hombre. Hay que ser muy puta para hacerme eso... ¿Cómo voy a andar por la calle? La gente cuando me mira piensa: mira, el violador, el asesino y encima su mujer se folla a su amigo. Porque sí, claro, no se iba a liar con un desconocido... tenía que ser con un amigo. ¡Tenía que ser con el puto ruso de los cojones! Pues ea, ya está solucionado. Ya he tenido una charla con los dos y ya nadie se va a reír de mí. En serio, dime la verdad... ¿no ves que me han puteado, me habéis puteado entre todos? Yo seré muchas cosas, pero soy una persona lógica, coherente y razonable. ¿Tú piensas que voy por la calle y así sin motivo le doy un tortazo a alguien? ¿Crees que en la cárcel me he ganado enemigos? Al revés, un montón de amigos. Soy un tío normal, simpaticón, que no hago daño a nadie... pero claro, si me provocan.

El tono de la piel de Neus era absolutamente blanco, vio que en los pantalones de Mique había unas manchas de un rojo oscuro, como si se hubiera limpiado las manos en ellos. Le temblaba la voz cuando dijo.

—¿Qué has hecho, Mique? Por dios... ¿qué has hecho?

Se puso en pie.

—¿A ti quién coño te ha dado permiso para hablar?

Le apuntó de nuevo con el cuchillo.

—Entre todos me habéis jodido la vida... y cada uno va a tener lo suyo. No soy ningún loco... no he hecho nada que no sea lógico. Conque no me mires así.

Tú te podías haber quedado calladita y punto... y no menear tanta mierda... que el mierda de Robe está mejor muerto y todos estamos mejor sin él. Te hago un favor y me jodes... me has jodido bien... pues ahora te voy a joder bien yo a ti. Es lógico, ¿no? Coherente, razonable, justo. Tú me jodes, yo te jodo. Así que ahora me vas a enseñar las tetas, eso lo primero.

—No... por favor, no.

—Que me enseñes las tetas, me cago en mi sangre. Te vas a quitar la chaqueta, luego la camisa y después el sujetador y voy a ver si es verdad que tienes las tetas tan gordas... ¡vamos, joder! Que no tenemos toda la noche.

Neus lloraba, temblaba, no se había sentido tan aterrada nunca en toda su vida. Obedeció, sin levantarse de la cama, pues él se lo prohibió.

—No quiero morir... por favor, Mique.

—Te he dicho que soy razonable y justo. Te prometo que no te haré daño... pero para eso tienes que ser obediente. Vamos, camisa fuera.

Obedeció y ya viéndola en sujetador él se alteró.

—Está bien, sí son grandes... ponte en pie, quiero verte bien. Y desabróchate el sujetador.

Ella accedió, y como acto reflejo se tapó los pechos con las manos, pero él con la mano que tenía libre se los apartó amenazante. Estaba absorto mirando el hermoso cuerpo de Neus. Sonreía, pero algo lo devolvió a la realidad. Por la ventana se veían unas luces rojas y azules. Tragó saliva. Pensó que habrían rastreado su coche.

—Ya te había dicho que no teníamos toda la noche. Vamos, bájate el pantalón.

—No, por favor, Mique, no me hagas esto... por favor.

—¡Que te calles y te quites el pantalón o te rajo de arriba abajo como a una gorrina! ¡Vamos! Corre.

Neus accedió de nuevo. La hizo exhibirse, girarse, mostrarse entera, como si observara un maniquí desnudo. Él llevaba toda la ropa, en cambio. Con una mano la acarició, besó incluso uno de los pechos. Dio dos pasos atrás y escuchó unos golpes en la puerta.

La señaló con el cuchillo.

—Por favor, por favor— le caían las lágrimas y los mocos. -No me hagas daño.

—Lo he prometido... y te he dicho que soy razonable. Una lástima no haber tenido más tiempo para nosotros. Espero que, al menos, hayas aprendido la lección, y la próxima vez te calles. Al menos, ya nadie se reirá de mí, eso lo

tengo claro. Si quieres, puedes cerrar los ojos.

-¡No! No, por favor, no me hagas nada.

-Está bien, pues no los cierres.

Mique hizo un rápido movimiento, certero, con el cuchillo jamonero y en menos de un segundo el cuello cercenado de lado a lado, arteria incluida, proyectaba sangre por toda la habitación y sobre el cuerpo desnudo de Neus, quien gritaba de pánico sintiendo la caliente sangre sobre sí. Se cubrió y se tapó con las mantas en un rincón junto a su gata. Los agentes entraron corriendo y fueron hacia él. Le arrebataron el cuchillo y trataron de taponar la herida. Uno de los dos llamó a una ambulancia y el otro fue hacia Neus. Se quedó mucho más tranquilo al comprobar que la sangre no era de ella.

Aquel día murieron cuatro personas. A Curtis y a Jin los mató en su domicilio. Al chico nada más abrirle la puerta, lo apuñaló en el corazón y la sonrisa al verlo, siempre tan educado Curtis, se convirtió en un gesto vacío de muerte. Luego golpeó al niño hasta dejarlo inconsciente y por último apuñaló a Jin. Fue tan salvaje con ella que rompió el cuchillo de cocina que había comprado. Luego se duchó y se cambió de ropa, cogió un par de cuchillos y fue a buscar a Alfonso. A él lo apuñaló en mitad de la calle y nadie hizo nada para impedirlo. Nadie se interpuso ni trató de detenerlo después. Simplemente subió a su coche y se marchó.

Y él mismo fue el último muerto. Se cortó el cuello frente a Neus. No pretendía volver a pasar por otro juicio. Se iba con la conciencia tranquila. Así funcionaba su mente.

Neus no aplazó su viaje. Estuvo a punto, él la convenció. Fue una frase.

-No sé cómo te sientes... entiendo que estarás fatal. No solo es lo que has vivido, sino revivir y reabrir las heridas... pero, ya que me preguntas qué hacer... yo te diría que hagamos ese viaje. Estás viva, estamos vivos, y eso es un milagro que celebrar. No aplaces el viaje, no aplaces la felicidad, porque tal vez más adelante algo nos lo impida... date esa oportunidad.

Y tomó esa frase. No aplaces la felicidad, para sí misma. Claro que fue al psicólogo, claro que fue al psiquiatra, pero todo lo vivido hasta ahora la había hecho más fuerte y aunque sabía lo destrozada que estaba por dentro, esta vez se sentía con la fuerza necesaria para salir adelante.

Epílogo

Esta es una de esas novelas que se ha escrito sola, como si la historia estuviera deseando salir, como si fuera algo que pululaba en el ambiente y entró a mis entrañas para salir a través de mis dedos. La he escrito rápido y furioso. No obstante, hubo varios aspectos que me hicieron dudar y me tuvieron horas y horas, días y semanas pensando y planteándome posibilidades. Una de ellas, claro está, fue cómo tratar y plantear un asunto tan polémico y delicado. Y aquí lo he intentado es no perder de vista la idea de la novela ni mi objetivo y, sobre todo, lo que no quería. Con esta novela no pretendía dar lecciones a nadie, sino, simplemente, mostrar unos hechos, a unos personajes, exponer su interior y su exterior, y que los lectores saquen sus propias conclusiones. Sobre todo es una invitación a reflexionar sobre quiénes somos, de qué somos capaces, en qué nos equivocamos, qué consecuencias tienen los actos y de quiénes nos rodeamos. Sé que me he dejado muchos aspectos, muchas historias secundarias que quedan fuera de plano, ha sido totalmente intencionado. Quiero que, en cierto modo, el lector reconstruya lo que le falta a la historia, que complete los vacíos. Yo solo muestro una serie de momentos, un puzle al que le faltan algunas piezas pero si te alejas las adivinas y ves el cuadro de conjunto. Espero haberlo conseguido.

No dudes dejarme cualquier comentario o duda, gracias por tu tiempo.

fuentegrisescriptor@gmail.com

www.librosabocajarro.wordpress.com

Otras obras del autor:

Vive entre cadáveres

De color de frío

El lobo nunca trabajará para el circo

Eres tú

Si es lo que deseas

Playa de invierno

Lo que sé de los milagros

Nigromantes de Hierro

Miedo divertido

Cuentos para astronautas

-
- 1] Un dulce con pan duro mojado en leche, frito y bañado en azúcar y canela.
 - 2] Los 40 Principales, emisora de radiofórmula muy popular en España.
 - 3] Práctica sexual entre varios hombres y una sola mujer.